José Zorrilla

La flor de los recuerdos (México)



GENIO MALIGNO

1855

JOSÉ ZORRILLA

La flor de los recuerdos (México)

1855

GENIO MALIGNO

La flor de los recuerdos (México), de José Zorrilla (1855).

Esta obra se encuentra en dominio público en la República Argentina (Ley 11.723). Última muerte relevante: 1893. Dominio público en Argentina desde el 1/1/1964.

Texto tomado de Wikisource en español: https://es.wikisource.org/wiki/La_flor_de_los_recuerdos_(M%C3%A9xico). La transcripción de Wikisource se distribuye bajo licencia Creative Commons Atribución-CompartirIgual 4.0.

Edición digital: Genio Maligno, biblioteca de dominio público. geniomaligno.com.ar

La flor de los recuerdos

LA FLOR
DE LOS
RECUERDOS

* * *

OFRENDA
QUE HACE
A LOS PUEBLOS HISPANO-AMERICANOS
DON JOSÉ ZORRILLA

* * *

TOMO I.
México.

Imprenta del correo de España

* * *

—

La flor de los recuerdos

INTRODUCCIÓN Y PROSPECTO

I

La flor de mis recuerdos se da de una semilla
Que en el jardin del alma me puso el Criador:
El corazon es su árbol: su flor es muy sencilla,
Mas brota en ramilletes de inestinguible olor.
De este árbol misterioso las ramas y raíces
Se estienden del terreno del alma en derredor,
Fecundizando, ricos de aromas y matices,
Racimos de capullos de la viviente flor.

Sus ramas no dan hojas, producen solo flores;
Botones inodoros en la niñez gentil,
Se abrieron en capullos de espléndidos colores
Cuando empezó á nutrirlos la sávia juvenil.
Cargado de follage y henchido de fragancia,
Desarrollóse el árbol en plenitud viril,

Y al fin reventó, fruto de su mejor sustancia,
La flor de mis amores entre sus flores mil.

La flor de mis recuerdos, eterna siempreviva,
Florece en todo clima, terreno y estacion:
Ni el tiempo la deshoja, ni el viento la derriba:
Sus tallos no perecen, pues como el alma son.
sus pétalos fragantes contienen una esencia,
La cual, siendo del árbol producto y nutricion,
Cuando del árbol caë, le da nueva existencia;
Pues siempre de recuerdos se nutre el corazon.

El genio del poeta bajo su sombra nace;
Crisálida adherida á la corteza de él,
Se torna mariposa que de sus flores se hace
La revoltosa amiga, la compañera fiel.
Más tarde entre sus ramas su forma y alas deja,
Como su pluma el fénix, como el reptil su piel,
Y tórnase versátil y luminosa abeja
que entre sus flores labra su deliciosa miel.

Entonces afanada, prolífica, sonora,
Constante susurrando trabaja su panal,
Y en cada flor que liba, la esencia que atesora
Convierte en una gota de bálsamo vital;
Y entónces no encontrando su corazon estrecho
Recinto suficiente para tesoro tál,
Derrama sobre un libro la miel que hay en su pecho,

Jarron lleno de esencia, de inspiracion raudal.

En este libro frágil arraiga el árbol santo
De los recuerdos mios: él es mi corazon:
Yo anido entre sus ramas y entre sus flores canto
Moriscas serenatas, en cuyo estraño són
Mi voz recorre todos los tonos y las claves
Que encuentra en la armonía de la ancha creacion,
Desde los dulces píos del canto de las aves
Hasta el rugido ronco del rápido aquilon.

Yo soy la rica abeja que labro y atesoro
Para verterla luego mi nutritiva miel:
Yo soy la mariposa cuyas alillas de oro
Desprenden los aromas del nardo y el clavel.
Yo soy aquel poeta cuyo cantar sonoro
Acordes acompañan el pastoril rabel,
El caracol marino y el tarabúk del moro,
La lira de la Grecia y el harpa de Israël.

Yo soy, átomo frágil á quien el viento mueve,
Insecto susurrante que zumba sin cesar.
El trobador errante del siglo diez y nueve
Que cruza mar y tierras en brazos del azar.
Yo voy, de mi fé mártir, mas fiel á mi destino,
Los pueblos alegrando con mi pueril cantar,
Y por dó quiera francos encuentro en mi camino
Amigos que me esperan y hospitalario hogar.

Yo en medio de sus hijos ante su hogar me siento,
Y con su vaso bebo, y como de su pan;
Me cuentan sus pesares y su pesar ahuyento
Con mis canciones, hijas de mi ignorado afan:
Porque tambien de penas arrastro yo mi carga;
¡Ay! ¿sobre quién no pesa la maldicion de Adan?
Mas dan para mí solo mis penas hiel amarga;
Las canto, y miel y flores para los otros dan.

Yo voy por donde paso desparramando historias,
Ya tristes, ya risueñas, de lágrimas ó amor:
Yo cuento á los que viven las mágicas memorias
De aquellos que vivieron en época mejor.
Yo canto á las doncellas tiernisimos cantares,
Yo cuento á los guerreros los fastos del valor,
Yo entono sacros himnos al pié de los altares,
Y cojo en todas partes ó siembro alguna flor.

Tál es el libro mio: un ramo de mil flores
En diferentes climas cogidas al azar,
Al que coronan *Leila* la flor de mis amores
Y *Fátima* la perla de su agitado mar.
Tal es mi libro: un cuento por mil pasajes roto,
Un ramo de recuerdos, ofrenda hecha al pasar
Al pueblo Mexicano: de gratitud un voto
Del que es mi alma templo, mi corazon altar.

La flor de los recuerdos

II. Al Exmo. señor CONDE DE LA CORTINA Y DE CASTRO

Con un puñado de silvestres flores,
Dón de mi gratitud, de mi fé prenda,
Pobres de olor y escasas de colores,
Tegí la relacion de esta leyenda:
De mi humilde jardin son las mejores,
De mi sincero corazon la ofrenda;
Y al dárselas al pueblo Mexicano,
Quiero que pasen por tu noble mano.

Tú que por sus alcázares penetras
Como en el gabinete de sus damas,
Que amparador y alumno de las letras,
Hijos ó amigos á sus sabios llamas:
Tú que las obras del saber perpetras
Con los favores que sobre él derramas,
Presentarás el libro que te fio,

Prestando autoridad al nombre mio.

Tú que me introdujiste en sus salones,
Llévale al camarín de las hermosas:
Dílas que son mis nómades canciones
De la luz de sus ojos mariposas;
Dílas que en el monton de sus renglones
Encontrarán sus nombres entre rosas,
Y que en muestra de hidalga cortesía
Un poeta galan se las envía.

Más esplícito sé: dí á las doncellas,
A los viejos de su honra tutelares
Y á los esposos de las damas bellas,
que no encierran veneno mis cantares,
Que mis flores son castas, que con ellas
La corrupcion no asalta sus hogares:
Porque es el libro que dejarle quiero,
Homenaje cortés de un caballero.

Al monge austero, al sacerdote grave
Y al Pastor del católico rebaño,
Dirás que en este libro nada cabe
Ni de la fé, ni la moral en daño:
Que es obra de un autor de quien se sabe
Que, á la impiedad de su centuria estraño,
La religion d Jesu-Cristo santa
Con fé profesa y con audacia canta.

A los poëtas cuya noble lira
Resonó generosa en mi alabanza,
Dí cuánto orgullo y gratitud me inspira,
Cuán honda fé, cuán plácida esperanza
Ver que por mí su corazon respira
Cariño fraternal y confianza:
Recuerda que á sus muestras de cariño
Llorando abrí mi corazon de niño.

A los cantares que en mi honor han hecho
Responderá mi voz tal como pueda:
Mas si por falta de vigor ó trecho
Débil ó escasa mi cancion se queda.
Díles que en cambio quedará en mi pecho
Mi gratitud y su memoria leda:
Que no atiendan al tono en que respondo,
Sino del alma que les habla al fondo.

Si á las regiones del poder que debes
Llevar mi libro juzgas, vé en buenhora;
Mas cuando á sus alcázares le lleves,
De ellos anuncia á la gentil señora
Que yo, pájaro errante de alas leves,
De lo hermoso cantor dó quier que mora,
Voy á posar en su balcon mi vuelo
Y á alzar mi voz de su hermosura al cielo.

Al vulgo le dirás... si por mal caso
Das con vulgar y atrabiliaria gente,
Que su calumnia vil intentó acaso
Amancillar mi honor traidoramente;
Pero que yo por entre el vulgo paso
Sereno el corazon, alta la frente:
Porque me escudan de su ruin malicia
El *sentido comun* y la justicia.

Mas de haber descendido me arrepiento
A la esfera vulgar: sobre ella salto.
Rico de lealtad, de envidia exento,
Sobrado de vigor, de miedo falto,
No desplego mis alas á ese viento;
No es esa mi region; vuelo mas alto;
La espalda vuelvo sin temor ni encono:
Cristiano, olvido; vencedor, perdono.

Y ahora ¡oh noble y cariñoso amigo!
Que mi libro y mi fé dejo en tu mano
De tu fé y amistad bajo el abrigo,
Voy á abrir ante el pueblo Mexicano
El tesoro de amor que va conmigo,
De mis recuerdos el florido arcano:
¡Y plegue á Dios que dejen mis cantares
Halagüeña memoria en sus hogares!

¡Y plegue á Dios que el gérmen de mi aliento
Quede en el aire en armoniosas olas,
Y arrulle sus oídos el acento
De mis americanas barcarolas!
¡Y plegue á Dios que cuando el mar y el viento
Me vuelvan á las playas Españolas,
Queden tras mí como memorias gratas,
Ecos de mi cantar, mis serenatas!

¡Y plegue á Dios que de la edad presente
Viviendo en la memoria mis cantares,
Pase mi nombre a la futura gente
Ingerido en sus cantos populares,
Y que los himnos que mi fé valiente
Alza ante los católicos altares,
Conserven en el pueblo Mexicano
La fé sublime y el valor cristiano!

Y tu, Conde leal, que el libro mío
Al mundo sacas y á la luz arrojas,
Permite para tí que á su albedrío
Consagre mi amistad algunas hojas.
Quiero de mi jardin tosco y bravío
Que un ramillete para tí recojas,
Mas sin que estorbe que de mí recibas
Esta mata feraz de siemprevivas.

Junto á la cabecera de tu lecho
Ponlas: y cuando ya no esté contigo,
Al recorrer el camarin estrecho,
De nuestras horas de espansion testigo,
Piensa que son las flores de mi pecho
Cuya semilla morirá conmigo:
Flores de mis recuerdos mas felices
Que tienen en mi alma sus raíces.

La flor de los recuerdos

III. LAS ROSAS MEXICANAS

* * *

SERENATA MORISCA

CON LA CUAL SALUDA EL AUTOR DE ESTE LIBRO
AL BELLO SEXO MEXICANO

* * *

MOTE.

De las flores preciosas
Americanas,
Dice que sois las rosas
Las Mexicanas:
Pues si sois tales,
Yo soy la mariposa
De los rosales.

ESTROFA I.

Balsámicas, gentiles, incomparables flores,
Orgullo de este fértil Eden occidental,
Sin par en el perfume, sin par en los colores,
Cual hijas de su eterno calor primaveral:
Hurís á quien animan la luz y los fulgores
Del cielo y los volcanes de su país natal,
Y á cuyos ojos prestan sus rayos vibradores
Los astros centellantes el cielo tropical;

Las flores todas que dan las playas
De Asia y Europa y Africa ví,
Los amarantos de Nola y Bayas,
De Fez y Tánjer los alhelís,
Las rosas frescas de Alejandría,
Los tulipanes de Abdúl-Medjid,
Los azahares de Andalucía
Y las camelias que ama París:

Y como sois famosas
Las Mexicanas,
Vengo á veros ¡oh rosas,
Americanas!
Y pues sois tales,
Yo soy la mariposa
De los rosales.

* * *

ESTROFA II.

Gazelas de estas áureas espléndidas montañas,
Abejas luminosas de su feráz jardin,
Palomas anidadas entre sus dulces cañas,
Perlas del mar que brama de Méjico al confin;
Yo soy el vagabundo poeta de las flores,
Y os traigo un ramo de ellas, que aunque es ofrenda ruin,
Acaso conquistarme podrá vuestros favores
Por mariposa vuestra si me aceptais al fin.

Yo sé la historia de los amores
De cuantas flores, vagando, ví,
Y en versos dulces y arrulladores
Como las áuras, la sé decir.
Abrid, ¡oh rosas americanas!
Vuestra corola fresca y gentil:
Las mariposas son las hermanas
De los poetas en mi país.

Los poetas de Oriente
Son mariposas
Que anidan muellemente
Bajo las rosa:
Y pues sois tales,
Yo soy la mariposa
De los rosales.

* * *

ESTROFA III.

Yo os traigo solo flores y trobas, muy sencillas
Como regalo tosco de bárbaro Oriental;
Pues aunque sér me dieron y nombre las Castillas,
Habito los desiertos del árabe arenal.
Sus tribus me adoptaron, y al aceptar el traje,
La lengua y las costumbres de su region natal,
Su instinto vagabundo, su condicion salvage
Pegáronme á despecho del coazon lëal.

Poeta moro, vengo de Oriente
A oir los cantos de esta region:
Bardo cristiano, vengo á Occidente
Las maravillas á ver de Dios.
Mariposilla sin compañera,
Vengo saltando de flor en flor,
Puse de las gálias en la ribera
Se queda preso mi corazon.

Poeta ó mariposa,
De amor perdida
Paso de rosa en rosa
Mi inquieta vida:
Y en ansias tales
Vago solo y sin rumbo

Por los rosales.

* * *

ESTROFA IV.

Por eso mezcla estraña de moro y de cristiano,
De bárbaro y de culto, católico y gentil,
Del árabe salvaje y el noble castellano
La lengua y los cantares confundo veces mil.
Por eso en doble estilo, ya culto, ya villano,
Os canto al són del harpa ó al són del tamboril,
Y en este ramillete que os da mi torpe mano,
Mezclé todas las flores del bosque y del pensil.

Y en esta fácil alegoría,
Y en este canto de estraño són
Os da las flores del alma mia,
Cristiana ó mora, mi inspiracion.
Hurís Aztecas, lindas sultanas,
Abridme al paso vuestro balcon:
Rosas, el cáliz abrid lozanas
Al manso arrullo de mi cancion.

Mariposilla, dadme
Vuestros olores:
Trovador, aceptadme
Mis gayas flores;

Y perenales
Para mí darán rosas
Vuestros rosales.

* * *

ESTROFA V.

Hermosas, no á mi oferta cerreis la mano arisca
Sultanas, no el oido cerreis a mi cancion;
Para vosotras templo mi guzla berberisca,
Y dejo por vosotras en mi mansion morisca
A la que tiene sola mi fé y mi corazon.
Hurís de este Eden rico de aromas, luz y oro,
Si á cuentos y cantares teneis aquí aficion,
De cuentos y cantares juntemos un tesoro:
Yo os dejaré los mios en mi dialecto moro,
Y llevaré los vuestros á mi oriental region.

Y de mis flores con la semilla
Haced, hermosas, aquí un plantel;
Yo de los mares á la otra orilla
Vuestros rosales trasplantaré.
Léila mi gracil hurí africana,
La que de mi alma guarda el vergel
Vuestros rosales cuidará ufana,
Y yo á su sombra reposaré.

Rosas de mis recuerdos,
En los pensiles
De la Europa, capullos
Dareis á miles:
Y allá en mis males
Sombrearán mis recuerdos
Vuestros rosales

* * *

La flor de los recuerdos

Este libro está dividido en dos partes.

La primera es un Album de viaje, en el cual he consignado las primeras impresiones recibidas al atravesar el Atlántico. Esta primera parte no estaba destinada á ver la luz en América. Hay estendidas sobre sus hojas opiniones locas, alucinaciones hijas de una imaginacion exaltada hasta el delirio, memorias y esperanzas secretas de un corazon enamorado, correspondencias en fin puramente personales, que no deberian entrar bajo el dominio del público; pero mis amigos me han hecho comprender que pueblo mexicano, que me ha acogido con tan cordial hospitalidad y tan obsequiosa benevolencia, tenia derecho á que yo le abriera, no solo mi Album, sino mi corazon; y siendo aquel la llave de éste, yo se la entrego sin vacilar al imprimir este libro. Publicado aquí, podrá parecer á algunos una especulacion mezquina ó una servil adulacion, cuando lean en él los nombres de ciertas personas: pero los que conocen la agreste independencia de mi carácter, no creerán ni lo uno ni lo otro: y en cuanto á los comentarios é interpretaciones del vulgo desocupado y murmurador, jamás los he tomado en cuenta.

Digo en la introduccion, que esta primera parte de la flor de los

recuerdos, es un ramillete ofrecido al pueblo mexicano, que me ha prodigado generoso mas obsequios que los que merece mi pobre reputacion literaria, y no es otra cosa: un homenaje de gratitud al público en general, un tributo rendido á la hermosura y amabilidad de las mexicanas, un testimonio de fraternidad para los poetas de este país, y una prenda de buena memoria para mis amigos. La segunda parte de la *Flor de los recuerdos* contendrá algunas leyendas históricas y tradicionales de esta region; pero por razones que me son absolutamente personales, debe ser impresa fuera de la República.

José Zorrilla

La flor de los recuerdos

PRIMERA PARTE

ALBUM DE VIAJE

LÉILA Y FÁTHMA.

LA FLOR Y LA PERLA

* * *

La flor de mis recuerdos —— la perla de mi amor
Están en mí arragaidas ———— en sola una raíz:
Iguales en quilates, ——————— iguales en valor,
La flor es una perla, ————— la perla es una flor:
Amor da sér con ambas ————— al corazon feliz.

Felices serán ambas, ——————— florones de mi amor,
Asidas mientras duren ————— á la comun raíz,
Tan solo de mi alma ———————— tomando su valor:
Mas antes que se aparte ——— mi perla de mi flor,
Acabe con mis dias ———————— amor tan infeliz!

* * *

I.

Paris—Noviembre 25—1854.

"Y mi mayor anhelo
Es elevarte con mi canto al cielo,
Y un eterno laurel partir contigo."

Heredia

Léila, ¿por qué el jardin del alma mia
No da mas que la flor de tus amores,
Hoy que al influjo de tu amor debia
Átomos germinar procreadores,
Cuando su tierra sin cultura un dia
Generosa y feraz dió tantas flores?
Hoy vierte en ella fecundante riego
De tu amor el benéfico rocío,
Hoy de tus ojos la calienta el fuego...
Ay! y se vuelve mi jardin bravío,
Y si brota una flor se agosta luego;
Y ó sus raices el gusano hiere,
O quema el hielo su gentil corola,
O entre yerbas parásitas se muere
Falta de jugo, sin olor y sola.
¿Por qué, siendo el amor fuente de vida,
La tierra de mi sér no está florida?

¿Por qué, siendo el amor del entusiasmo,
La inspiracion y el movimiento gérmen,
En inaccion y estúpido marasmo
Mi inspiracion y mi entusiasmo duermen?

Ansia febril mi espíritu atormenta;
Honda inquietud mi corazon devora;
Duda tenaz en mi alma se aposenta,
Y el insaciable amor que en sí atesora,
La inspiracion del genio no alimenta
En mi alma en otro tiempo creadora.
Ay! bajo el peso de su férrea planta
Un génio melancólico la oprime,
La poesía mi pesar no espanta,
Me irritan humorístico antojos,
Se me arrasan en lágrimas los ojos,
Y la cancion espira en mi garganta.

Ambiciosa de luz mi inteligencia,
Va tras la luz y en las tinieblas cäe,
Y en la rabia febril de la impotencia
Lucha mi corazon consigo mismo,
Sintiendo con pavor que á sí le aträe
Del hastío mortal el hondo abismo.
¿Es que se estingue de mi fé la llama?
¿Es que se seca mi raudal de vida?
¿Es que no vive el corazon que ama,
O es que tal vez mi juventud es ida?

No ¡vive Dios! Yo siento que mi pecho
Es á mi osado corazon estrecho:
Rico de fé, de vida, de esperanza,
De su silencio é inaccion se admira,
Y su inaccion á comprender no alcanza,
Y en el silencio é inaccion suspira;
Pero no es que me falte confianza
En mi fé ni en mi amor: no es que mi esencia
Se evapora fugaz en mi impotencia:
Es que mi aflige la estrechez de Europa,
Es que me hastía su labrado suelo,
Es que me abruma su plomizo cielo
Y amarga me es de su placer la copa.
Es que en Paris, de la pereza esclavo,
Me revuelvo en un círculo mezquino,
Cual tigre jóven, vigoroso y bravo
Preso en la trampa dó á enjaularse vino.
Es que en Paris me debilito inerme
Falto del aura y libertad nativa,
Cual ave atada que en su percha duerme
Al mismo dueño que la halaga esquiva.
Es que en Paris, salvaje peregrino
Atajada en mitad de mi camino,
En la molicie sin placer me acabo,
Y su pálido sol no me dá al cabo
Un solo rayo de calor divino.

Es que la farsa ruin de sus festejos,
Sus circos de carton y de oropeles,
Monumentos de talco y rapacejos,
Son grandes ante el gas y los espejos,
Bellos por el poder de los pinceles;
Mas sus fiestas de pólvora y de viento,
Su pomposo espectáculo vacio
De fé, de corazon, de sentimiento,
¿Qué dan á corazones como el mio
Que les pueda servir de nutrimento?
Nada: la luz, la atmósfera, las flores,
Cuanto en Paris en derredor me gira,
Desde su religion á sus amores,
Todo á estraviar al corazon conspira,
Todo le induce á confusion y errores:
Eco que miente, viento que se trueca,
Agio, especulacion, farsa, mentira,
Que envejeciendo al corazon le seca.

¡Léila de mis entrañas! si del mio
Quieres guardar incólume, seguro
El hondo amor y el generoso brio,
Si quieres rodëar de eterno muro
El jardin y la flor de mis amores
Y eternizar la flor de tu belleza,
Déjame ir á buscar cielo mas puro,
Playas de mejor luz, campos mejores,

Mas rica y mas feraz naturaleza,
Donde tejer con verdaderas flores
Vívidas de color, ricas de olores,
Una guirnalda á tu gentil cabeza.
Déjame, Léila, atravesar los mares,
Y como los errantes trovadores
Buscar de inspiracion nuevos veneros
Y enviarte sin cesar nuevos cantares:
Y como los andantes caballeros
Que en nombre de su Dios y de su dama
Se lanzaban por montes y senderos
A eternizar su amor, su fé y su fama,
Con hechos de valor dignos de gloria
Que dejar a los siglos venideros
Escritos en los fastos de la historia,
Así de mar en mar, de playa en playa,
De ciudad en ciudad, de risco en risco,
Con el hechizo de mi ciencia gaya
Y al dulce són de mi laüd morisco,
Déjame, Léila, que entendiendo vaya
El éco de tu nombre berberisco.
Déjame que mi voz le desparrame
Por la region feliz del Nuevo Mundo:
Y cuando en ella sin cesar te llame
Y en el silencio virginal, profundo,
De aquel Eden cautivo entre horizontes

Que destellan el ópalo y el oro,
Y con tu nombre arábigo reclame
Las aves que en sus selvas hacen nido,
Tu nombre dulce y mi contar sonoro
Aprenderán y ensayarán á solas
Los ágiles sinsontes,
El rojo cardenal y el tocoloro:
Y de tu nombre al són jamas oido
Los fosfóricos peces del Atlántico
Llegarán á prestar atento oido
Al suave nombre y al estraño cántico,
Mostrando por encima de la olas
Los curvos lomos y movibles colas.
Sí, dejame partir á esas regiones
De inspiracion, de luz y de armonía,
Donde entienden aún los corazones
De la fé y el amor la pöesía.

Es un afan que sin cesar me acosa;
Mi corazon de libertad sediento
Necesita region mas luminosa,
Mayor y mas vivífico elemento,
Tierra y vegetacion mas vigorosa,
Vírgen, lozana, exhuberante, bella,
Que no destroce del mortal la mano,
Que no estropée del mortal la huella,
Que ostente en fin el lujo soberano

Que el Señor al crearla puso en ella.

Fé, de mi inspiracion engendradora,
Audacia de mis años juveniles,
De mi atrevida fé mantenedora,
que me arrancásteis cánticos á miles
Con delirio febril, volved ahora
Que me siento con fuerzas varoniles,
Resolucion tenaz y voz sonora:
La última vez para cantar os llamo
El Dios que adoro y la mujer que amo.
Volved: pero volved mas vigorosas,
Indómitas, salvajes,
Con las y con garras poderosas
Capaces de llevarme á otros parajes
Donde con mas vigor naturaleza
Produzca colosal cedros por rosas,
Céibas por olmos, palmas por maleza,
Lagos por fuentes, rios por arroyos,
Y donde con titánica grandeza
Cráteres de volcan abra por hoyos.
¡Gracias, genios de luz, á quien perdidos
Para siempre creí! tornar os veo
Aún á mis antojos sometidos:
¡Gracias, pues todavía no sois idos,
Pues acudis aún á mi deseo!
Fé de mi juventud, ya en mis entrañas

Tu fuego siento arder: ya el alma mía
De celestial fulgor siento que bañas:
Génio de mi exaltada pöesía,
Ya percibo otra vez que me acompañas.
¡Vamos! ya tengo luz, ya tengo guía.
¡Vamos! ceñíos mi laüd con flores
A la desnuda espalda: en vuestros hombros
Llevadme de un bajel sobre la popa,
Y vamos á buscar climas mejores.
Partamos: arrancadme de esta Europa
Atestada de crímenes y escombros.
¡A América! en su luz bañarme quiero!
Vamos á esa region de los gigantes
Donde acompañen mi cantar postrero
Las ondas de sus golfos espumantes,
El fuego de los trópicos ardientes,
Y el estridor de sus peñascos rotos
Por el ronco raudal de sus torrentes
Y el temblor de sus hondos terremotos.
De gloria y fé mi corazon sediento
Necesita beber otros raudales
De inspiracion y fé: mi osado aliento
Respirar necesita en otro viento,
Luchar con los aurados vendabales,
Y el espacio y la luz del firmamento
Disputa á las águilas caudales.

Yo necesito un mundo cual le hizo
Su Criador: espléndido, sellado
De la virginidad con el hechizo,
No este mundo servil desfigurado
Por el poder del hombre antojadizo.
Quiero una tierra donde no domine
La civilizacion con sus patrañas,
Dó la fé y la creencia no estermine
Del corazon humano, y no adoctrine
Los pueblos con hipótesis estrañas;
Una tierra de fuego y poesía,
En cuyos hondos precipicios huecos
Correspondan al són de la voz mía
Ruidos medrosos y gigantes écos;
Sembrada de peligros y de azares,
Poblada de salvajes alimañas,
De pájaros y plantas á millares,
Dó sienta bajo peñas seculares
Laba y oro correr por sus entrañas:
Donde á la faz de Dios mi pié camine
Bajo un cielo radiante que ilumine
Mares sin fin, atlánticas montañas.
Yo necesito un mar que airado ruja,
Una estacion preñada de huracanes,
Una tierra horadada por volcanes
Que con torrentes y cascadas muja

Y que á mis piés estremecida cruja
Sacudida por brazos de Titanes.
Allí, á lo menos gozaré la tierra
En todo el lujo y esplendor y encanto
Y pöesia y libertad que encierra;
Y allí en mi duelo ó mi placer estremos
Alzaré una oracion en vez de un canto,
Y á Dios veré, cuyo semblante santo
Bajo las brumas de Paris no vemos.

¡Sús! á América voy. —¡Oh Léila mia!
Si en la mar ó la América me pierdo,
Guarda el tesoro de mi amor, y fia
Que al apagarse mi postrero dia
Será tu nombre mi postrer recuerdo.

La flor de los recuerdos

II.

Southampton—Diciembre—4—1854

EL POETA.

¿Qué buque á la vela

Mas pronto se dá?

EL BARQUERO.

Aun hierve la estela

Que abrió el Paraná.

EL POETA.

¿A dónde navega?

EL BARQUERO.

A México va.

EL POETA.

¡Un bote! —voguemos:

Haz fuerza de remos

Y sigue la estela que abrió el Paraná.

* * *

Cruzaba el poeta la estensa bahía
Mecido en los brazos de un alma ilusion,
Cuando un luminoso fantástico génio
Mas leve que el fresco marino vapor,
Vogando en un copo de cándida espuma
El rápido bote donde iba alcanzó.

EL GENIO.
¿A dó va el poeta?
EL POETA.
A México voy.
EL GENIO.
¿En pós de fortuna
Magnífica?
EL POETA.
No:
En pós de la gloria,
De luz y fé en pós.

EL GENIO.
¿Y esperas hallarlas
En la otra region?
EL POETA.
Sin duda: es la América
La tierra del sol:
Es un paraiso

Dó puso el Señor
La luz y la vida
Como El las creó,
Espléndidas, ricas
De fuerza y calor,
Que dan al ardiente
Mortal corazon
La paz, la ventura,
La fé y el amor.
Es México un valle
Risueño y fecundo
Abierto en un mundo
Que el nuestro mejor:
Allí la existencia
Risueña y dichosa
No es carga penosa,
Del cielo es un dón.

A México parto
La tierra del sol;
Allí no se cambia
Jamás de estacion,
Allí se dá á un tiempo
La fruta y la flor,
Del cielo y del suelo
Se vé en la estension
Brillar noche y dia

La gloria de Dios.
A México parto
La tierra del sol.

Mirar quiero un dia la luz de aquel cielo,
Sentir en mi alma la fé de aquel suelo,
Beber el ambiente de aquella region,
Gozar embriagado los suaves aromas
Que impregnan sus valles que exalas sus lomas,
Oir de sus vagos murmullos el són,
Llenar de armonía sus campos lozanos,
Dejar en mis versos á un pueblo de hermanos
La fé de un poeta de buen corazon.

EL GENIO.

¿Qué esperas que en cambio su pueblo te dé?

EL POETA.

Su amor: no concibo mejor galardon;
Sus bellos cantares allí aprenderé,
Y cuando me vuelva de aquella region,
Sus bellos cantares á Europa traeré:
Mis himnos ardientes de amor y de fé
Del pueblo me ganen tal vez la aficion,
Y en él un recuerdo feliz dejaré:
Si al fin satisfago mi noble ambicion,
A Europa cantando feliz volveré.

EL GENIO.

Poeta que abrigas tan noble pasion,
A México parte, la América vé:
Contigo dó quiera que vayas iré,
Dó quier amparando tu noble mision.
Mas vale que el oro
De un pueblo el amor:
Tu fé por los pueblos
Derrame tu voz,
Y tú de las almas
Serás posesor.
Tendrás donde quiera
Cariño y mansion:
La buena memoria
Que dejes en pos,
Será una fragante
Bellísima flor
Que brote en las almas,
Y en toda estacion
Dé siempre lozana
Suavísimo olor.
A América parte;
Contigo voy yo;
A México vamos
En brazos de Dios.

EL POETA.

Mas tú, génio hermoso, que á América vas
Conmigo, amparando mi oscura mision,
Que luz y consuelo y aliento me das,
¿Quién eres, risueña y celeste vision?

EL GENIO.

La fé: de tu alma no me eches jamás,
Y haré tuyo el orbe region á region.

* * *

Tal dijo al poeta la fé de su alma,
Y al punto del aire y el mar en la cama
Tornó á disiparse su blanca vision;
Henchido el poeta de fé, y de alegría
Cruzó la bahí
Y el buque abordó.

La flor de los recuerdos

III. A bordo del Paraná

Las cinco. ¡Partamos!
Ya hierve el vapor;
Ya el ancla levamos;
Ya libres vogamos
Entre humo y espuma y estruendo y pavor.

Ya rompe la quilla
Por la agua revuelta,
La máquina suelta
Del buque acelera la marcha veloz:
Ya de una á otra orilla
La ría se ensancha;
Como una avalancha
Bajamos, las aguas turbando en redor.

La débil barquilla
que al paso nos halla,
Con la agua espumosa perdida batalla

Del rastro que abierto dejamos en pos;
Sobre ella meciéndose,
Con canto grosero y accion libre y ruda,
Con voz y con manos tenaz nos saluda
Perdiéndose al lejos inglés pescador.

La gente marina,
Sumisa y activa y atenta la oreja
Al grito de mando, su buque apareja
De un lento cantar al monótono són:
Nosotros viajeros
Que, al irnos, detrás de Inglaterra dejamos
Tal vez cuanto habemos, tal vez cuanto amamos,
Acaso lloramos oyendo su voz.

¿Quién sabe la historia
Con cuya secreta doliente memoria
Cada uno que parte en este momento
Secreto tormento se dá al corazon?
Tal vez al influjo
Del fuego escondido de dentro que arde,
Sin fé, arrepentida, nuestra alma cobarde
Quisiera á la orilla volver con amor.

Voguemos: ya es tarde;
El mar que nos sorbe
Muy pronto en el orbe
Va á aislarnos en medo de su honda estension

He allí ya sus olas:
Ya en él nos lanzamos,
Ya en él navegamos
Las olas hendiendo con hondo rumor.
La tierra se pierde

Velada entre nieblas:
La noche en tinieblas
Nos sume... ya estamos á solas con Dios.

* * *

Uno tras otro en silencio
La popa del Paraná
Mis compañeros dejaron.
Quién, no pudiendo quizás
Con su tristeza, fué á solas
En su cámara á llorar.
Quién, mercader avariento,
La futura utilidad
Del viaje en cifras confusas
Fué á solas á calcular.
Quién, que á incógnitas regiones
Sin fé ni esperanza va
Emigrando de una patria
Do no ha de volver jamás,
Fué á ver si en brazos del sueño
Olvida un punto su afan:

Y quién, en fin, asaltado
Del mareo, fué á buscar
En su lecho á sus congojas
Un momento de solaz.
Yo, que ni cedo al mareo,
Ni á avaricia comercial,
Ni al recuerdo de una patria
Que dejé por voluntad;
Yo, cuyo cuerpo de barro
Tan sujeto á mi alma está
Que ahogo mi dolor físico
Con mi früicion moral;
Yo, cuya alma se revela
Cautiva en mi cuerpo á andar,
Cuyas pasiones convierten
Mi corazon en volcan;
Yo, á quien jamás satisface
El deleite material,
Que ni cuento lo que tengo,
Ni necesito de hogar,
Puesto que, huésped del mundo,
Ciudadanos universal,
Peregrino de la vida,
Por la tierra y por la mar
Voy cantares entonando
En mi bien como en mi mal,

Y por do quiera que voy
Por mis cantares me dan
Una alegre bienvenida
Y una sonrisa al llegar,
Una compañía amena
Y franca hospitalidad...
Pero que llevo en mí mismo
Un enemigo fatal,
Que me esclaviza tirano
Y me atormenta tenaz,
Que es mi propio corazon,
Que destila sin cesar
El acíbar para mí,
La miel para los demás,
Me quedo sobre cubierta
A solas á devorar
La hiel de mis pensamientos
Que en él gotëando va.
Mas esta hiel, por mis labios
De mi pecho al rebosar,
No mortíferos miasmas
Por la tierra esparcirá;
No irá las almas sencillas
A traicion á emponzoñar
Con su maligno veneno,
Sino que suave saldrá

Como depurada esencia
En la forma de un cantar,
Suspiro ardiente á los cielos
De remontarse capaz
En un cantar que, aunque libre,
Independiente y audaz,
Solo la fé y el consuelo,
En las almas verterá,
Pues bebe su inspiracion
En tan divino raudal,
que su són es un rocío
Tan puro como el maná;
Refleja el cielo en el fondo
De su limpio manantial,
Y á Dios vé, al beber sus aguas,
La sedienta humanidad.

Tal es de mi poesía
La condicion: solo dá
El acíbar para mí,
La miel para los demás.

La flor de los recuerdos

IV.

Reina la oscuridad en torno mio:
Solo estoy del bajel sobre la popa
Pálido de emocion, yerto de frio;
Los ojos tiendo á la cercana Europa
De quien me aleja el rápido navío,
Y las tinieblas penetrar deseo;
Pero ya nada en las tinieblas veo.
Bajo mis piés el buque se estremece
Por su máquina enorme sacudido,
Y el oleaje desigual le mece
Con temeroso ruido.
Mónstruo de fuego y de rumor preñado,
Pez que nada veloz sin piel ni escama,
Ave que vuela rápida sin pluma,
Leviatan que sin voz furioso brama,
Avanza por sí mismo arrebatado

Entre la mar, los cielos y la bruma,
Dejando tras su curso vïolento
Una estela en el mar de hirviente espuma,
Y una columna de humo por el viento.
Atónito é inmóvil, en el pasmo
Que embargaba mi sér en tal momento,
Sin dejarme ceder al entusiasmo
Ni al temor admiraba yo á mis solas
Del hombre la ambicion y atrevimiento
Que domina los vientos y las olas,
Rey de la creacion, y burla osado
Y atraviesa contento
Uno y otro elemento
Para ver una fiesta ó un mercado,
Por alargar un dia su memoria,
Por una chispa de soñada gloria
O tal vez de oro vil por un puñado.
Contemplaba embebido el movimiento
De la elevada esbelta arboladura
Del Paraná que se mecia lento,
Y sobre el fondo azul del firmamento
Se destacaba móvil é insegura,
Sin cesar oscilando sobre el fondo
Del estrellado cielo y del mar hondo
La triple cruz y la ondulante cofa
De sus tres masteleros envergados,

ramilletes del mar, del viento mofa,
Cual gigante y fantástico esqueleto
Que en sus inmensos brazos
El espacio abarcar anhela inquieto,
Y entre ellos, esquivando sus abrazos,
Pasan, sin alzar són ni dejar huellas,
Del ambiente impalpable los pedazos
Y el resplandor fugaz de las estrellas.
Muy pronto esa tenaz melancolía
Que el solitario mar inspira al alma,
Mortal angustia se tornó en la mia,
Y de su paz interrumpió la calma,
Y estinguió con mi fé mi poesía,
Miré dentro y en torno de mí mismo,
Y al verme de la mar y el firmamento
Perdido ir por entre el doble abismo,
Solo, sin fé y á la merced del viento,
Temblé como un cobarde, eché de menos
La abandonada tierra, y como un niño
Que necesita el maternal cariño,
De lágrimas sentí mis ojos llenos.
Surgieron mil imágenes estrañas
En mi calenturienta fantasía,
E hirió un pesar profundo mis entrañas;
Sentí á la fé mi corazon cerrado,
Mi alma al despecho y al terror abierta,

Me arrepentí del viaje comenzado,
Y exánime, febril, desesperado,
Llorando me tendí sobre cubierta.
Y entonces ¡ay de mí! yerto de asombro
Y con hondo pavor sentí á mi lado
Tenderse, pié con pié y hombro con hombro,
Dos genios de inmortal naturaleza
Creados de los cielos en la alteza,
Mas con Luzbel caidos de los cielos:
El espíritu ruin de la la tristeza
Y el demonio rabioso de los celos.
Yo percibí, de pánico transido,
De estos horribles genios la influencia;
Sentí que cada cual por un oído
Con negras frases de infernal sentido
Vertia su veneno en mi existencia;
Y en aquel cuarto de hora de agonía,
Oí que de este modo me decía
Cada cual de los genios por su lado,
Y de cada palabra se esprimia
Una gota de hiel que me caía
Dentro del corazon atribulado.

LA TRISTEZA.

"¡Qué triste es alejarse de la tierra
Donde huméa el hogar de nuestra casa,
Donde cuanto ama el corazon se encierra,

Donde ya el tiempo sin nosotros pasa!
Donde los seres á quien mas queremos,
Aquellos ¡ay! por cuyo amor vivimos,
Lloran nuestra partida y no los vemos,
Oran por nuestro bien y no lo oimos!
¡Qué triste es navegar solo y amando,
En tierra solo á nuestro amor dejando!
Y así navegas tú que en Francia dejas
Amor, familia, hogar, cuanto ama el hombre,
Y de cuanto amas por el mar te alejas
Cargado con el fardo de tu nombre.
¡Oh miserable vanidad humana!
¡Necios delirios de ambicion y gloria!
¿Qué le importa á la gente Americana
Oir tu canto ni saber tu historia?
Poeta que abandonas tus hogares
En alas de tu amor y tu fé ardiente,
¿Qué importan á los pueblos de Occidente
Ni tu fé, ni tu amor, ni tus cantares?
¿Qué es lo que tus inútiles endechas
A su ventura añadirán mañana?
Las ovaciones por amigos hechas,
Ventura tan fugaz como ilusoria,
¿Valen la pena de cruzar los mares
Llena de hiel llevando la memoria
Y el corazon henchido de pesares?

¿Qué es lo que allende de la mar te espera?
Vana curiosidad, desden acaso.
¿Qué es lo que dejarás trás de tu paso?
Lágrimas como siempre por dó quiera
Que fuiste... tu vigor, tu vida entera
Tal vez, amortajada en tus canciones
Cuyos écos perdidos
En vano llamarán á los oídos,
En vano á los cerrados corazones;
Peregrino del mundo, el mundo entero
Te verá sin amor como á estranjero.
¿Ves esa nube de volátil humo
Y esa estela de espuma que dejamos
Por el viento y el mar? Así presumo
Que es de tu gloria y de tu amor la base:
En cuanto el buque fugitivo pase,
En cuanto un soplo de la brisa corra,
La doble huella que dejando vamos
El mar se traga y el ambiente borra;
Tal vez es en América tu suerte
Amarga vida y escondida muerte."

Mientras así decíame al oido
El espíritu ruin de la tristeza,
Yo vertia cobarde y abatido
Lágrimas vergonzosas de flaqueza.

LOS CELOS.

"¡Imbécil corazon! si como ese humo
Que la vacia atmósfera se traga
y si como esa estela, que á lo sumo
Dura un minuto turbulenta y vaga,
Se borra tu memoria en tus hogares,
Si se olvidan de tí los corazones
A quienes alza tu cariño altares,
¿Qué te valdrá tu fé ni tus canciones
Llevar al otro lado de los mares?
¡Mísero! Si ese sér á quien tu llamas
Sér de tu sér, y vida de tu vida,
Por quien osado y pródigo derramas
Cuanta esencia en tu sér hay contenida:
Si esa mujer, en fin, á quien proclamas
Sultana sin rival, por tí querida
Mas que el honor, la luz, la fé y la gloria,
Mientras reina en América la aclamas,
Echándote del alma y la memoria,
Falsa te vende y en Paris te olvida,
¿Qué vas á hacer allende de los mares
Con tu fé, con tu amor, y tus cantares?

Tú que por ella ¡insensato!
Nada imposible concibes,
Que solo por ella vives,
Que entero á su amor te das

¿Comprendes la horrible duda
De que mientras tú la adoras
Puede ella pasar sus horas
Con otro amante quizás?

Mientras llorando su ausencia
Tú arribas á estraños puertos,
Cruzas montes y desiertos
Por insalubre país,
Ella, en tu ausencia fiada,
Y á sus promesas perjura,
Con otro tal vez apura
Los deleites de Paris.

Mientras tú, como Macias
En su siglo novelesco,
De tu amor caballeresco
Haces una religion,
Tal vez ella en el abismo
De Paris se hunde sorvida,
Y en su fosa corrompida
Encenaga el corazon.

Tal vez tus propios amigos,
Si tenerlos en el mundo
Crees, del vicio al cieno inmundo
Arrastrarla intentarán,
Mientras tú, con fé sincera

Cual de tí de ella seguro,
Tu cariño ileso y puro
Guardarás con necio afan.

Acaso una Americana
Que tu secreto sorprenda,
Que tu alma lëal comprenda
Y que ame con tu pasion,
Querrá templar tus tormentos
Con una amistad sincera,
Cuando ni amistad siquiera
Podrá dar tu corazon.

Porque tu alma roïda
Por la fiebre de los celos
Culpará á los mismos cielos
De la humana ingratitud:
Y tornándote perverso
E incrédulo tus pesares,
No creerás que el universo
Tenga amor, fé, ni virtud.

Vivirás viendo en tus sueños
Y sabiendo á todas horas,
Que la hermosa á quien adoras
Idolatra en un rival,
Y aunque quieras por despecho
Entregarte á otra cariño,

No podrá tu alma de niño
Ser al suyo desleal.

Pues tú, alma privilegiada,
De tu pasion Quijotesca,
De tu fé caballeresca
Serás mártir, porque fiel
Tan solo un amor concibes
Que pueda albergar un alma,
Y esclavo del tuyo vives
Para enterrarte con él.

Boga, pues, boga insensato:
Lleva á América tus rimas,
Tu fé y tu amor; en los climas
Que á cruzar con ellos vas,
Solo viéndote vendido,
Por los celos devorado
Vivirás abandonado
Y rabioso morirás."

El demonio de los celos
Me decia así al oido,
Y al pesar se dió rendido
Mi celoso corazon,
Y envolviendo mi cabeza
En mi capoton de viaje,
Lloré del lento oleaje

Al melancólico són.

¡Y Dios solamente sabe
Lo que en aquellos momentos
Lograron mis pensamientos
Mi triste vida röer.
Años viví en los minutos
De una hora, y sentí en ellos
De mis sienes los cabellos
Gotëar y encanecer.

Yo miré en estos instantes
Mi salvacion y existencia
Con tan honda indiferencia,
Que mi yerto corazon
Víctima de la tristeza,
Presa infeliz de los celos,
No pensó, ingrato, á los cielos
En alza ni una oracion.

Mas Dios, que nunca abandona
Ni al infeliz ni al demente,
Hirió con su luz mi frente
Y vino á mi alma á llamar:
Al rumor de una maniobra
Volví en mí: alcé la cabeza,
Y ví de Dios la grandeza
Resplandecer sobre el mar.

La luna, de los nublados
Desgarrando el torbo velo,
Brillaba del mar y el cielo
E la azul inmensidad:
Y con las velas tendidas
Que el viento propicio hinchaba,
Ráudo el Paraná bogaba
Con serena majestad.

Yo contemplé tan magnífico
Espectáculo con pasmo,
Y al religioso entusiasmo
De su inspiracion cedí:
Y de los malos espíritus
Conjurando los antojos,
Sobre cubierta de hinojos
Postrándome canté así:

La flor de los recuerdos

A Dios.

* * *

¡Señor, bendito seas! bendito cuanto sale
De tu fecunda mano, de tu inmortal saber!
¿Adónde está el soberbio que tu poder iguale?
Para crear el mundo, ¿qués hecho tú? Querer.
¿Qué son los astros? Chispas de tu mirada santa.
¿Qué son los mundos? Átomos de tu viviente sér.
¿Qué son los mares? Móvil alfombra de tu planta.
¡Señor, bendito seas que me los haces ver!

Señor, el mar que ondéa bajo mis piés en calma
Y el cielo que se pinta sobre su móvil ház,
Cual bálsamo celeste, derraman en mi alma
Tu inspiracion divina, tu religiosa paz.
Señor, deja que eleve de gratitud un cántico
Al cielo donde veo resplandecer tu faz,

Cuyo esplendor reflejan las ondas del Atlántico
Rasgadas por la quilla de mi bajel fugaz.

Señor, quien niegue impío que el mundo tu obra sea;
Quien de tu sér dudando bravée tu poder,
Conmigo en esta noche sobre la mar te vea,
Y adorará conmigo tu omnipotente sér.
Señor! bendito seas! Yo siento mis entrañas
Estremecerse henchidas de juvenil placer,
Mirando ante la luna con cuya luz las bañas,
Las olas que en mi nave se vienen á romper.

Sobre la mar en calma comprende el mas impío
Que lámparas los astros de tu santuario son;
Sobre la mar en calma tu gloria y poderío,
Tu magestad inmensa comprende mi razon.
Señor, tú derramaste sobre la mar tranquila
Las grandes impresiones, la luz, la inspiracion:
Señor, desde esta nave que sobre el mar oscila,
Con honda fé te adora mi ardiente corazon.

Tu esencia no concibe mi humano entendimiento,
Señor; solo te puede mi espíritu adorar:
A tí de cuyos hombros es manto el firmamento,
La eternidad tu tiempo, la creacion tu altar.
Señor, yo no echo menos los bosques, las montañas,
La sociedad del hombre, los mares al cruzar:
Con tu presencia sola tú animas y acompañas

La inmensidad del cielo, la soledad del mar.

Su faz no está desierta para mis ojos: falta
No está su region turbia de vida para mí:
Cada ola que se rompe y cada pez que salta,
Me dice: todo vive como en la tierra aquí.
Jamás me apareciste tan grande, tan inmenso,
Señor, como esta noche que sobre el mar te ví,
Y nunca mi existencia, como en su azul estenso,
Tan bella y tan fecunda de goces concebí.

Yo no echo aquí de menos los ricos accidentes
Que dan á los paisajes animacion local,
Los movimientos varios, los ruidos diferentes,
Los pintorescos cuadros del mundo vegetal.
¿Cuál como ver al lejos la vela que aparece
La línea azul cortando del horizonte igual,
Que se destaca móvil, y se aproxima y crece
Cerniéndose en el viento como una garza real?

¿Cuál como desde el buque mirar sobre las olas,
De su murmullo flébil al soñoliento són,
Los peces á flor de agua dar remo con sus colas
Al ondulante nido del cándido Alcyon?
Asoman sus hijuelos escasos aun de pluma
De sus nevadas alas por bajo el pabellon,
Y atónitos contemplan entre humo, luz y espuma
Pasar de nuestro barco la negra aparicion.

Los peces azorados ante nosotros huyen
Dejando con su estela fosforescente el mar:
Luego á los peces mónstruos voraces sustituyen
Que intentan nuestro buque feroces asaltar.
A la movible sombra de la flotante vela
Se lanzan engañados, y al irla á asegurar,
Las ondas les repelen de nuestra hirviente estela,
Y quedan asombrados mirándonos pasar.

La luna que derrama su luz sobre los montes
En ásperas quebradas rompiéndola dó quier,
¿Tendrá en la tierra nunca tan vastos horizontes
Ni espejo tan brillante donde su imágen ver?
Si ese rastro que de noche nuestro hemisferio aclara,
Gozar pudiera acaso de vida y de placer,
¿Con cuánto no veria su luminosa cara
En el espejo inmenso del mar resplandecer?

¿El ruido de las selvas tan hondo sentimiento
Podrá con sus murmullos al ánimo inspirar,
Cual de las verdes olas el són y el movimiento
Y el áura que en las járcias suspira sin cesar?
¿Y cuán no es mas rico de ferza y voz el viento
Que eleva montes de agua sobre el viviente mar,
Que el huracan terrestre que pueden en su asiento
Inmóbles la colina y el árbol arrostrar?

Señor, yo amo los mares y sus peligros amo,
Porque en el mar mi alma tu omnipotencia vé:
Ante tu faz de hinojos, tu omnipotencia aclamo,
Y el bien ó el mar acepto que tu bondad me dé.
De hoy mas ya de tí fiado; que tú me guias sé:
Ya el mar mi buque trague, ya su furor resista,
Señor, en tí ya nunca vacilará mi fé.

Cuando perdí de vista las playas de la Europa
Desfallecer de angustia sentí mi corazon:
Al encontrarme solo del Paraná en la popa,
Desesperé del cielo, perdida la razon.
Señor, yo dejo en Francia cuanto del hombre abona
El terrenal apego á su mortal mansion;
Allí quedó cuanto amo... ¡Dios de bondad! perdona
Que me dejara un punto vencer de la afliccion.

Mas al sereno cielo cuando volví los ojos,
Cuando del mar en calma la inmensidad miré,
Señor, en tu presencia me ví, caí de hinojos,
Reconocí tu inmensa bondad y te adoré.
¿Y en dónde te revelas como en la mar en calma?
Señor, mi fé te adora, mi corazon te crée:
El mar tranquilo aduerme las penas de mi alma:
Señor, sobre él te canta mi solitaria fé.

Yo amo, como nadie jamas amó en el mundo;
Mas si mi amor me quita tu voluntad, Señor,

Yo acataré tus fallos, y en mi pesar profundo
No cesará mi canto para llorar mi amor.
Sé que á mi bien me guias, pues para el bien me creas,
Y erguido en la ventura ó hundido en el dolor,
Yo te diré postrado: "¡Señor, bendito seas,
Te adoro en tu clemencia, te adoro en tu rigor!"

Y seguiré cantando tu gloria por la tierra,
En tí poniendo siempre mi corazon lëal:
Y si mis ojos lloran por el amor que encierra
Mi corazon, acuérdate de que nací mortal.
¿Quién es el inocente que, esento de flaqueza,
Su corazon conserva cual lirio virginal?
Amé, Señor; vencióme mi ruin naturaleza:
Aún amo: mas perdone tu rayo mi cabeza;
Recuerda, si fuí débil, que me creaste tal.

Mientras aliente empero, por donde quier que vayas,
De mis crëencias mártir y fiel á mi mision,
Cantando irá tu gloria mi fé de playa en playa,
Sembrando mis crëencias irá mi corazon.
Y si arenal ingrato que atravesar me espera,
Y si mi fé ó mis cantos escarnecidos son,
Sin arrogancia vana ni humillacion rastrera,
Yo apuraré mi cáliz hasta su hez postrera,
Y agotaré mi aliento con mi postrer cancion.

Porque errará quien juzgue que con mi canto anhelo
Crëarme una aurëola de gloria mundanal:
A remontarse aspiran mis cánticos al cielo,
Mas no sobre las alas de orgullo terrenal.
Yo soy como esas algas que arrastra el Océano,
Como esa espuma que hace su bullidor cristal,
Un átomo viviente salido de tu mano.
¡Señor, que no me sea mi vanidad fatal!

Tú en cuyos ojos bebe su resplandor el dia,
De cuyo sér recibe, cuanto le tiene, sér,
Tú que la causa sabes que á América me guia,
No dejarás mi causa sobre la mar perder.
¡Sús, Paraná! desgarra los mares viento en popa:
No tiene el mar ni el viento contra mi fé poder:
Dios va conmigo: voga y aléjame de Europa.
El mar y el viento paso tendrás á Dios que hacer.

Bajo ese cielo puro, sobre ese mar sereno,
En alas de esa brisa que vuela entre los dos,
Mi corazon sonríe de confianza lleno,
Llevando la esperanza de mi bajel en pós.
Señor, pasiones tiene mi corazon de tierra,
Pues que sujeto á ellas me le entregásteis vos:
Mas cuanto caro al hombre mi corazon encierra,
Lo dejan mi crëencias á la merced de Dios.

Para cantar pusísteis la voz en mi garganta,
Para crëer henchísteis mi corazon de fé;
Para cantaros siempre mi acento se levanta,
Para adoraros mi alma por donde quiera os vé.
Señor, sea escuchada mi voz ó escarnecida,
Para cantaros siempre con brío la alzaré:
Yo cruzaré cantando del golfo de la vida
Las agitadas hondas hasta espirar. —¿Por qué?

* * *

Si á cuantos átomos
Tienen acento
Bajo la bóveda
Del firmamento
Interrogarse pudiera un dia:
"¿Por qué se exhala de tu garganta,
"Por qué produce tu movimiento
Tal armonia?"
Todos los átomos
Que hacen el mundo,
De el cielo cóncavo
Al mar profundo,
Aves del bosque, brisas del viento,
Aguas del valle y ecos del monte;
Cuanto murmullo vago y sonido
Brota desde uno á otro horizonte,

Surge por uno y otro elemento:
Cuanto vagido
Desconocido,
Cuanto lamento
Jamás oido
Deja en el viento
Rumor perdido;
Cuanto con ruido
De movimiento
O con aliento
De su garganta,
De sí exhalando són ó armonía,
Suspira, gime, murmura ó pía,
O de otro modo su voz levanta
Cumpliendo el sino feliz ó adverso,
Que la sujeta
A ser un átomo del universo
Que su armonía nutre y completa;
Como el poeta
Que la interpreta,
Responderia:
"Porque ley santa
Fué de Dios que al crearme
Me dijo: "¡Canta!"

La flor de los recuerdos

I.

¿Qué importa lo que forme la esencia del poeta?
¿Qué importa lo que guarde su inquieto corazon?
Su alma, cual los vientos, á nada está sujeta:
Su espíritu no tiene ni patria ni region.
Su pecho está colmado de amor y de armonía:
Los átomos mas leves le traen la inspiracion,
Y canta como canta la luz del nuevo dia
El ave á quien dá el bosque nocturno pabellon.

Él es un átomo que forma coro
Con cuanto tiene cuerpo sonoro,
Armonizando la crëacion.
Mas ¿por qué canta? ¿con qué se inspira?
Por lo que canta cuanto respira,
Cuanto en el orbe produce són.

Canta porque su gérmen
Es la armonía:

Por ley de quien del caos
Le trajo al dia:
Cuya ley santa
Con cuanto és le dice:
"¡Cántame!" y canta.

* * *

La flor de los recuerdos

II.

Su voz, como las voces del agua y de los vientos,
Recorre cuantos tonos producen á la par,
Henchidos de armonía como él, los elementos
La gloria de Dios hechos como él para cantar.
El gime como el cierzo que zumba entre las cañas,
Susurra como el áura los olmos al cruzar,
Murmura cual arroyo que corre entre espadañas,
Como las ondas verdes del sosegado mar.

Canta cual canta cuanto suspira,
Ama cual ama cuanto respira,
Dá lo que el cielo le ordenó dar,
Como el mar conchas, césped el prado,
Sombra la noche, lluvia el nublado,
Ramos la palma, flor el azahar.

Canta y ama al unísono
Con cuanto mira,

Porque cuanto halla cánticos
Y amor le inspira:
Su voz levanta,
Porque cuanto és le dice:
"¡Cántame!" y canta.

* * *

La flor de los recuerdos

III.

A él como á la gaviota de las desiertas playas,
Como á la golondrina, viajera universal,
Le dan un doble nido las torres y atalayas
Que se alzan sobre el uno y el otro litoral;
Su voz al par por eso ya lánguida ó potente,
Ya en éco desmayado, ya en grito colosal,
Retumba con el ronco bramido del torrente,
Susurra con la abeja que zumba en el rosal.

Gime en el valle bajo los tilos,
Ruge del monte dentro los silos,
Silva en las grietas del peñascal;
Para que pase su voz bendita,
Sus ajimeces dá la mezquita,
Sus rosetones la catedral.

Con el bálsamo suave
De sus canciones

Adormecen sus penas
Los corazones
Todo lo encanta,
Porque todo le dice:
"¡Cántame!" y canta.

* * *

La flor de los recuerdos

IV.

Oyeme pues, ¡oh mundo! Mi sér con sus tesoros
De amor y de armonías ha henchido el Criador,
Y canto como cantan tus átomos sonoros,
Y amo como aman tu átomos de amor.
Yo hechizo de la vida las horas mas ingratas,
Yo aduermo las febriles vigilias del dolor,
Al són de mis moriscas nocturnas serenatas
Que imitan el amante cantar del ruiseñor.

Creólas loca mi fantasía,
Vistiólas rica mi poesía
Con cuanta supo crear mejor,
Y sus compases acaso estrañan,
Porque á mi antojo les acompañan
Ática lira, moro atambor.

Porque yo, bardo errante
Cosmopolita,

Canto al par en el templo
Que en la mezquita:
Y risa y llanto
Dícenme al mismo tiempo
"¡Cántame!" y canto.

* * *

Todos los átomos
Que con acento
Bajo la bóveda
Del firmamento,
Ya con rüido
De movimiento,
Ya con aliento
De su garganta,
Prestan al viento
Rumor perdido:
Desde el nublado
Que ruge airado
Y se adelanta
De piedra y cóncavos
Truenos preñado,
Hasta el insecto
Que imperceptible
Zumba en la atmósfera
Mas apacible:

Desde el profundo
Mar que, iracundo,
Con voz inmensa
De enorme estruendo
La playa estensa
De la bahía
Ensordeciendo,
Acaso piensa
Que podrá un dia
Sorber al mundo,
Hasta la fuente
Que con són blando
Vá murmurando,
Su transparente
Fresca corriente
Desarrollando
Como espejo de plata
Límpido y terso
Forman la serenata
Del universo.

Yo, como cuanto
Del aire hueco
Despierta un éco
O arranca un són,
Mi voz levanto
Lanzando el mio

Por el vacio
De su region.
Mas á la inmensa
Sacra armonía
Que á Dios envía
La creacion,
Ante la densa
Nube de incienso
Que orla en su ascenso
Su sacro són,
¿Qué es el insano
Són de la mia?
¿Qué es el ruin grano
Que quemo yo?
¿Acaso pienso
Yo en mi osadía
Que ni su incienso
Ni su armonía
Con mi vil átomo
Se acrecentó?
¿Mi alma insensata
Piensa en su orgullo
que mi murmullo
se oye quizás?
sí, que aunque es átomo
vil y mezquino,

como arrebata
la catarata
la última gota
que en su camino
la peña brota
con las demás,
el torbellino
de la armonía
del són divino
lleva la mia
de sí detras.

Hé aquí por qué canto
Mientras aliento;
Porque sonoro mi átomo
Se lleva el viento:
Atomo leve,
Mas que á los otros átomos
Unirse debe.

La flor de los recuerdos

V. Correspondencia al señor D. J. M. Torres-Caicedo

Prometí á vd., mi querido amigo, que seria el primero á quien de la buena ó mala ventura mia llegaran las primeras nuevas, y me apresuro á dárselas á vista de la isla de Santo Tomás, hasta la cual nos ha conducido á los navegantes del Paraná la voluntad de Dios, á pesar de la torpeza y descuidos de los hombres. Confio en que por un amigo, de quien hablaré á vd. mas adelante y que en la isla que á la vista tenemos se halla hace años establecido, le será á vd. remitida la presente carta, mucho antes tal vez de que yo pueda dirigirle otra por los paquetes de la Habana, á donde llegaré no cuando yo me proponia, esperaba y debia llegar, sino cuando Dios fuere servido, que es quien dispone de cuanto los hombres proponen, como supremo y absoluto dueño y gobernador del universo. Yo creo en él á puño cerrado y en él fío á piés juntillas como cristiano viejo y católico que soy, y en su creencia y fé voy a todas partes á donde debo ir, sin hacer caso de los obstáculos que á mi paso puedan oponer los peligros del mar ó de la tierra, ni las dificultades y atolladeros de que el hombre se rodea cada dia en la sociedad con sus pasiones ó sus necesidades.

Todo lo cual, y mucho mas que me ocurre, viene aquí como de molde, mi querido Torres, aunque á vd. no se lo parezca, por lo que voy á escribir á vd. en esta y en otras que escribirle me propongo, y por cuyo tenor irá comprendiendo que yo soy hombre que tomo la vida conforme Dios me la envía, que me pongo la capa conforme viene el aire, y que convencido de que en esta nuestra bien constituida y fraternal sociedad es preciso que medio mundo se ria del otro medio, estoy siempre dispuesto á reirme del medio mundo que del medio mio se rie, y aun del mundo entero si á la mano se me rodare. Yo, que tengo entre el vulgo nombre y fama de poeta, y que si lo soy, no es por mi talento que es bien escaso, ni por mi ciencia que es casi nula, ni por mi instinto é inspiracion que son estravagantes y descabellados, sino por la permision benévola de Dios, le capricho de la fortuna y la gracia de nuestro siglo, en el cual con un poco de atrevimiento y aplomo puede cualquiera llegar á ser lo que mas le convenga, apetezca ó ambicione, me he propuesto dar a vd. y á algunos otros amigos cuenta de las mas principales cosas y personas con quienes vaya topando por esos mundos que se me ha sentado en el magin recorrer y visitar. Mas no por este preámbulo, un si es no es pedantesco, que por los puntos de mi pluma se va destilando sobre el papel, vaya vd. á colegir, mi querido Torres, que voy á escribir á vd. largos discursos sobre los paises que atravieso, ni menos pensarlo.

Que tal ó cual isla, que tal ó cual república ó capital, se halle á tantos ó cuantos grados de latitud, tenga tales ó cuales instituciones, tal ó cual preponderancia política, buena ó mala administracion *et cæetera*, ni á mí me atañe tomarlo en cuenta, ni á vd. le faltan libros y papeles donde enterarse de ello cuando interesarle pudiere. Escrita está en ellos la historia

pasada de los pueblos hácia los cuales he enderezado mi rumbo, y no soy yo quien puede de ellos escribir la presente. Mi limitado saber y mi no muy bien asentado juicio no son balanza fiel en la cual pueda yo pesar cuestiones de tan alta gravedad; contaré á vd. sencillamente lo que fuere viendo, consignaré simplemente los hechos, y si vd. ó los amigos á quienes mi correspondencia mostrare, me la comentan un poco maliciosamente, á fé que no serán mios sus comentarios, ni yo seré responsable de las consecuencias que de ellos sacar pudieren las murmuradoras lenguas. De la mia sé que no dirá mas que lo que deba decir, ayudada de mi pluma: las fábulas divertidas y las ejemplares historias, en versos como mejor mi comezon de hacerlos me los inspire, y en un libro que llevo idea de hacer imprimir para quien quisiere leérmele ó criticármele, y las verdades en a prosa desaliñada de algunas cartas que pienso dirigir á algunos amigos para que se rian al leerlas, como yo al escribirlas, de los que de nosotros á su vez se rieren, se hayan reido ó piensen reirse; que puesto que tengo para mí que siempre es mejor reir que llorar, procuro en todas ocasiones dar á las cosas de la vida una vuelta, para ver de ellas no mas que la cara de risa, pues hartas pesadumbres se tiene el hombre con haber nacido, sin que otras nuevas se procure por su mal carácter.

Así que yo doy á Dios gracias todos los dias por habérmele dado tal, que no le dominan ni abaten las contrariedades y pesadumbres de la vida; y en verdad que de ello me congratulo, porque á ser mi carácter otro, hubiera en este bendito barco tragado mucha saliva y hecho no poca bílis, como algunos de mis compañeros de viaje.

Es pues el caso, y Dios se lo tenga en cuenta á quien tales los ocasiona, que como la guerra de Oriente es ahora en Europa la suprema razon de

todo lo razonable y la irrecusable disculpa de todo lo inconsiderado y absurdo, nuestro buque estaba en Southampton destinado á llevar tropas á la Crimea: mas habiendo recibido su capitan repentina órden de salir para América y continuar su servicio, los preparativos y abastecimientos para este viaje tuvieron que hacerse con la mayor precipiacion; de cuyas consecuencias amargas somos las víctimas inocentes los viajeros del Paraná. El capitan tuvo que enganchar en el puero para su tripulacion á los primeros vagabundos que tal enganche solicitaron, sin poder darse tiempo para averiguar lo que de achaque de marinería á los tales se les alcanzaba. A él indudablemente se le alcanzaron los inconvenientes de semejante tripulacion; pero dijo para sus adentros: "el gobierno manda y yo obedezco: de lo que acontecer pudiere á mi barco osbre la mar, no tendré yo á fé mia la culpa, sino los rusos, que se están en sus trece dentro de Sebastopol;" y embarcó sus improvisados marineros. El maquinista, al recibir la órden de montar inmediatamente la máquina del Paraná, que en reparacion estaba, obedeció sin curarse de que muchas de sus piezas no estaban aún convenientemente pulidas ni graneadas.

Alcanzósele á él muy bien que semejantes piezas podrian llegar á encandecerse con la violenta rotacion de la máquina; pero dijo como el capitan —*la culpa tienen los rusos de Sebastopol*; y el abastecedor al embarcar nuestros poco aceptables víveres, y el camarero al recibir nuestra inepta ó bisoña servidumbre, se hicieron á no dudarlo la misma cuenta; así es que viajamos en el Paraná con tanta comodidad y tan libres de cuidados como los rusos de Sebastopol. Las palancas motrices y los espigones de los émbolos de nuestra máquina de vapor comenzaron á enrojecerse al cuarto dia de navegacion, amenazándonos con un incendio: pero á fé que debajo

teniamos el mar y no podia faltarnos con que apagarlo, de modo que con un hombre que hemos traido encargado de echar continuamente agua y aceite sobre los ejes enrojecidos, hemos venido como sobre flores: es verdad que llegamos á Santo Tomás con cinco dias de retraso y que hemos estado diez veces espuestos á estallar; pero si tal hubiera acontecido, no fuera poca satisfaccion el saber y conocer la causa de nuestro estallido; —*los rusos de Sebastopol*; consuelo que no logran tener todos los que truenan en este mundo. Algunos de mis compañeros de viaje, acaso muy melindrosos ó todavía no bien civilizados y hechos á la sencilla, saludable y nutritiva cocina inglesa, murmuraban de los sendos tasajos de carne y de los macizos pudines que á la mesa nos han servido; pero además de que bien puede ser animosidad nacional, pues los que no hallan de su gusto no son ingleses, yo tengo para mí que no tienen gran fundamento para semejantes plañidos, pues los dichos tasajos y pudines han estado siempre mucho mas tiernos que las pastas de los pasteles y la galleta que con ellos nos han ofrecido constantemente;

y además yo estoy convencido de que en el Paraná y en cualquiera de los buques ingleses que sirven nuestra travesía, comen, han comido y comerán siempre los viajeros mucho mejor mil veces que los rusos de Sebastopol: y visto lo que éstos duran allí, no tienen aquellos grandes motivos para hacer aspavientos.

Y dejando esto aparte, mi querido Torres, dejo la pluma porque estamos entrando en el puerto: de lo que en él me sucediere procuraré tener á vd. al corriente; y entretanto le incluyo adjunta la composicion que le prometí para el álbum de la linda Bolivia de Francisco Martin; que dado que no sea ofrenda digna para su hermosura, será siempre una prueba del

buen recuerdo que llevo de la amistad y favor con que sus señores padres en su casa me han recibido.

La flor de los recuerdos

A LA SEÑORITA
BOLIVIA DE FRANCISCO MARTIN.

* * *

Imitacion de una Kásida Arabe.

Dió el cielo á la crïatura
Tres flores: la juventud,
La esperanza y la hermosura;
La inocencia es su frescura,
Su perfume la virtud.

Bolivia, tu álbum es un espejo:
Quien en él firma se mira en él;
Mas su imágen queda el reflejo
Sobre su luna perpétuo y fiel.
¿La mia quieres? Yo te la dejo
Sobre el haz blanca de este papel
Bajo la forma de un buen consejo
Util y dulce como la miel.

Como las flores la crïatura
Rica de aromas y de hermosura
Crece y ostenta su juventud:
Como á las flores el sol las trueca,
Su cáliz aja, su tallo seca,
Y caen en mústia decrepitud:
Mas mientra el tiempo la flor consume,
Nos vivifica con su perfume
Y átomos puros da de salud.

La mujer crece como las flores,
Fresca, lozana,
Rica en colores,
Mostrando ufana
Su juventud:
Pasa como ellas y se consume;
Pero tras ella deja el perfume
Vital y eterno de la virtud.
¿Sabes empero, Bolivia hermosa,
En qué las flores lleva ventaja
La mujer pura, la virtuosa,
Flor de las flores la mas preciosa,
Cuya semilla del cielo vino,
Y en los jardines de Edén florece.
Flor perfumada de olor divino
Que nunca al aire se desvanece,
Flor de almo orígen y excelsitud?

En que á las flores el sol las aja,
Su tallo dobla, su olor rebaja,
Y caen en mústia decrepitud;
Mas la memoria de la dichosa
Mujer sencilla, fiel, virtuosa,
Flor siempre viva, perpétua, hermosa,
Estrella fija y esplendorosa,
No tiene ocaso ni senectud;
Cuando al sepulcro su cuerpo baja
De su sepulcro bajo la losa
Es cuando el ámbar de su memoria,
Su luz, su gloria
Se desarrollan en plenitud.
Raiz eterna prende en su fosa
Como en chinesco tazón la rosa;
Capullo fresco la es la mortaja,
Y mas vivífica, mas aromosa
Su esencia exala de su atahúd.

Flores con alma sois las mujeres:
Mas las que vanas con su hermosura
Del mundo fútil en los placeres
Su gloria cifran y su ventura
Son margaritas faltas de olor;
Las que constantes y cuidadosas
En sus costumbres puras, sencillas,
Miran atentas á sus deberes,

Hijas humildes, fieles esposas,
Madres amantes y pïadosas,
Son azucenas siempre olorosas
De cuyo cáliz rico en semillas
Queda en la tierra gérmen y olor.

Bolivia hermosa, flor que temprana
Tu tallo elevas gentil y ufana,
Tus hojas abres fresca y lozana,
Rica en colores y en juventud,
Hoy que á su oriente tu vida asoma,
Gérmen fragante y esencias toma,
Conserva siempre puro el aroma
Vital y eterno de la virtud.

¡Adiós, Bolivia! De tí me alejo:
Versos me pides: yo te los dejo
Sobre el haz pura de este papel;
Mas como tu álbum es un espejo,
Y quien le firma de su reflejo
Deja la imágen grabada en él,
Cuando mis versos á solas leas,
Cuando en su luna mi imágen veas,
Como tu espejo quiero que creas
Que soy tu amigo sincero y fiel.
Crece y arraiga, Bolivia hermosa:
Crece, flor pura, fresca y pomposa,
Gala y ornato de tu verjel:

Mas ten presente mi buen consejo,
Y tu existencia será dichosa,
Y tu memoria será un reflejo
De luz celeste y esplendorosa;
Será fragante como la rosa
Y será dulce corno la miel.

Sábelo por tu ventura:
Tres flores son *juventud*,
Esperanza y *hermosura*:
La inocencia es su frescura,
Su perfume es la virtud.

* * *

La flor de los recuerdos

Isla de Santo Tomás—Diciembre 23—1854.

Bueno es vivir para ver, porque cuanto mas se vé mas se sabe, mi querido Torres, y en Dios y en mi ánima le aseguro á vd. que me alegro de haber nacido para ver y saber cosas que jamás me pasaron por el magin: y dígolo porque ayer ví y aprendí una, que me convenció de cuan engañado habia yo vivido hasta ahora acerca del empleo y utilidad de los buques-correos que sirven la línea de Southampton á Veracruz. Ya sabe vd., amigo mío, que el que de Southampton parte encuentra en Santo Tomás otro al cual trasborda sus pasajeros y correspondencia, partiendo con ellos y con ella á la Habana, Veracruz y Tampico, el buque estacionado en Santo Tomas, y estacionándose en este puerto el que arribó de Southampton, para conducir á Europa los pasajeros y la correspondencia que de aquellos puntos de América á su tiempo debe arribar.

Vd. sabe que los ingleses son la gente mas exacta del mundo, y que en donde quiera que dos empresas ó dos compañías están planteadas, no importa para qué objeto, como una de ellas sea inglesa, se capta el favor del público, por la fama de exactitud y formalidad de que goza la Inglaterra por todo el universo; pues bien, ahora verá vd. la exactitud y formalidad

con que sirve esta línea la Inglaterra.

Ayer al entrar en este puerto, no vimos en él buque alguno que á la compañía inglesa perteneciera: pedimos nuevas del que debía esperar el arribo del Paraná, y el agente de la compañía nos respondió, que como nos habíamos retrasado cuatro días, no había podido esperarnos y habíase hecho á la mar para la Habana el 20 como era su deber, según el contrato que con el gobierno inglés tiene hecho la compañía. Los poetas no solemos ser muy fuertes en lógica, pero había aquí un argumento que saltaba á los ojos y que no pude, menos de hacer al agente inglés, preguntándole:

—¿Para qué se estacionan cada mes en Santo Tomás dos buques-correos?

—Para recibir y conducir á las Américas los pasajeros y la correspondencia de Europa, me respondió el inglés.

—Entonces ¿Qué es lo que va á hacer á la Habana sin una ni otros el buque que de aquí salió el 20?

—A cumplir con su obligación de partir de aquí y arribar allá exactamente en los dias marcados. Caballero, la compañía no debe, según el contrato, alterar el servicio de los correos por ningún motivo.

—Yo creía que el servicio á que la compañía estaba obligada era la conducción de la correspondencia:—¿qué hace pues en la Habana, vuelvo á preguntar, el capitán del buque que partió de aquí sin ella el 20?

—Dar parte de que á su salida de aquí no había llegado el buque de Europa, y probar su exactitud y la mía.—Y basta de preguntas, caballero, no es á vd. á quien tengo yo que dar cuentas, ni esplicaciones.

Y el inglés me volvió la espalda.

A los pocos minutos, el capitán del Paraná fijó en la cámara de popa un

cartel en el cual anunciaba á sus pasajeros que permanecerían en aquella isla hasta el 20 de Enero de 1855, para cuya época debía llegar de Southampton el buque-correo del 2 del mismo mes, si el gobierno no le embargaba para conducir tropas á Sebastopol.

Ante aquel inesperado anuncio fueron de ver y de oir la estupefacción de los unos y los reniegos de los otros: el temblor de los nerviosos ó pusilánimes, y las quejas é imprecaciones de los biliosos é iracundos. Hubo lágrimas, gritos, ataques de nervios, maldiciones y tirones de pelos, ante la risueña perspectiva de permanecer un mes en aquella isla, en la cual dicen que el cólera, el vómito, el pasmo y las cuartanas esperan con los brazos abiertos á los vagabundos europeos. Los que de nosotros no iban sobrados de dineros, ponderaban los fabulosos precios á que los indígenas nos iban á hacer pagar los artículos de primera necesidad en su hospitalaria isla; una mala cama, á una buena onza: una libra de carne, á una esterlina: un plátano á un peso. Los tímidos y aprensivos aseguraban que en Santo Tomás no se podia comer fruta, ni beber vino, ni bañarse, ni salir al sol, ni pararse á la sombra, ni mirar á la luna, ni transpirar de noche sin ser acometido de una enfermedad tan violenta como incurable, noticias todas agradabilísimas para quien tenia mucho miedo, pocos dineros, menos conocimiento del país, y grande necesidad y priesa de llegar á su destino.

Yo, amigo mio, que conozco y practico el refrán de "á Dios rogando y con el mazo dando," y que comprendí que los lamentos ni los reniegos no nos sacarian del atolladero en que la exactitud del inglés nos había metido, anuncié mi determinación de saltar en tierra, para ver de hallarle alguna salida, con ayuda de los cónsules europeos residentes en la isla de Santo Tomás.

Adhiriéronse á mi pensamiento, Pancho Baralt y Leonardo Delmonte, pariente el primero de Rafael M. Baralt, poeta é historiador de Nueva Granada, que lleva su mismo apellido, que es ya justamente célebre por sus escritos, á quien no conozco personalmente, y á quien tengo en no poca estima por lo que de su pluma he leido, é hijo el segundo del malogrado habanero Domingo Delmonte, á quien debí una buena amistad en Paris y muy delicados servicios en Madrid: mozos ambos el Pancho y el Leonardo á quienes hallé á bordo del Paraná, y de quienes hablaré á vd. mas adelante en esta y en mis siguientes cartas.—Saltamos en un botecillo gobernado por un robusto negro, y nos dirigimos á aquella tierra que tan insalubre é inhospitalaria nos habian pintado y que á mí tan pintoresca me parecia, por encima de un mar azul y tranquilo y bajo un sol cuyos rayos no poco nos calentaban á pesar de hallarnos en el mes de Diciembre.—Aquella población construida en anfiteatro en la falda de aquellas colinas eternamente verdes, aquella rica vegetación de los trópicos que yo por primera vez veía, aquellos penachos ondulantes de palmas y cocoteros que coronaban los cerros, aquella alfombra de arbustos y yerbas aromáticas que vestian sus fecundas lomas, aquellas flores abiertas y aquellos frutos maduros que mis ojos por do quiera alcanzaban á ver, el espectáculo en fin de una naturaleza y una gente tan distintas de las por mí hasta entonces conocidas, me tenia embebecido y encantado; y no podia convencerme de que aquella atmósfera tan luminosa y trasparente, y aquella tierra tan fértil y tan florida, encerrasen traidoras en su seno tantos gérmenes de muerte en sus miasmas epidémicos tan fatales á los europeos.

—Parecíame que estaba contemplando uno de aquellos panoramas que nos enseñan en Lóndres, en los cuales ve uno pasar ante sus ojos y

visita en una noche todas las riberas del Ganges y las maravillas de la India; y yo era sin duda el solo viajero del Paraná que daba gracias á Dios por haberle traído á aquella isla que los europeos abordan siempre con inquietud y desconfianza. Yo veo á Dios por todas partes, mi querido Torres, yo encuentro á la divinidad y su poesía hasta en los mas desiertos arenales, y bendigo al Criador hallando admirable y portentosa la creación en la cual no veo malo nada mas que el hombre, que viciado por sus malas pasiones, alucinado por las teorías de su falsa ciencia, y corrompido por los vicios de la loca sociedad, ha degenerado física y moralmente del hombre á quien Dios colocó, bello, noble, vigoroso, inteligente y sabio, en los jardines del Eden. Por donde quiera que se torne la vista, la creación impregnada del perfume de la religión y la poesía, revela á Dios; mas por donde quiera se encuentra al hombre envilecido en el fango del egoísmo y del interés, puesto que nuestra moderna, y tan decantada civilización convierte en avarientos comerciantes, á nuestros nobles, á nuestros héroes, á nuestros ricos, á nuestras hermosas, y hasta á los sacerdotes de nuestra religión de caridad y fraternidad, cuyo generoso Fundador para enseñarnos estas, dos universales obligaciones y cristianas virtudes, vivió pobre derramando beneficios, murió dando liberal hasta la última gota de su sangre, y la única vez que se armó de un látigo, fué para echar del templo á los mercaderes.

Pero dejémonos, mi querido Torres, de reflexiones y moralidades que no están es ulugar en esta nuestra correspondencia.

De ellas me sacó el ruido de un bote que tras del nuestro venia, ó mejor dicho volaba, impulsado por cuatro vigorosos negros que al acompasado impulso de cuatro remos le hacían rasar como una golondrina la superficie

de las tranquilas aguas. En el venia sentado un jóven rubio y pálido, cuyo cuerpo débil y enfermizo se envolvía en una capa á pesar del calor casi sofocante de aquellos tropicales climas. Deslizóse rápido al lado del nuestro el bote en que el jóven iba, y al emparejar con nosotros, sacando de bajo la capa, una mano descarnada, blanca y aristocrática, me saludó descubriendo al quitarse su sombrero de fieltro una frente alta, despejada é inteligente, y enviándome una mirada afectuosa y melancólica y una sonrisa casi imperceptible. Devolvímosle su saludo mis compañeros y yo, y preguntáronme quién era; no supe qué responderles; la fisonomía de aquel mancebo no me era desconocida, pero ni recordaba su nombre ni el lugar ú ocasión en las cuales le hubiese visto ni encontrado. Por pasajero del Paraná no podía tenerle, puesto que á bordo del buque estaba yo seguro de no haberle apercibido durante nuestra navegación, y eso que hubo momentos de susto, en que se asomaron sobre cubierta hasta los ratones de la bodega. Como quiera que fuere, yo no pude menos de seguir con los ojos al desconocido hasta verle saltar en tierra y desaparecer entre las casas; su recuerdo duró vivo todo el dia en mi memoria, por no sé qué de fantástico y misterioso que descubrir se me antojaba en su figura noble y melancólica, en torno de cuya espresiva cabeza se me figuraba apercibir esa aureola de poesía y de desventura que creemos ver la gente de arte alrededor de las de Cervantes, Cárlos I de Inglaterra, Byron y Andrés Chenier.

Atracó nuestro bote en el mismo lugar en que el suyo atracado habia, y dirigíme inmediatamente con mis amigos en busca del cénsul español, D. Federico Segundo, á quien hallamos en el corredor de una fonda que, como todas las casas de aquella población construida en anfiteatro, abria sus vistas sobre la mar. Recibiónos con la cortesía noble pero franca,

característica de los españoles, exenta de la gravedad erguida y ceremoniosa de los ingleses y de la afectación exagerada de los franceses; espusímosle en breves palabras nuestra posición, comprendióla el cónsul en mas breves momentos, y apareciéndose en aquellos el agente inglés en la fonda, punto de reunión general al arribo de los buques de Europa, abocóse con él el español, y en la lengua de Albion, que el Sr. Segundo correctamente habla, le probó que el toque de su empleo no estaba en la exactitud de las salidas de los buques-correos de la isla de Santo Tomás, sino en la del arribo de la correspondencia á los estremos de la línea por ellos establecida; y que los intereses de los gobiernos y el servicio del público, era antes que los de la compañía.—Replicó el inglés y tornóle á argüir el español: tornó á resistir aquel y á insistir éste: comenzó á llenarse el corredor de curiosos é interesados, entre los cuales acertó á estar el cónsul inglés: entéróse de la discusión y púsose de parte del español: tornaron juntos á argüir al agente, de la compañía inglesa y tornó éste á replicar y á resistir: escusóse él con su obligación y las órdenes de sus principales de Lóndres, y opusiéronle ellos la que sus cargos consulares les imponían y las órdenes de sus respectivos gobiernos: atrincheróse el inglés en su responsablidad ante la compañía inglesa, de quien era allí único y absoluto representante; opusiéronle los dos cónsules su responsabilidad ante las dos naciones á las cuales representaban, y finalmente el inglés, que á mi ver luchaba solo para no ceder sin pelear, se dio por vencido y propuso fletar una goleta que anclaba en el puerto para conducir á la Guaira los viajeros y la correspondencia de la América del Sur, y enviarnos á los que íbamos á la Habana y Veracruz en el Paraná á la Jamaica, donde hallaríamos el *Wye* pronto á conducirnos á nuestro destino. Aceptaron los cónsules su proposición y diéronle las

gracias por semejante complacencia: dímoselas nosotros á los cónsules: enteráronse nuestros compañeros de viaje, que tras nosotros poco á poco desembarcado habían, del nuevo y ventajoso arreglo hecho en nuestro favor, gracias á nuestro cónsul, y los que habían comenzado por llorar, concluyeron por reír, los que se habían encolerizado empezaron á sentir el apetito que dá la bilis, y comenzaron los tímidos y aprensivos á ver menos desagradable la perspectiva de nuestra permanencia en Santo Tomás á la luz de la esperanza de nuestra próxima partida, la cual debía verificarse á las cuatro de la tarde del siguiente dia. Cambiáronse pues los temores en confianza, los ataques de nervios en tranquila serenidad, el llanto en risa, en aplausos las reclamaciones y en alegría en fin la tristeza. Partió el agente inglés cargado de nuestras bendiciones á fletar la goleta para la Guaira, y á mandar aprestarse el Paraná á conducirnos á la Jamaica á los que á la Habana debíamos ser conducidos, y, concluida en comedia la tragedia de nuestro viaje, nos dispusimos á celebrar su cómica conclusión con un almuerzo que nos quitase de la boca el gusto acre y las ampollas que en ella nos habian dejado la mostaza y los pudines del Paraná.

—El Sr. D. Federico Segundo, viéndonos en tan felices disposiciones y á salvo de la disipada tormenta, se despidió de nosotros, no sin hacernos en especial á mis dos amigos y á mí las mas francas y generosas ofertas: quedamos por ellas y la poderosa intervención con que en nuestros asendereados negocios habia terciado, grandemente agradecidos, y contentísimos de haber hallado en aquellos parajes un tan cortés y cumplido caballero representando los derechos y protegiendo los intereses de la España.

Partió nuestro cónsul y apareció nuestro almuerzo, del cual solo podia

amargarnos el fabuloso precio que según los pronósticos pasados debía costarnos: pero la Providencia tenia dispuesto que yo no participara de ninguna de las amarguras de la isla de Santo Tomás. A punto de sentarme á la mesa, recibí una invitación apremiante, sin admisión de escusa ni demora, para pasar con mis dos amigos á casa del general D. Buenaventura Baez, ex-presidente de la República dominicana, que en su casa nos tenia dispuesto almuerzo y hospedaje, mas suculento, mas cómodo y mas económico que el de la fonda.—Un carruaje nos esperaba á su puerta, y no habiendo medio, ni pasándonos en verdad por la cabeza pensamiento de rehusar, abandonamos á nuestros compañeros que nuestra buena fortuna envidiaron, y partimos á casa del general.

Nada puedo decir á vd. de este personaje, mi querido Torres, que vd. no sepa. Vd. y yo le hemos conocido en Paris de embajador do su República, y la parte que en los sucesos políticos de la isla de Santo Domingo ha tenido, está consignada en los periódicos de la época; ni á mí me cumple ahora recordarla, ni juzgarla me corresponde; tanto mas cuanto que siendo el general Baez amigo mio, no podría yo menos de ser parcial hablando de su persona. En esta ocasión tomó delicadamente pretesto para hacernos sus huéspedas, el de hacerme probar, á mí europeo que por primera vez visitaba aquellas islas, las esquisitas frutas americanas. —Ofrecióme en consecuencia una mesa sobre la cual campeaban la olorosa pifia, la jugosa chirimoya, el plátano nutritivo, el rojo y suave mamey, el azucarado zapote, el delicado mango, las sabrosas conservas de guayaba, de icaco y de limoncillo, adornada con llores de toda especie y cuyos cuatro ángulos flanqueaban sendas botellas del Rhin, de Bordeaux y la Champagne; á través de las cuales comencé á ver la isla de Santo Tomás

como la tierra de promisión, la casa del general como el encantado palacio de Aladin en las Mil y una noches, y la América como un Edén.—No necesito describir á vd. el almuerzo, que alegró Baralt con su erudita y picante conversación, en medio de la cual me pidió el general la historia de mi serenata á la Emperatriz Eugenia, que de mil modos habia oido contar, y cuya composición no habia podido haber á las manos.—Repuse yo, que si queria oir la serenata estaba pronto á recitársela, y que de su historia le diria cuatro palabras después de habérsela recitado. Aceptó él, holgáronse mis amigos de comenzar á hacer la digestión al rum-rum de mis versos, y comencé yo á decirlos, no poco halagado de que ellos quisieran oírmelos.

La flor de los recuerdos

A S.M.I. Eugenia

A S. M. I. Eugenia,
EMPERATRIZ DE LOS FRANCESES

* * *

SERENATA MORISCA

* * *

INTRODUCCION

I.

Yo adoro, bardo errante, la gloria y la hermosura;
Mi templo es el espacio, mi altar la creación;
Yo vivo en la pasada para la edad futura,
Y aislado entre dos siglos está mi corazón.
Tu gloria y tu hermosura por eso solitaria
Mi voz canta en las sombras al pié de tu balcón:
Perdona pues, señora, si viene temeraria

A perturbar tu sueño mi bárbara canción.

Yo habito de Granada las arabescas ruinas:
Allí donde los muros de tu mansión natal
Del áureo Darro lamen las ondas cristalinas,
Cual ora las del Sena tu alcázar imperial.
Yo habito aquellas lomas y páramos felices,
Dó reberbera espléndido el sol meridional
Que ha dado á tus cabellos del oro los matices,
Y á tu purpúrea boca las tintas del coral.

Yo habito allí, señora, muy lejos de los hombres,
De seres misteriosos en otra sociedad,
Dó hablamos otra lengua y usamos otros nombres
Perdidos ya ó estraños á la presente edad.
Yo habito aquel imperio de luz y poesía,
De calma religiosa, de santa soledad,
Dó son mi amistad sola, mi sola compañía
Las sombras de los dueños de la gentil ciudad.

Las nómades costumbres de su africana tierra
Cambiaron mi lenguaje, mi fé, mi educación:
La fé de los poetas que el cristianismo encierra
Desdeñará á las mias unir su inspiración;
Tu gloria y tu hermosura por eso solitaria
Mi voz canta en las sombras al pié de tu balcón:
Perdona pues, señora, si viene temeraria
A perturbar tu sueño mi bárbara canción.

La flor de los recuerdos

II.

Mas de esta voz salvaje que, sola y á deshora,
Te envia en las tinieblas su cántiga oriental
Es mágica la historia: escúchala, señora,
Si aun no ha cerrado el sueño tu cámara imperial
Es una historia de hadas: de aquellas que los magos
De Oriente, en sus leyendas de orígen celestial,
Escuchan de la noche entre los ruidos vagos
Contar á una paloma posada en un rosal.

De aquellas que, en la lengua del árabe sonora,
Y en caractéres de oro con puntos de carmín,
Nos vienen en los libros de Alepo y de Bassora,
Y allá leen las sultanas al són del bandolín.
Es una historia de esas cuyo relato exala
De pájaro gorgeos y aromas de jazmín,
Y halaga los sentidos y el ánimo regala
Cual són de agua que corre, cual aura de jardín.

Tal es, tan delicada, la trova peregrina
Que á solas en la noche te vengo yo á cantar,
Errante é ignorado como una golondrina
Que deja el nido frágil allende de la mar.
Las sombras de Granada que moran sus palacios
Y pueblan sus florestas de mirtos y azahar,
Abriéndome del aire los límpidos espacios,
Prestáronme unas alas con que á tus piés llegar.

Mas ¡ay! como en las sierras de Elveira y Alpujarra
La harpa y la griega lira desconocidas son,
Mis versos acompaña de rústica guitarra,
Escaso de armonías, el berberisco són.
He aquí por qué, señora, mi trova solitaria
Entono en las tinieblas al pié de tu balcón;
Perdónala, sultana, si viene temeraria
A interrumpir tu sueño mi bárbara canción.

La flor de los recuerdos

III.

Era, ha muy pocas noches y en altas horas, una
De esas serenas, limpias con que comienza Abril;
Mi espíritu en los rayos de la menguante luna
Vagaba en las riberas de Darro y de Genil.
Ya están allí avanzados los árboles con hojas:
Ya allí la primavera su fuerza juvenil
Ostenta, y ya las rosas empiezan á ser rojas,
Y rompen ya las lilas en plenitud viril.

Al penetrar cansado por el alcázar moro,
Retiro á que mi alma se acoje con amor,
Oí de sus techumbres filigranadas de oro
Estremecer los ecos insólito rumor.
Su espacio estaba lleno de misteriosos ruidos,
Sus áuras impregnadas de aroma embriagador,
Y de invisibles séres por ellas esparcidos
Sentia yo agitarse las álas sin color.

Que henchia del alcázar la residencia quieta
La fuerza de un misterio recóndito juzgué,
Y oyendo de los Génios amigos del poeta
La voz susurradora, tranquilo me acerqué.
Yo, familiar con ellos y favorito suyo,
Su lengua misteriosa y encantadora sé,
Y de ella con las frases armónicas construyo
Los himnos que me inspira mi solitaria fé.

Hé aquí por qué las sombras que en el Alhambra habitan
Y los esquivos Genios que guardan su mansión,
A sus nocturnas rondas benéficos me invitan
Y á hacer de sus historias la amena relación;
Y hé aquí por qué, señora, mi trova solitaria
Te canto en las tinieblas al pié de tu balcón:
Perdónala, sultana, si viene temeraria
A interrumpir tu sueño mi bárbara canción.

La flor de los recuerdos

IV.

No es hija de mi numen mi tosca serenata;
Los Genios del desierto crearon mi cantar;
Agreste es su palabra, su melodía ingrata,
Suspiro de las tribus indómitas de Agar.
Los Génios del desierto, que en el Alhambra moran
Después que la perdieron los hijos de Alahmar,
Las hadas musulmanas, que su partida lloran,
La hicieron, himno rudo del Agareno adoar.

Los Génios, las Huríes, los Silfos y las Hadas
Que vienen por las noches á reunirse allí,
Dejando sus silvestres incógnitas moradas
Ocultas en la fértil comarca Granadí,
De la árabe creencia los ángeles caidos
De quienes esta noche la vela sorprendí,
La hicieron en su lengua sonar en mis oidos
Mandándome en la mia tornarla para tí.

Los Silfos que se labran su tienda de reposo
Con las plegadas hojas del fresco tulipán,
En cuya alcoba móvil con su álito oloroso
Las ráfagas nocturnas á columpiarles van:
Las vírgenes perpétuas, las célicas Huríes
Que, huyendo el paraíso dó las creó el Koran,
La vuelta de los reyes, sultanas y walíes
Esperan del caido imperio musulmán:

Aquellas voluptuosas divinidades moras,
De su sensual creencia soñada creación,
En pájaros y flores tornadas á estas horas
Habitan en tus valles de Orgiva y Lanjaron.
En nombre suyo vengo: por eso solitaria
Mi trova en las tinieblas se eleva á tu balcón:
Perdona pues, señora, si llega temeraria
A interrumpir tu sueño mi bárbara canción.

La flor de los recuerdos

V.

Aquellos lindos séres que, fieles á sus lares,
Quedáronse en las tierras que hubiste tú después.
Te amaban como dueña gentil de los lugares
Que habitan, dó ya nunca se posarán tus piés.
Y aquellos lindos séres, que viven encantados
Allí bajo las sombras del tilo y del almés,
Su tierna despedida te envían desolados
En estos versos rudos que de mi númen crées.

Los Genios de las aguas, las aves y las flores
De Lanjaron y Orgiva de quienes soy rawí,
Su intérprete me hicieron, sus alas de vapores
Prestáronme y un himno me dieron para tí.
Yo soy quien te le canto: mas, de ellos mensajero,
Repito sus palabras cual me las dan á mí;
Con ellas vá, señora, mi corazón sincero.
Yo, mas no poseyendo, con él contribuí.

Balsámica azucena del campo de Granada
Que dejas nuestras vegas tornada en flor de lis,
Paloma de la Alhambra de allí desanidada
Para anidar á sombra del trono de san Luis:
Olvida unos momentos, feliz emperadora,
La cortesana lengua de tu imperial París,
Para escuchar atenta mi serenata mora
En la robusta lengua de tu oriental país.

En medio de tu corte que leyes dá á la Europa,
Y el ostentoso lujo de tu imperial salón.
Parecería pobre mi berberisca ropa,
Se arrastraría débil mi pobre inspiración.
Por eso en las tinieblas mi trova solitaria
Que oyeras quise á solas al pie de tu balcón:
Permite pues, señora, que suba temeraria.
A interrumpir tu sueño mi barbara canción.

La flor de los recuerdos

SERENATA

I. LOS GENIOS

Génio de alas doradas
Y ojos risueños,
Rosa de nuestros valles
Alpujarreños,
Aláh dé en Francia
Digno espacio á tu vuelo
Y á tu fragancia.
Aláh dé el sér del ángel
A tu hermosura,
Y á tu sér de las flores
La esencia pura;
Y piensen que eres
El ángel de las flores
Y las mujeres.
Al contemplar tus pueblos

Tu donosura,
Flor te crean ó ángel,
No criatura:
Naturaleza
La de la flor y el ángel
Dió á tu belleza
En Granada naciste:
Bien lo pregona
La oriental gentileza
De tu persona:
Tú te asemejas
A los Génios benignos
De sus consejas.
El alcázar augusto
Donde tú mores
Urna sea en que gracias
Solo atesores:
Desde tu estancia
El benéfico Genio
Sé de la Francia.

La flor de los recuerdos

II. LAS FLORES

Tu presencia es, ¡oh rosa
De la Alpujarra!
Aura fresca de rio,
Sombra de parra:
Donde aparece,
Todo se vivifica,
Todo florece,
De la Alpujarra sales:
Bien los olores
Lo dicen que tu cuerpo
Trae á sus flores:
En tus entrañas
Arraiga un pié de lirios
De sus montañas.
Tus ojos son mas puros
Que los raudales

De sus frescos arroyos
Y manantiales:
Y tus cabellos
Tienen las mismas ondas
Que tienen ellos.
Tu aliento huele al ámbar
De la azucena
De los valles de Yégen
Y Lucainena:
Según trasciendes,
Es de una mata de ellas
De quien desciendes.
Flor que dejas los cármenes
Del reino moro,
Tu cáliz de virtudes
Sea tesoro;
Y su fragancia
Se derrame en favores
Sobre la Francia.

La flor de los recuerdos

III. LOS PAJAROS.

Ya, al brotar los albores
De la mañana,
No oirás nuestros píos
A tu ventana;
Porque leales
Defenderán tus rejas
Águilas reales.
Paloma no apareada
Con las palomas.
Al aire de las águilas
El vuelo tomas:
Pues te dio el cielo
El alma de paloma,
De águila el vuelo.
Tórtola que te acojes
De amor herida

Al alcázar en donde
Tu amor se anida
¡Qué el aura leve
La ventura á sus torres
Contigo lleve!
Nosotros en tus valles
Anidaremos,
Y en tus techos desiertos
Nos posaremos:
Mas del olvido
No haremos en el árbol
Jamás el nido.
Golondrina que partes
¡Que el bien te siga!
Águila coronada
¡Dios te bendiga!
¡Dios de tu infancia
La paz dichosa lleve
Contigo á Francia!

La flor de los recuerdos

IV. EL POETA.

Al ¡adiós! que te envía
Por mí Granada,
Tolérame, señora,
Que el mió añada:
Halle acogida
En tu gracia por ella
Mi despedida.
Escusa que mi audacia
Llevar pretenda
Al altar de tu gloria
Mi propia ofrenda:
Mas que te muestre
Mi fé quiero á lo menos
Ramo silvestre.
Yo, á estilo de mi tosca
Tierra Africana,

Dejo un ramo de flores
En tu ventana:
¡Y ojalá en ellas
El favor te dejara
De las estrellas!
¡Plegué á Dios que mañana,
Cuando las halles
De Granada te acuerden
Los frescos valles;
Y que al cojerlas,
En tus manos de nácar
Se tornen perlas!
Emperatriz augusta,
Yo te saludo
Y parto: dá al olvido
Mi canto rudo.
Fué en mí arrogancia,
Pero fué deber mio
Cantarte en Francia.

La flor de los recuerdos

Concluí de recitar mis versos, y mostrarónseme muy pagados de ellos el general y mis dos amigos: calificómelos aquel diplomático de superiores, y pusierónmeles aquellos sobre las nubes, y lo que fué mas sobre el Chambertin: lo cual me escandalizó; porque en verdad, mi querido Torres, el del general era delicioso, puesto que al atravesar el Atlántioo se habia grandemente avalorado. Además, creía yo entonces y ¡Dios y los poetas me lo perdonen! pero sigo todavía creyendo que todos los versos hechos y por hacer no valen una botella de Chambertin como la que á su mesa nos sirvió el general; y cuando allá en el siglo XII dijo de los suyos Gonzalo de Berceo:

Bien valdrán según creo un vaso de bon vino,
tengo para mí que
O erró de medio á medio diciendo un desatino,
O no bebió en su vida un vaso de buen vino,
O estaba ya chocheando y hablaba ya sin tino
O miente por la barba el buen Benedictino.

Tal es mi opinión sobre el vino y los versos, en la exelencia y utilidad de cuyos dos productos del discurso y trabajo del hombre no hay comparación ni duda posible; porque las del buen vino son universalmente

reconocidas y respetadas, y las de los mejores versos del mundo andan siempre como la fama de las mugeres bonitas en lengua de todos los desocupados y murmuradores, sin poder jamás establecerse definitivamente en parte alguna. En el fondo de una botella de buen vino, halla inspiración el hombre de génio, valor el cobarde, y alearía el triste; y hablo aquí del hombre moderado que con talento le bebe: porque á los tontos que de nada saben usar sino que de todo abusan, el vino siempre les rinde, y en vez de la escitacion del genio no les dá mas que la modorra de la estupidez.

Pero hasta en eso prueba su exelencia el buen vino; pues mientras hace dormir á los tontos, libra al mundo de su tontería: cosa que no lograrán hacer jamás todas las universidades, academias é institutos científicos conocidos. Con el buen vino no se atreve á mayores ni el mas valiente, porque el sabio está seguro de que por él ha de ser vencido, y el tonto se encuentra subyugado por su poder desde el principio de entrar con él en abierta lucha; pero á los versos no hay presumido que no se atreva: su exelencia está siempre en controversia, y no hay cirujano romancista, ni barberillo latini-bárbaro, ni licenciadillo sin pleitos, ni doctorzuelo sanguijuelista sin clientela, que no se crea con derecho á decidir ex-cátedra del mérito de Homero ó del Tasso, á enderezar como palos de trucos á Cervantes y á Calderón, á Lope y á Cienfuegos; y encuentra falto de gusto á Bretón, el primer poeta cómico de nuestra tierra, gusto á Bretón, ei primer poeta cómico de nuestra tierra, y el mas rico y poderoso y correcto versificador de todos los poetas nacidos; y falto de armonía á Espronceda, cuyos versos se cantan solos; y falto de inspiración á Heredia, cuyas fogosas estancias estremecen las fibras de la sensibilidad y del entusiasmo, como la

máquina de vapor las jarcias de nuestro buque; y para oir á estos tales no hay sino alquilar balcones; de donde resulta que ni cuando vivos ni después de muertos logran descanso los pobres poetas, ni tienen asilo sus pobres versos, y andan siempre su reputación y su gloria colgadas al sol como trapos en azotea, y espantajos entre hortaliza: que así me dé Dios buena muerte, como nacen entre ella alcachofas y calabazas con mas sustancia y meollo que las cabezas de muchos doctores, académicos y licenciados que dejo en Europa, y de otros muchos que no dejaré de hallar por donde quiera que vaya.

Del buen vino nadie dijo mal hasta la hora presente, y en que el vino bueno sea bueno han convenido siempre todos, estando todos de acuerdo sobre su bondad, utilidad y excelencia; desde la Biblia que dice:

Vinum lætificat cor hominis,

hasta Miguel de los Santos Alvarez, que es en mi juicio quien mejor comprendió la bondad del vino, cuando de él dijo con sentenciosa y espartana concisión:

Bueno es el vino, cuando el vino es bueno;

pero ¿de los versos? de los mejores del mejor poeta se ha hablado peor que de la Caba. Y á propósito de la Caba, mi querido Torres, (y que sea esto dicho con perdón de los académicos de la historia): si los cronistas cristianos hubieran sabido como debian saber el árabe para escribir la historia de los moros, no hubieran quitado á la bella hija de D. Julián su bello nombre de Florinda, para darla un apodo tan injurioso, villano y soez. Que se le dieran los moros, pase: que al fin eran bárbaros y enemigos; pero que se le confirmaran los cristianos que se daban y pasaban por civilizados y caballeros, no me pasa á mí de los dientes: tanto mas cuanto

que todavía parece que está por averiguar si la Caba lo fué ó no lo fué.

Pero volviendo al vino y á los versos, digo: que si algún dia llegara á ser célebre por algo, quisiera mejor que mi fama se cimentara en un viñedo de Jerez, Burdeos, la Borgoña, ó la Champaña, y que mi nombre anduviese en rótulos de botellas, diciendo en letras de oro orladas de pámpanos, *Zorrilla añejo*, *Zorrilla espumoso*, *Zorrilla rosado* y *Zorrilla seco*, que no en portadas de libros de versos y en artículos de periódicos: porque en los rótulos de mis botellas todos leerían mi nombre sin alterármele, y lo que vale mas sin añadírmele epítetos poco caritativos, tal vez hijos de animosidad y enquina; todos procurarían tomarle y conservarle bien en la memoria como nombre simbólico de alegría y solaz; mientras que en los libros y los periódicos, mis amigos y los que de mis versos gustaren me llamarían con entusiasmo cisne inspirado y ruiseñor canoro, y aquellos á quienes no agradaran, que al fin los versos y los poetas por buenos que sean no son onzas portuguesas para agradar á todos, me apellidarían con mofa grajo graznador y desapacible mochuelo en el rótulo de las botellas deletrearían todos mi nombre con cariñosa sonrisa y me le recibirían con los brazos abiertos; y en los libros y los periódicos, si bien no me faltarían parciales y aficionados que con sonrisa y cariño me le leyeran, aplaudieran y encomiaran, siempre serian mas los que me le recibieran con ceño, y tal vez sin conocerme ni á mí ni á mis libros me le escarnecieran y difamaran. Tal es mi opinión sobre el vino y los versos, mi querido Torres; y note V. que este juicio mio debe ser imparcial y esacto, puesto que al cabo de mucha esperiencia y observación, he parado en formarle yo, que tuve viñas y bodegas en Castilla, y las vendí para imprimir libros de versos; yo que hago de estos todos los dias, y que no bebo vino sino tres en el año: el del

aniversario de uno feliz para conservarle en mi memoria, el de otro nefasto, para ver si puedo dejarle olvidado en el fondo de una botella, y el dia de mi cumpleaños para perder la cuenta de los que tengo.

Y este juicio y opinión mia sobre los versos y el vino lanzado por mí sobre la mesa del general, escitó la general indignación, y produjo un magnífico discurso de Baralt en favor de los versos, cuyos rotundos y verbosos periodos regó con sendas copas de Champaña, por cuyo riego coligiendo yo que lo que en el discurso de Baralt daba fuerza y apoyo á la poesía era el vino, y que al fin iba probablemente á probar la excelencia de este, le interrumpí bruscamente proponiendo con él un brindis á la emperatriz Eugenia, la mas hermosa de las emperatrices. Amoscóse un poco Baralt de que yo le interrumpiera, pero siendo mayor y mas sólida su galantería de caballero español, que su amor propio de orador, aceptó gustoso y resonó la sala con aquel brindis de corazón propuesto y de corazón aceptado: y con él concluyó nuestro almuerzo y se olvidó la historia de mi serenata, de la cual no sé yo como hubiera salido, puesto que la tal serenata no tiene historia. La gente vulgar y desocupada se empeña en ver misterios y maravillas en las cosas mas simples, y algún desocupado debió de contar al general alguna, que á mí no importa saber, porque así se pareceria á la verdad, como el templo de Salomón á los gigantones de Burgos. La condesa de Teba vino á parar en emperatriz de los franceses; hecho histórico que nada perdían en celebrar los poetas españoles: yo que soy español y tengo mis puntas de poeta, porque según el refrán

De poeta, de músico y de loco
No hay nadie que no tenga mucho ó poco,

quise también hacer mi baza y meter mi cuarto, á espadas con mi serenata; creyeron algunos que yo iba á oros en semejante juego, pero al descubrir el mio vieron que mis cartas eran blancas, y que los versos que hago á las hermosas, siquiera sean emperatrices, están mas que imperialmente recompensados con el honor que ellas les hacen al aceptarlos. Esto es todo: y como todo esto no forma historia y queda reducido á que yo hice una serenata á la condesa de Teba, emperatriz de los franceses, porque tal era mi deber, y S. M. recibió mi manuscrito porque yo se lo presenté, único objeto con que fué puesto en sus hoy imperiales y siempre nacarinas manos, y único favor á que mi composición aspiraba, esquivé yo la cuestión de su historia, para no quitar al general Baez la ilusión que algún, amigo de lo maravilloso y poético pudo hacerle formar sobre un hecho tan sencillo. Así es que ahogada felizmente por el brindis la memoria de la serenata, sirviéronnos el vivificador café de las Antillas: y como yo que soy muy nervioso me veo obligado á privarme de él, mientras mis amigos con no poca delicia le saboreaban, salíme al aire libre del mirador y me puse á contemplar á través de las espirales del humo de un habano veguero, el bello panorama del puerto de Santo Tomás, cuyo variado horizonte cierran en torno sus siempre verdes y pintorescas montañas; y á poco sumiéndose mi alma en la distracción melancólica que produce generalmente en las creyentes ó enamoradas la contemplación de la naturaleza, se dió la mia á vagar por el espacio, perdiéndose con mis pensamientos en el abismo de mis recuerdos.

. . . . . .

A las seis de la tarde nos despedimos con pesar del general Baez, pues no podíamos arriesgarnos á dormir en tierra, porque la actividad del agente

de la compañía inglesa habiendo puesto en juego todos sus recursos para abastecer de víveres y carbón nuestro buque, nos hizo prevenir que estaría pronto á hacerse á la mar á la media noche. Abrazamos pues al general y volvimos á la fonda. Pensábamos hallar á nuestros compañeros algo mohínos y descontentos por sus comidas y sobre todo por sus precios: pero con no poco asombro nuestro les hallamos alegres y repletos, cantando al rededor de una mesa cubierta de botellas vacías, y de abundantes frutas y postres á los cuales no habían podido dar fin. Pedímosles nuevas de su ventura y supimos que su almuerzo y su comida habian sido servidos con la misma esplendidez, esmero y economía que en cualquiera de los buenos hoteles de la civilizada Francia. Así es siempre la fama en boca del vulgo, embustera y calumniadora, y dice bien el refrán:
Nunca es tan fiero el leon
Como la gente lo pinta.

La Isla de Santo Tomás tiene ni mas ni menos los mismos inconvenientes y riesgos que todas las islas del mundo: y en cuanto á insalubridad, no son menos peligrosas para los americanos nuestras pulmonías que su vómito para los europeos.

Los locos repúblicos y de gobierno, como llama Quevedo á los arbitristas y como podemos hoy llamar á nuestros fanáticos por la política, hallan insoportable la residencia en la Isla de Santo Tomás, porque no ofrece suficiente campo para conspiraciones y pronunciamientos: los agiotistas porque no hay en ella ágio que revolver, valores imaginarios que cotizar, ni tontos cuyos dineros cambiar por títulos y acciones que les dejan sin acción y sin blanca; las coquetas y los leones de Londres y de París, porque no tiene boulevares, teatros, parques, ni bosque de Boloña:

los mercaderes porque siendo estación de paso no tienen tiempo de abrir sus cajas, ni ocasión de vender sus géneros: pero los pintores y los poetas la hallan bellísima por sus pintorescos puntos de vista, brillantemente iluminados por una luz pura y trasparente que se refleja en un mar tranquilo y azul, rodeados de un aire de cristalina limpidez, y cubiertos por un firmamento vivido y aterciopelado; y yo guardaré toda mi vida el agradable recuerdo de esta Isla, por haber en ella visto y gozado por la vez primera la exhuberante vejetacion y la rica y edénica naturaleza de las américas, donde se revela la grandeza, la magestad y la poesía de Dios, á quien pedí siempre que me dejara visitar los bosques seculares, las volcánicas montañas y los opulentos valles de sus continentes, y los floridos pensiles de sus islas. Tal me pareció á mí la Isla de Santo Tomás, aunque tal no le haya parecido hasta ahora á ningún otro Europeo.

Cerró la noche: una de esas noches sin luna de las Antillas, en las cuales la luz de las estrellas rodea los objetos de una aureola nacarada, que no deja á las tinieblas posesionarse completamente de la tierra con su densa oscuridad. Mis dos amigos y yo, deseando prolongar el placer de la existencia de pereza y voluptuosidad que en estos paises se goza, nos propusimos dar un paseo por la bahía antes de encerrarnos otra vez en nuestros camarotes del Paraná. Tomamos un bote con dos remeros negros, y nos lanzamos muellemente sobre las ondas.

El mar estaba tranquilo como un estanque; los balcones y miradores de la población, profusamente alumbrados y abiertos sobre la mar, derramaban sobre el puerto su claridad fantástica, sobre la cual se destacaban las inquietas figuras de los que en sus aposentos paseaban, en sus descubiertos corredores comían, y bailaban en sus salones. La música

de sus danzas, el rumor de sus festines, y los cantares de los doscientos negros que lastraban de carbón el Paraná, llegaban á nuestro oido resbalando sobre las ondas, despertando su eco mil veces roto en todas las colinas y repetido mil veces en todas las Cañadas. Sobre el fondo del firmamento se destacaban mecidas dulcemente por las brisas ó por las olas los esbeltos masteleros de los buques anclados y los pomposos abanicos de las palmas y de los plátanos que coronaban las colinas. Nos acordamos de Nápoles y de Venecia: Baralt, cuya erudición es vasta y cuya memoria es envidiable, recitó las octavas del Tasso que cantan los gondoleros del Lido en su dialecto dulcísimo: y recordó las barcarolas de los pescadores de Amalfi; yo que perdí mi corazón á los diez y siete años en un valle desconocido de una provincia de Castilla la vieja, y que volví á encontrarle á los treinta y seis en un elegante camarín, cuyos balcones se abren sobre un boulevart de París, no tenia palabras con que espresar la emoción que me causaba el placer de aquella noche de libertad é indolencia bajo los trópicos, y dejaba en silencio correr las lágrimas por mis megillas, y volar mi pensamiento hácia aquella casa donde hallé mi corazón. Baralt y Delmonte, viendo que yo no hacia coro á sus barcarolas, callaron también; ellos cantaban alegres porque tal vez pensaban hallar en los jardines de Cuba lo que yo sentía dejar entre las nieblas de París.

Como nos halláramos ya cási á la boca del puerto, del cual no podíamos salir á semejante hora, los negros cesaron de remar aguardando nuestras órdenes. Entonces llegó á nuestros oídos la voz de un hombre que cantaba sobre la mar, sin duda en otro bote que á poca distancia nuestra vogaba, y del cual solo percibíamos la luz de una linterna que en su popa lucia. Escuchamos atentamente y oímos que la voz cantaba en español,

acompañándose con una guitarra, esta melancólica balada:

Los pensamientos que me entristecen
¿De dónde vienen? ¿á dónde van?
En mí germinan y en mí fenecen
Y de mí mismo nunca saldrán.

Mi fé alimento
Sin esperanza:
En mí la siento
Siempre brillar,
Y un pensamiento
No mas alcanza
Con rayos trémulos
A iluminar.
Esta memoria
Sin esperanza
Es una historia
Sin acabar.
A esta memoria
Sin esperanza
Dentro de mi ánima
Labré un altar.

Mas los pensamientos
Que creó mi afán,
Yo sé de dó vienen,
Yo sé donde van.

Id, pensamientos
Que el alma lanza,
Cruzad los vientos.
Salvad el mar;
Mi pensamiento
Sin esperanza
A mi amor místico
Id á llevar.
Mi pensamiento
Como las olas
En incremento
Va sin cesar;
Y ni un momento
Ceso á mis solas
Sus ondas móviles
De ver rodar.

Mas mis pensamientos,
Que á matarme van,
A la par conmigo
Pronto morirán.

Calló el que cantaba, y yo que conocía aquella voz, aquella música y aquella canción, mandé á los negros que abordaran el bote donde el desconocido cantor la entonaba. Remaron ellos con precaución para no ser sentidos por los del iluminado esquife; mas volviendo á comenzar la música volví yo á detener á nuestros remeros, y volvimos ya mas de cerca á oir la voz que cantaba:

Tomó un esposo la golondrina
Y un nido en Túnez le construyó:
Llegó el verano, y á la vecina
Costa su esposo se la voló.
Y ella dijo entonces:
"Pues su esposa soy,
A mi esposo busco, tras mi esposo voy."

Pasóse á España la golondrina;
Solo en Marbella su esposo halló,
Y en una torre del mar vecina
Un nuevo nido le fabricó.
Y dijo: "yo le amo,
Y pues suya soy,
Con mi amor me vengo, con mi amor me voy."

Un nido en Túnez la golondrina
Y otro en Marbella se construyó,
Y en nuestra costa y en la vecina
Casa y esposo siempre encontró.
Yo que enamorado
Como aquella estoy
Tras mi amor me vengo, tras mi amor me voy.

De África viene la golondrina
Buscando el nido que abandonó,
Y á África vuelve la peregrina
Dejando el nido que fabricó.

Y dice, su esposo
No hallando en él hoy:
"Tras mi esposo vengo, tras mi esposo voy"

De África á España la golondrina
Tras su amor vuela que se perdió:
Ni en nuestra costa ni en la Argelina
Volverá á hallarle porque murió.
Y ella vuela y dice:
"Mientras viva estoy,
Tras mi esposo vengo, tras mi esposo voy."

A África fuése la golondrina
Mas ¿qué fué de ella que no volvió?
Cansóse, y presa fué de Argelina
Nave corsaria dó se posó.
Y dice en la jáula
Do la tienen hoy:
"Ni sé donde vengo, ni sé donde voy."

* * *

Cesó la voz y volvimos á remar hacia el bote de donde salia, y hacia el cual nos guiaba su luz; mas los que le montaban nos apercibieron sin duda, y la apagaron: hicimos fuerza de remos, pero mejor ayudado de los suyos que el nuestro, se alejó de nosotros el bote ganando mar: seguímosle cuanto espacio pudimos, mas le perdimos muy pronto en las tinieblas, perdiéndose él entre los buques surtos en el puerto; tomamos nosotros el

mismo rumbo, y abordamos el Paraná. Eran las once de la noché: todos dormían en nuestro buque: los negros solos continuaban lastrándole al són de sus coreados cantares. Díjonos el vijia que no podriamos partir hasta el dia siguiente, porque los negros no acabarian su faena hasta el amanecer. Cansados de los placeres del dia ganamos nuestros camarotes. El mio se abria sobre babor; quise contemplar aún el mar desde su lucerna; pero me cerraba la vista la goleta que debia partir para la Guáira, la cual anclaba á pocas varas de distancia del Paraná. Acostéme preocupado con el recuerdo del misterioso cantor y de mis versos por él cantados, y arrullado por el coro de los negros no tardé en quedarme dormido: mas el rumor de sus tristes y monótonas canciones, que conservan aún algo de su orígen africano, y el de sus pasos que crugian sin cesar sobre el techo de mi camarote, me tuvieron por largo tiempo en una especie de insomnio entre el sueño y la vigilia. Abria de cuando en cuando los ojos y percibia por mi lucerna la ligera arboladura de la goleta que junto al Paraná se mecia, y resonaba confusamente en mis oidos el cantar de los negros que aún trabajaban: otra veces soñaba con los recuerdos que en mí escitaban las esteriores sensaciones: ya que atravesando los arenales de Fez sentia tras mí el galope de los caballos de los beduinos que me perseguian: ya que sentado sobre los piés en un café de Mequinez, me adormia el murmullo de las suras del Koran y las Kásidas de Hariri, recitadas por una almée, al són de la guzla y el tarabúk.

Poco á poco, la rebelde imaginacion vencida al fin por la exigente naturaleza, fuéronse mis sentidos rindiendo al sueño y la inquietud de mi alma cedió al fin á su tenebrosa tranquilidad sumiéndose en la sima de su olvido. Cuando á la mañana siguiente subí á la cubierta del Paraná, la

goleta que iba á la Guáira se daba á la vela para su destino, y vogaba ya casi á la boca del puerto; desde su popa me saludó, en el momento en que llegó á apercibirme, aquel joven misterioso y simpático cuyo bote adelantó al mio al desembarcar en Santo Tomás y que para la Guaira partia. Apresuróme á contestar á sus repetidos besamanos de despedida, y aún me hilaba yo los sesos discurriendo y sin dar en quien fuese, cuando vino á darme la esplicacion de todo una carta y un legajo de papeles que me entregó el *timonel* del Paraná diciéndome: "aquel amigo de vd. que va á la Guaira me encargó que diese á vd. esto, cuando ya se hubiera dado á la vela".

Abrí la carta y desaté el legajo que con un cordón de seda venia sujeto... y aquí, mi querido Torres, me permitirá vd. que corte por ahora nuestra correspondencia en prosa, sustituyéndola con la doble HISTORIA DE DOS ROSAS Y DOS ROSALES: cuya relación y la carta que la sirve de prólogo, esplicarán á vd. y á todo curioso que me leyere, la relación que existe entre el joven que navega en la goleta de la Guaira y las rosas de mi libro, y las razones que me asisten para plantarlas á continuación de esta correspondencia.

Adiós pues, mi querido amigo, y plegué á Dios que los centenares de versos que siguen, indemnizen á vd del mal rato que temo haberle dado con la difusa y amarga prosa que antecede.[1]

— A continuación, viene la primera parte de Dos rosas y dos rosales, y continúa luego con México y los mexicanos

La flor de los recuerdos

México y los mexicanos

I.

No se encuentra tal vez en ningún punto del globo un paisaje, cuyo panorama sea comparable con el del valle de México; porque hallándose situado á una elevación de cerca de 7,500 pies sobre el nivel del mar, y abarcando la estension de una magnífica llanura de 67 leguas de circunferencia, cuyos horizontes cierran por todas partes las mas pintorescas montañas, la limpidez y enrarecimiento de su atmósfera hacen que el sol ilumine su perspectiva con unos tonos de luz suavísimos: y la diafanidad del aire interpuesto deja percibir á la vista, con una admirable claridad, los mas lejanos objetos de los últimos términos del paisaje. El ojo del Europeo no puede apreciar ni las distancias ni la magnitud de los múltiples y variados accidentes de este mágico panorama, hasta que su pupila se acostumbra á contemplarles y hasta que los repetidos desengaños de la esperiencia le enseñan á rectificar la inesactitud de sus primeros cálculos. Este fenómeno se nota de la manera mas palpable, al tomar el

lápiz para tantear sobre el papel ó el lienzo cualquiera de sus ricos puntos de vista.

Según se van apuntando los objetos que llenan su primer término, se van aglomerando y viniendo encima los del segundo y el último; la transparencia de la atmósfera hace que todos se acusen con poca diferencia de tamaño y con la misma claridad, á pesar de lo vario de las distancias; el boceto se llena pronto con los primeros términos y se declara escaso para los últimos: la mano cree que el ojo se equivoca, y corrige y disminuye sus trazos: el ojo cree que la mano desobediente es la que yerra, y la inteligencia concluye por concebir que necesita calcular con una esacta y matemática precisión las proporciones del cuadro, para poder estenderle sobre el papel ó el lienzo como los ojos le ven y la mente le concibe. El cielo de México de un azul tibio, trasparente y limpio de nubes como el de Madrid, lleva sobre este la ventaja del clima, que da á su limpidez una estabilidad casi inalterable, y brilla en el verano sin aquella irradiación insoportable de nuestra atmósfera de fuego, y sin la crudeza de su temperatura glacial en el rigor del invierno. Las lagunas de Texcoco y Chalco, que se dilatan al oriente de la ciudad en una estension de 14 leguas, quiebran los rayos de la luz en la tranquila superficie de sus, aguas, como en los losanges desiguales de un roto espejo, y se la devuelven, al cielo que la desparrama en hebras de oro en sus siempre verdes campiñas. Ver la salida y la puesta del sol desde las lomas de San Ángel ó de Tacubaya, es un espectáculo del cual la poesía no puede hacer descripción, ni la imaginacion formarse idea sin presenciarle.

A la salida del sol, se ve la blanca ciudad de México destacarse sobre el espléndido cortinage de púrpura desplegado sobre el horizonte, como uno

de esos complicados y primorosos palacios que los chinos labran en el marfil, colocándolos en el quitasol de plumas rojas de guacamayo de un mandarín opulento; vista á la luz de incendio de la última hora de la tarde, parece la isla de oro de un cuento de las mil y una noches, flotando sobre la zona azul que tiende tras de la ciudad el agua trémula de la laguna, y cobijada por el soberbio pabellón de su cristalino firmamento: que tiñen los reflejos del sol poniente con purísimas tintas opalinas, abigarrándole por los horizontes con caprichosas ráfagas de púrpura y amaranto, prendidas en las crestas verdes de las montañas como los lambrequines rojos del capacete de un rey de la edad media. Dos montañas gemelas, el Popocatepetl y el Ixtasihualt, en cuyo seno hirvieron en otro tiempo dos volcanes y cuya parda mole corona hoy, como un turbante africano la faz morena de un beduino, un gigantesco y redondo copo de perpetua nieve, dominan este espectáculo sorprendente, como las hijas gemelas de un kalifa persa presiden, sentadas en una alkatifa de cachemira, la última danza de sus esclavas en medio de los voluptuosos jardines de su harén. Y estas dos montañas gemelas, que elevan eternamente sus blancas crestas sobre el valle de México, recuerdan sin cesar á los Mexicanos que hay otros climas sobre la tierra, cuyos moradores se despiertan todos los inviernos para ver el fondo de sus valles revestido por largo tiempo con aquel manto blanco, que ellos miran con asombro servir solamente de tocado para sus cabezas; pero las brisas heladas del Popocapetl y del Ixtasihualt bajan muy rara vez á ensañarse sobre la perenne y exuberante vejetacion de su siempre florido valle; pues aunque se abren en la superficie por las orlas de las lagunas, como girones hechos en una rica alfombra, franjas estériles de terrenos salinos, debidos á la rápida evaporación de las aguas bajo su

enrarecido ambiente, matiza en toda estación la mayor parte del valle la verdura incesantemente mantenida por árboles, yerbas y plantas, que nunca se desnudan completamente de su frescura ni de sus hojas. En él puede afirmarse con verdad que no hay invierno ni verano; pues las estaciones se suceden con imperceptible diferencia en la temperatura, y la tierra no cesa de producir en ninguna. El pueblo indígena usa en todas, sin peligro para su salud, el mismo ligero trage, compuesto de un pantalón de lienzo, una camisa, un sombrero de paja y el imprescindible zarape ó una manta, que le sirve de capa por el dia y de cama por la noche. Los indios campesinos viven en todos tiempos en unos jacales ó chozas de tejamanil, ó de pencas de maguey (*agabe-la pita de Andalucía*), en cuyas desabrigadas habitaciones no les son molestos mas que los aguaceros de la estación de las lluvias; la tierra, madre generosa del labrador, le centuplica la semilla sembrada en todo tiempo: y á veces, á lo largo de los caminos que recorre, vé con asombro el curioso estrangero á un indígena ocupado en sembrar ó arar una tierra, inmediata á otra en la cual su vecino está segando su ya sazonada cosecha. Los mexicanos, acostumbrados desde niños á la belleza, templanza y feracidad de su rico valle, no las aprecian en su valor hasta que salen de su país: y, entonces concibo yo que les sea ingrata la vida de cualquier otro: la del mediodía y los trópicos por su luz deslumbradora y sus bochornosos calores, y la del norte por sus insoportables fríos y la oscuridad de su siempre nublada atmósfera.

En una palabra, mi querido duque, el valle de México es la estancia mas grata para detenerse á reposar en la mitad del viaje fatigoso de la vida, y el panorama mas risueño y mas espléndidamente iluminado que existe en el universo.

La ciudad, fundada por los antiguos en no muy conveniente lugar, pues está espuesta á inundaciones producidas por el desnivel de las lagunas en la estación de las lluvias, y sin poseer esos colosales monumentos arquitectónicos, huellas indelebles del saber de Grecia y del poder de Roma, ni esos afiligranados edificios góticos de la edad media que tan suntuosamente decoran nuestras capitales de Europa, porque su fundación no se remonta á épocas tan atrasadas, está sin embargo formada de bellos y simétricos edificios tendidos en calles uniformemente rectas, cuyas líneas cortan por todas partes infinitas cúpulas y campanarios de parroquias y monasterios. Y a sabe V., puesto que no soy yo el primero que lo dice, que donde quiera que llegan á dominar, los ingleses establecen una factoría, los franceses un teatro y un salón de baile, y los españoles un convento: y México tiene tantos de estos últimos, que apenas hay calle sobre la cual no se abra el enverjado pórtico de alguna iglesia, ó no se cierren algunas de sus ventanas con las espesas celosías de algún convento de monjas: lo cual, dando á la ciudad el tranquilo y misterioso carácter de las nuestras, la impregna de una atracción simpática para los españoles, que encuentran en ella por todas partes recuerdos y semejanzas de las poblaciones de su patria.

Mas como no me propongo en mis cartas hacer alarde de la sesuda madurez de un filósofo, ni de la minuciosa esactitud de un eronista, ni de la pesada erudición de un anticuario, sino de estender mis impresiones sobre el papel con la ligereza y el ilógico desorden de un poeta, le haré á V. gracia de todo detalle topográfico y de toda arqueológica descripción de edificios: diciéndole solo, por ahora, que el palacio de los vireyes, el colegio de minería y la catedral son dignos de la atención del curioso viajero y del

aplicado artista: especialmente la última, que aislada por sus cuatro frentes, eleva su principal fachada, con sus puertas del renacimiento y sus bellos adornos plateresco, sobre una plaza espaciosa, cuyo cuadro se cierra con sólido caserío de vistoso balconaje, y sostenido en su mayor parte por numerosos pilares. Sus casas, coronadas de planas azoteas con pretiles y balaustrados rematados en macetones, no ofenden la vista con aquellas abominables tejas encarnadas de nuestras castillas; y contemplada la ciudad á vista de pájaro, recuerda las alegres ciudades de Andalucía; y positivamente la de México es la mas alegre y bulliciosa del mundo: porque raro es el dia en el cual un aniversario nacional, una fiesta religiosa, un monjío, un simulacro militar, ó al menos una fausta noticia, no se celebra con campaneo triunfal, alarmadores cañonazos y estruendosa cohetería. Jamás he recorrido el mas estrecho territorio, ni he hecho el mas limitado viaje por carretera ni senda de su hermoso valle, sin tropezar en ellas con indios cargados de cruces, faroles, ciriales ó castillos de pólvora, destinados á la función de algún inmediato pueblo.

Los mexicanos son en general ostentosos en sus casas, cuyos patios apilarados, que sustentan corredores cargados de macetas, comunican á sus aposentos la luz y el aire que no necesitan mitigarse en tan benigno clima: un carruaje, siempre pronto al servicio, ocupa el fondo del patio en las casas de las familias acomodadas, cuyas habitaciones decoran el mueblaje, las tapicerías y los estucados de las capitales de Europa: á pesar de que estos artículos de lujo, bien sea por el esceso con que les recargan los comerciantes, ó bien por los derechos con que están gravados, se adquieren á precios exorbitantes. Las casas de Don Eustaquio Barron de Don Gregorio Mier y Teran, Palacio de Buenavista de la viuda de Pérez Galvez, y

lo que hoy es Hotel de Iturbide en la ciudad, y las del conde de la Cortina, Escandon y Adalid en el campo, ostentan un esquisito gusto ó una positiva opulencia. Los mexicanos son corteses y francos en su manera de recibir: el estranjero puede penetrar en sus aposentos interiores y en sus jardines desde su segunda visita; y con poco que le acrediten sus circunstancias ó sus recomendaciones, está seguro de ser invitado á su mesa y admitido en la intimidad de su familia. Son espléndidos en sus convites, y en sus mesas luce al lado de la porcelana de Sevres, la cristalería bohemia y las mantelerías alemanas, la maciza argentería cifrada ó blasonada, que acusa la antigüedad de sus solares y la estima en que tienen á sus mayores. Su pronunciación, de la cual están desterradas las *zetas y las elles*, y las inflexiones suaves y musicales de su acento, hacen muy agradable su conversación; especialmente la de las señoras, cuyo órgano vocal está timbrado en un tono de una sonoridad dulce y poco aguda, como la voz de todos los pueblos que respiran una atmosfera cargada de sales, ó que habitan las orillas del mar, como la de las mugeres de Cádiz, Nápoles y Venecia.

El tipo de las mexicanas tiene mucha afinidad con el de las de la antigua reina del Adriático: su estatura es mediana, y rara vez alcanza grandes proporciones: sus manos y sus pies son pequeños, y cifran su amor propio en el reducido tamaño y el esmero con que se calzan. Su andar es resuelto y airoso como el de las andaluzas: su cabellera rica, y el color de su tez, mas moreno que blanco, está en general templado con una suavísima tinta de palidez, á cuyo color dan ellas, y no sin propiedad, el epíteto de *apiñonado*. Su trage de sociedad es el mismo que el de las europeas, siguiendo las modas francesas; pero aun conservan la mantilla y se sirven del abanico

como las españolas. Las mugeres del pueblo tienen, como las de nuestras provincias de Andalucía, grande afición á los colores vivos y á los ondulantes *faralás*, con los cuales orlan la falda superior de sus vestidos; pero su lujo principal estriba en la limpieza y bordados de sus enaguas, cuyos festonados picos dejan mas largos que la falda esterior; comprendiendo á todas las de que su trage se compone, bajo el nombre general de *naguas*, y sujetándolas al talle con una faja de seda, cuyos estremos dejan colgar de su cintura con una gracia característica del país. El trage de los hombres, que se compone de chaqueta y pantalón, está sobrecargado de botonaduras y herretes de plata y oro, como los arneses de sus caballos y las toquillas de sus sombreros: todo su trage está en fin calculado para montar. Y en verdad que son gallardos y consumados ginetes; y siendo sus caballos de raza fina, ligera y airosa, y usando de sillas de grande seguridad y de frenos de poderosa palanca, se lanzan en sus diversiones ecuestres á ejercicios de inmediato riesgo y de estraordinaria destreza.

Grandemente aficionados á la música y al baile, y dotados de grande instinto para aquella, tienen profesores que como Marsan, Oviedo y otros, merecen el nombre de tales: y pueden contarse en la buena sociedad mexicana aficionadas que, como las señoritas Amat y Arellano, rayan en profesoras. Esta última, á quien son familiares varios idiomas europeos, conoce y canta en su lengua original todas las canciones populares y características de estas naciones. La música popular mexicana, como todo lo que caracteriza la nacionalidad de un pueblo, rebosa en originalidad. Sus instrumentos son una harpa pequeña y sin pedales, de agradabilísimo sonido, y que tocan con una admirable limpieza de ejecución; una guitarra

de siete dobles cuerdas metálicas, de caja oval y de largo mástil que sirve de tiple y que pulsan con una púa de nácar: otra guitarra de grandes dimensiones y de cuerdas de tripa que lleva los bajos, á la cual llaman bandolón, el salterio que llaman dulzaina y la bandurria á la cual llaman jaranita. No puede V. figurarse el maravilloso efecto que produce la combinación de estos instrumentos con una flauta que lleva el *cantabile*, y un cornetín de pistón ó una trompa de llaves que ataca vigorosamente los compases de bravura. Con estos instrumentos forman una orquesta, que ejecuta con una prodigiosa esactitud y afinación las sinfonías mas difíciles y las variaciones mas complicadas de los modernos maestros europeos: y acontece mil veces que entre los ocho músicos que componen esta orquesta popular, hay dos ó tres que no conocen una nota y tocan de oído.

La música de las canciones mexicanas recuerda, como las botonaduras, los alamares y los bordados de sus trages, los aires característicos de los bailes y cantares que alegran las alamedas que riegan el Darro y Guadalquivir; pero las modificaciones que en ella han hecho el tiempo, la distancia y el carácter del pueblo en que se ha naturalizado, la han regenerado de tal manera, que solo reconoce su origen el corazón y el oído del que niño se adurmió con sus cadencias, y las recordó ya adulto en estranjera tierra, donde le halagaron los dulces sueños de su memoria. El *jarabe*, que rompe franca y resueltamente en unos compases de boleras, se aparta ya de este aire español desde la mitad de su primera parte: las cadencias de la copla, en cuyos compases hay mas notas que las que requieren las reglas del contrapunto, se sostienen ó se quiebran de una manera tan agradablemente estraña y original, que hasta que el oído no se hace á ellas se le figura que el cantador se ha perdido; y su acompañamiento

de baile sale de tonos y ondula y se mece, y se rasga en armonías, arpegios y trinos tan profusamente ricos y nutridos de notas, volviendo mil veces sobre sí mismo por medio de transiciones tan inesperadas, que los músicos de todos los países y de todas las escuelas escuchan con placer hasta el último de aquellos compases, que acompañan generalmente un baile tan gracioso y tan picante como el Saltarello y la Tarantela de Nápoles, las jotas de Aragón y las corraleras de Sevilla. Las mexicanas del pueblo bailan el jarabe con una languidez y un abandono tan incentivos, como nuestros pueblos del mediodía sus espresivas danzas. El jarabe, música y baile, es el aire mas popular en toda la república Mexicana: y es acaso de todos el aires nacionales conocidos, el mas rico y complicado en pasos y en armonías; los cuales, como los de nuestras playeras y rondeñas, resistiendo á los esfuerzos de los estranjeros, no pueden jamas ser ejecutados con perfeccion por manos ni piés que no sean mexicanos.

Tengo por escusado advertir á V: que las mexicanas de la buena sociedad no bailan ya mas que la Schotisch, la Polka-mazurca y esos bailes de los pueblos del Norte, que parecen inventados expresamente para hacer dormir de pié á los del mediodia: aun quedan sin embargo algunas señoras, que en la sociedad íntima y en las fiestas familiares de sus haciendas, le bailan con gran contentamiento y aplauso de los que apreciamos, con la imparcialidad de los hombres de arte, la poesía, el carácter y los recuerdos nacionales de todos los países: y le bailan, mi querido Ángel, como la duquesa de Alba, y otras de nuestras nobles señoras españolas no se desdeñaban en otro tiempo bailar nuestro bailes, es decir sin que el decoro y la dignidad de la dama hagan desmerecer un quilate de su gracia original al movimiento onduloso del cuello y de la cabeza, á la cimbradora

flexibilidad del talle, y á las atrevidas mudanzas de los enanos pies: que son absolutamente peculiares dotes de la mujer y del baile mexicano.

Los mexicanos, á pesar del abandono en que sus gobiernos han dejado yacer la educación del pueblo, imposibilitados de atender á la propagación de los estudios por la instabilidad en que continuamente les han tenido los vaivenes y disturbios políticos, poseen hombres de ciencia y de vastos conocimientos en los diversos ramos del saber humano avanzados por los adelantos del siglo: y los ingleses, franceses, italianos y alemanes, encuentran pronto sociedad y amistades en México, especialmente en la juventud entre la cual están muy estendidos los idiomas de aquellas naciones.

Desgraciadamente la mayor parte de los estranjeros que han visitado su república, después de recibir la pródiga y obsequiosa hospitalidad de los mexicanos, les han tratado rudamente en los escritos que de ellos y de sus cosas han publicado en Europa: y empeñados en no mirarles mas que á través del prisma político, ya por falta de observación, ya por espíritu egoísta de un nacionalismo mal entendido, ya por la manía de aplicar á las costumbres de los pueblos americanos la misma medida que á los de París y Lóndres, ó ya en fin, afectados por sus primeras impresiones y sin detenerse á investigar las causas de los efectos, no han comprendido ó han denigrado su carácter nacional. Las costumbres de todos los pueblos son hijas de sus necesidades; y los mexicanos en su benigno clima tienen pocas, y aun estas pocas difieren de las muchas á que están sujetos los países crudos del Norte; de aquí estas costumbres tan distintas de aquellas. Pero si al estudiar las de una nación, solo aprecia el estranjero las que tienen analogía con las de la suya, despreciando las que de ellas se alejan, no se

pone en el verdadero punto de vista para estudiarlas, y no las comprenderá jamás. ¿Qué inglés escribió nunca con acierto de las de la moderna Andalucía, si empezó por no comprender la gracia de su verbosidad picante y de doble sentido, ni el valor de su pronunciación morisca y semi-bárbara, pero llena de bizarra originalidad y de inculta poesía? Esta conducta de los estranjeros, ha engendrado en el corazón de los mexicanos una secreta desconfianza hacia los que venimos después de aquellos á su bella y hoy independiente patria: y aunque esta desconfianza no les impide hacernos una acojida tan benévola y hospitalaria como á los primeros, están predispuestos á interpretar desfavorablemente nuestras intenciones, recelando siempre que al volvernos á hallar fuera de su país, les tratemos en nuestros escritos con la misma parcialidad agresiva que el Alemán Lowenstern, Mr. Chevalier, Misis C. y otros; los cuales al hallar tintas tan negras para bosquejar el cuadro de sus defectos, no encontraron una suave y delicada para colorar el de sus buenas cualidades, ni supieron buscar un lente exacto, sin aumento ni disminución, para examinar las causas engendradoras de los unos y de las otras. Desgraciadamente es verdad que la industria, la agricultura y las mejoras materiales, reconocidas ya como indispensables para el bienestar de los pueblos según los adelantos y exigencias de la época, están todavía en México en evidente retraso; sin embargo, si nos empeñáramos en apurar las causas de los obstáculos que se han opuesto hasta ahora á sus adelantos materiales ¿quién sabe si no las hallaríamos más en el interés ageno que en su falta propia? El propietario mexicano no puede hacer mas que pagar las no escasas contribuciones que pesan sobre sus fincas, y comprar á los comerciantes estranjeros, al precio que ellos se les ponen, los artículos que no produce su industria, para tener

su casa bajo el pié de lujo y comodidades que los adelantos del siglo ponen al alcance de las menos acaudaladas familias de Europa; protegiendo en sus posesiones la introducción de las mejoras y los inventos útiles importados de otras naciones mas avanzadas; pero el propietario y el particular no pueden estender su protección mas allá de las cercas de sus posesiones y haciendas: los particulares no pueden, sino por medio de la asociación, patrocinada vigorosamente por los gobiernos, construir puentes y acueductos, abrir carreteras en los terrenos ásperos y ferro-carriles y canales en los llanos, ni embellecer las poblaciones con paseos, institutos y monumentos públicos: y si la industria no avanza según las exigencias de la época, si las letras no florecen, si las artes se ven faltas de estímulo, si los pueblos no mejoran rápidamente de costumbres porque la instrucción no está al alcance de sus últimas clases, si los caminos se inutilizan por el abandono, si faltan asilos de mendicidad y las calles de las grandes ciudades están llenas de mendigos por el dia y de rateros por la noche, y si la agricultura se encuentra escasa de brazos y de instrumentos de labor, no es culpa de los mexicanos ricos que compran cuanto necesitan á fuerza de oro donde lo encuentran, ó se lo hacen traer del estranjero con enormes gastos; no es culpa de los propietarios y hacendados que, manteniendo con el laboreo de sus fincas cientos de familias menesterosas, tienen que malvender sus semillas por falta de esportacion, para dar cabida en sus trojes á las de la cosecha venidera; sino de sus gobiernos que se ven á su vez obligados á desatender las mejoras materiales y arrancar los brazos de las labores, para hacer soldados con que sofocar las perpetuas insurrecciones de los departamentos. Pero acaso me preguntará V. ahora ¿y en qué consiste que esos gobiernos hallen tan poca estabilidad y esos pueblos estén

agitados por esa perpetua inquietud? ¡Ay amigo mío! Si en lugar de ser un poeta vagabundo, incapaz de profundizar ninguna materias grave por mi falta de saber y por la versatilidad de mi carácter, fuera yo un filósofo pensador y sesudo, un hacendista calculador, un estadista lleno de esperiencia en materias de gobernación y de economía política, ó á lo menos un diputado energúmeno de la oposición ó un político de cualquier especie, aunque fuera de aquellos á quienes Quevedo llamaba en su gran tacaño *locos repúblicos y de gobierno*, tal vez me arriesgaría á dar á V. una respuesta á su pregunta.

Pero en mi supina ignorancia, en mi absoluta incompetencia para semejantes cuestiones, no puedo hacer mas que una observación general, aplicable á todos los pueblos y á todas las revoluciones del mundo. Cuando una nación se vé trabajada largo tiempo por las revoluciones, bien sea porque en ella se efectúe una de esas regeneraciones sociales que traen irremisiblemente consigo el trascurso de los siglos y el adelanto y perfeccionamiento de los conocimientos humanos, bien sea por un cambio de dinastía ó de dominación, que engendren en su seno la fermentación de dos principios y por consiguiente de dos partidos incompatibles uno con otro, la revolución producida por la pugna continua de estos dos principios penetra al fin en todos sus pueblos, en todas sus familias y en todos sus intereses privados, necesariamente arraigados é inseparables del suelo patrio. Cuanto mas cuerpo vá tomando este incendio político, cuanto mas se prolonga la guerra civil, se van exagerando mas estos principios, mas se van estendiendo sus influencias, mas prosélitos va ganando para sí cada cual; los sucesos, favorables para unos, los trae al partido innovador; desfavorables para otros, arrastra á estos

á las filas de la oposición, les aparta de sus hogares, de sus familias, y de sus intereses; y la agricultura y la industria, los negocios en fin en los cuales se empleaban, se resienten de su falta. La mayor parte de los que tienen capitales que arriesgar, aguarda para ponerles en circulación á que se calme la tempestad política y á que el país se sosiegue; pero el país tarda mucho en serenarse, porque esta desconfianza general, teniendo alejados los capitales de los negocios, mantiene á los pueblos en la misma agitación: y al fin tienen que filiarse en uno ú otro partido y engolfarse en la política basta los mas pacíficos ó indiferentes ciudadanos. Entonces paralizada la industria, entorpecido el comercio, olvidadas las ciencias, improductivas las artes, inseguras ó arriesgadas casi todas las especulaciones, incierta la agricultura de para quien siembra las cosechas, todos los que carecen de capitales seguros y de rentas con que vivir independientes, van á ampararse del gobierno diciéndole: "puesto que no hallo industria, ni comercio, ni ciencia, ni artes, ni especulación, ni agricultura que me mantengan, empléame." Y la nación, entera quiere vivir del erario; mas como no hay gobierno que pueda emplear á toda su nación, los que no son por él empleados se vuelven sus enemigos: y no dándoles espera la necesidad, van muy pronto á buscar remedio á ella en el campo de la revolución. Llegadas las cosas á tal estado, los principios se exageran, las opiniones se exaltan: y exasperadas con el tiempo y los sucesos adversos, llegan al fin á convertirse en un fanatismo político: el peor de todos los fanatismos, porque no es hijo de una fé verdadera, ni de una convicción sólida, sino de unas opiniones inspiradas tal vez por la fuerza de las circunstancias, y por las necesidades personales del momento: opiniones de las cuales no participaríamos ciertamente, ni serían apoyadas por nuestras creencias y convicciones, si

hubieran sido otras nuestras circunstancias y nos hubieran dejado tiempo para examinarlas, y libertad para elejirlas.

Este fanatismo, tanto mas intolerante y tanto mas frenético, cuanto mas absurdo nos le presentan á solas nuestro recto juicio y nuestra inflexible conciencia, sostenido no mas por un quisquilloso amor propio, por un interés personal que tenemos vergüenza de reconocer y que nos resistimos á confesar, y por una terquedad indigna de la razón humana, engendra en los corazones de los hombres mas leales intentos mezquinos, pasiones villanas, odios injustos, juicios temerarios, antipatías personales que, dando solo por resultado las mas absurdas preocupaciones, las mas infundadas calumnias, las mas patentes injusticias, oponen una barrera casi insuperable á la paz necesaria para la prosperidad de las naciones, á la calma precisa para plantear los adelantos de su civilización y para la moralización de su sociedad. En estos países, agitados por semejantes revoluciones, y llegados ya á semejante situación, basta que un partido dominador, aunque gobierne con legalidad y buena fé proponga el mejor plan de conciliación universal, la reforma mas útil y mas perentoriamente precisa, para que el opuesto partido la declare absurda, perjudicial y hasta atentatoria á los intereses, al honor, y á las creencias de la patria; basta que un hombre, (hasta entonces buen ciudadano, buen padre de familia, buen amigo y de talentos y virtudes incontestables) prestando oidos al sentido común, reconozca por conveniente aquel plan ó por útil aquella reforma, para que el bando á que pertenece se juzgue vendido por él y le llame inmediatamente traidor, apóstata, prevaricador y tal vez hereje. De aquí la división de las familias, la discordia entre las razas y los pueblos que por intereses y simpatías debieron estar unidos; de aquí las vejaciones, los

destierros, las espatriaciones voluntarias ó forzosas, la desconfianza universal, el estado eterno de sobresalto de los corazones, y el desarreglo general interior de la máquina política.

¿Y quién exige de los gobiernos de un país en semejante situación que se curen del porvenir? Harto harán con pensar en el dia presente. Estas desconsoladoras verdades, y esta historia tan lamentable como verdadera de los vicios y crímines políticos de todas las revoluciones modernas, aplicables á todos los países, pierden mucho de su carácter siniestro, y de su negro colorido al ser aplicadas al pueblo Mexicano. En él fermentan sin cesar las guerras civiles, se suceden unos á otros los pronunciamientos, y puede decirse que esta agitación febril es el estado normal de la nación; pero sus revoluciones no dejan detrás de sí, como las de Inglaterra Francia y otras naciones Europeas, un rastro de sangre y una página negra en los anales de su historia. Es un estado de fiebre política crónica, semejante á la exaltación febril de un hombre que se connaturaliza con un clima insalubre, que se apercibe ya de sus síntomas con indiferencia, y cuyas crisis no le infunden recelo alguno por su existencia. Al leer los periódicos, al oir las narraciones y al contemplar las continuas alarmas de los mexicanos, teme el estranjero presenciar de un momento á otro las mas espantosas catástrofes. En cuanto, las cuestiones políticas se enmarañan un poco, en cuanto las relaciones diplomáticas se agrian algún tanto, no se ven mas que movimientos de tropas, levas y preparativos de campaña y de defensa: no se habla mas que de próximas conflagraciones, de conspiraciones estensamente ramificadas, de sorpresas hechas por la policía, y de decretos de proscripción. Cuando el río suena, agua ó piedras lleva: positivamente la conspiración ó el pronunciamento se cuajan al són de estos rumores, y al

fin estallan.

Una población ó un departamento se pronuncia; llega la noticia á la capital y tras ella las mas alarmantes nuevas; al pasar estas por las bocas de los políticos toman un gigantesco incremento: los partidarios del gobierno pintan á los insurreccionados como hordas de salvajes atropelladores del derecho de gentes, salteadores de las propiedades, y capaces de toda especie de desafueros: los partidarios de estos, dan á los del gobierno por foragidos desesperados quienes, viendo ya que llevan lo peor, se entregan á los mayores escesos y cometen las mas infames vejaciones y tropelías en el terreno que ocupan, ejerciendo sobre los rendidos y prisioneros venganzas de inaudita atrocidad. Entre tanto sigue la lucha, que dura á veces meses enteros y de cuya historia es imposible ver la verdad á través de tal nublado de mentiras. Al cabo como todo lo que comienza toca su fin, la revolución necesariamente tiene que vencer ó que ser sofocada. En ambos casos, si los hechos fuesen acordes con las palabras, si las consecuencias correspondiesen á las prevenciones, cualquiera diría que el triunfo de la revolución iba á traer detrás de sí el saqueo de la capital, ó el degüello de todo empleado del gobierno derrocado, ó en fin una completa dislocación social: y por el contrario, á ser el gobierno el vencedor, iba á manchar su victoria con fusilamientos, destierros y confiscaciones, hasta deshacerse de la mitad de la nación que no profesa sus principios: pues bien, no; los mexicanos tienen mas talento, mas fraternidad, mas civilización y mejor carácter que los que les atribuimos los estranjeros, y que los que les dan al parecer las relaciones de su historia escrita y de su historia tradicional de sus últimos veinte años.

Vencida ó triunfante, averiguados los hechos, al concluir la revolución,

se ve que no solo son apócrifas todas las inauditas atrocidades achacadas á ambos partidos, sino que todo ha pasado mucho mejor que en otras naciones mas cultas; y he aquí lo que sucede. Salvo los que han sucumbido en las acciones de guerra, ó los que han sido víctimas del primer ímpetu de la victoria, si la revolución es la que ha vencido, los mas comprometidos partidarios del gobierno caido y sus principales corifeos, evitan el encuentro de los victoriosos, sustrayéndose de ellos en las casas y las haciendas de sus amigos, mientras aquellos celebran su triunfo con repiques, salvas, cohetes, iluminación, fiestas y procesiones: y al cabo de veinte dias de oscuridad ó de ausencia, vuelven á aparecer en la escena social, sin que les inquiete en lo mas mínimo el encono de los nuevos dominadores. Si la revolución es vencida, mientras el gobierno repica á su vez, los revolucionarios se despiden de sus gefes, se dispersan y se amparan de sus amigos en los pueblos, ranchos, y haciendas inmediatas al departamento que fué teatro de la guerra: á donde les sigue pero rara vez les persigue la vigilancia del gobierno vencedor; y por poco que un pariente ó un amigo abogue por ellos con el gobierno, vuelven á sus hogares tranquilamente: todo queda en calma por algunos meses, y hasta otra.

De estos hechos sacan algunos políticos estranjeros, que no quieren ver mas que la superficie de las cosas, la errónea consecuencia de que los mexicanos son de un carácter díscolo, inquieto y desapacible, ineptos para gobernarse por sí mismos, incapaces de la ilustración á la cual indudablemente conduce á los pueblos la civilización moderna; pero yo que (sin duda porque no soy político) no creo en las virtudes políticas ni en sus teorías, tengo para mí que estos hechos prueban al contrario que los mexicanos, cuyos ódios y venganzas políticas tienen tan benignas

consecuencias en sus guerras civiles, cuyos instintos de fraternidad, tolerancia y hospitalidad sobreviven á treinta años de discordias, á pesar de las cuales subsisten todavía universidades, academias, é institutos científicos productores de hombres respetables por su saber y de quienes hablaré mas adelante, si alcanzaran algún dia otros veinte años de gobierno estable, capaz de dirigir sus buenos instintos y su carácter flexible y dócil, se elevarían rápidamente á la altura de las naciones Europeas.

Y al llegar á este párrafo de mi carta, mi querido duque, yo mismo me asusto de la hondura en que me he metido, y me digo con el portugués: "eu mesmo me teño miedo," y me temo que V. y los mexicanos, si llegan algún dia á leer esta carta, me pregunten con una carcajada poco halagüeña para mi amor propio. "¿Y á V. quién le mete donde no le llaman, ni á dar su parecer donde no se le piden, ni á arreglar la casa agena sin autorización de su dueño?" A cuya triple pregunta, responderé con un cuentecito cuya aplicación, hecha por mí contra mí mismo, podrá probar que cuando cometo la torpeza de meterme donde no me llaman, no me falta talento para echarme fuera antes de que me adviertan de que no estoy en mi lugar. Mi cuento es este:

Un gallego que se llamaba Pedro y que jamás habia visto un papagayo, fué á servir á Madrid: y pasando por el prado en hora en que el paseo estaba desierto, vió posado en un árbol uno de aquellos pájaros escapado sin duda de alguna inmediata casa. Acercóse el gallego á contemplar tan estraño volátil: y como el ave doméstica permanecía con la mayor tranquilidad en su rama, antojésele cojerla, y empezó á trepar al árbol. El loro, que atendía al nombre de Perico y que había aprendido algunas frases en las cuales entraba su nombre, cuando el gallego encaramado en las ramas se

preparaba á echarle mano, dijo de repente: “buenos dias, Perico;” á cuya salutación el asombrado gallego, echando respetuosamente mano al sombrero, dijo al papagayo: “su merced perdone: creí que era pájaro:” y se bajó del árbol.

Yo hago lo mismo: en cuanto la política me dá los buenos dias, me bajo de su árbol.

* * *

La flor de los recuerdos

II. LITERATURA Y ARTES

LE enviaría á V. un libro en lugar de una carta, mi querido Ángel, si fuera mi intento que este número de la mía llenara en conciencia las condiciones del título que le encabeza, ó si me propusiera hacer en él una historia completa de la literatura y de los literatos de México. Es verdad que en otro tiempo abrigué la idea de reunir y publicar una colección de poesías, un catálogo de las obras y una noticia biográfica de los poetas de las Américas Españolas; creyendo hacer una buena obra dando á conocer en la tierra de Lope y de Alarcon, nuestra madre común, los brillantes destellos del claro ingenio de nuestros hermanos de aquende el mar, hoy emancipados ya de su patria potestad; pero he desistido de llevar á cabo semejante idea, porque tiene visos de una especulación hecha á costa del ingenio ajeno, bajo la apariencia de un servicio prestado á las letras.

Así es que me limitaré, por ahora, á remitir á V. una sucinta reseña del estado actual de la literatura mexicana, especialmente del de la poesía que es la parte de ella que me ocupa casi esclusivamente por el momento: dejando como obra postuma la colección mas arriba citada, pues entonces

será servicio á las letras españolas y no especulación mía con los ingenios americanos. Yo no renunciaré fácilmente á nuestra fraternidad con ellos, mientras hablando nuestra misma lengua conserven los mismos apellidos de nuestras familias; y por lo mismo que les miro con esta innata y fraternal simpatía, quiero evitarles todo motivo de duda acerca de mi desinterés y buena fé para con ellos: porque en estos mezquinos tiempos que atravesamos, el Demonio de la política está tan apoderado de los corazones y tiene tan exaltadas y nerviosas las susceptibilidades nacionales, que hay muchas gentes incapaces ya de concebir que pueda haber buena fé, y desinterés entre ciertos países y ciertas razas: como si Cristo no hubiera predicado para todos la caridad y fraternidad universales en el Evangelio, mucho mejor y mucho antes que Fourrier y Prudhon en sus socialistas elucubraciones: como si todas las naciones de la tierra no estuviesen formadas por la misma raza de Ádan: como si fuera posible atajar los adelantos del tiempo, y como si la civilización no hiciera evidentes progresos en nuestro siglo XIX, á pesar de las revoluciones entre cuyo torbellino avanza arrebatada, y á pesar de los diques que oponen en vano á su irresistible curso las serviles preocupaciones del XVIII. Así que yo, que soy acérrimo partidario de la fraternidad, universal predicada por Jesucristo en el Evangelio, pese á todas las susceptibilidades nacionales y á todas las teorías políticas del mundo, empiezo probando la mía hacia los pueblos Hispanos-Americanos con esta carta, introducción acaso de un libro que acerca de México y sus cosas escribiré algún dia, *si el tiempo lo permite*, como dicen ahí nuestros carteles de toros; y como espero que en aquel mi presunto libro se vea patente mi imparcialidad como en esta mi presente carta, no les quedará á los incrédulos faltos de fé y atrasados en civilización,

ni á los preocupados por el orgullo y susceptibilidad nacionales, otro género de duda que la que puedan fundar en mis intenciones, y de estas juzga solo Dios: pues en cuanto á los hombres, ahí está bien claro el refrán castellano: "Obras son amores:" y todavía lo dice mejor el probervio árabe, con aquella sencillez y belleza de los probervios, fábulas y alegorías orientales:

Que es ya mi enemigo
Me dicen de Alí;
Pero yo me digo:
"Si obra bien conmigo
"Y habla bien de mí,
"Sea ó no mi amigo
"Yo lo soy de Alí."

Trás de cuya digresión voy adelante con mi carta; y la emprendo con la literatura: y repito que, por ahora, al decir literatura hablo especialmente de la poesía.

La Mexicana fué solo un reflejo de la Española mientras México fué español: por cuya razón solo trataré de los poetas que ha producido su independencia bajo un carácter esclusivamente mexicano, y no de los anteriores á su emancipación política; necesito sin embargo remontarme unos cuantos años á la época de aquel acontecimiento, para hablar á V. de dos que merecen la pena de ser conocidos, y de quienes tenemos por ahí muy escasas noticias; que son el P. Fr. Manuel Navarrete, y Don Francisco Manuel Sánchez de Tagle.

El P. Navarrete pertenece á la escuela clásica, tal como se comprendía á fines del siglo XVIII: á aquella escuela de imitación de la imitación francesa

que Corneille, Moliere y Racine hicieron de los modelos griegos, dando á sus obras las severas y correctas formas áticas de aquellos, pero enmascarando á los personages de las suyas con los retruécanos, las galanterías, los encages, los lazos y las pelucas, de su lenguage, sus costumbres y sus atavíos á la Luis XIV. España, al aceptar á los borbones en Felipe V, se sometió á todas las influencias de Francia, entre las cuales la fué también impuesta la de la poesía; así que en vez de imitar á Homero, á Píndaro, á Sófocles y á los demás escelentes maestros de la Grecia, imitaron á Racine y á Corneille, que habían imitado á los latinos, quienes á su vez copiaron á los griegos. Resultó, pues, que la literatura española de aquel tiempo, como imitación de la imitación francesa, carecía de la pureza y perfección áticas de la griega, de la riqueza, magestad y filosofía de la latina, y de la elegancia cortesana característica de la francesa. A esta escuela pertenecía Fr. Manuel Navarrete; pero como todos los géneros de literatura de todos los tiempos y de todas las naciones, tienen sus bellezas positivas envueltas en los defectos de su época, influencia de la cual se emancipan solo los genios destinados por Dios para regenerar sus siglos, Navarrete participó de los del suyo. Hay sin embargo que tener en cuenta al juzgarle, que los defectos de sus obras son los de su tiempo, y sus bellezas y escelencias le son propias y personales.

Navarrete creía con Boileau que Dios, la Virgen, los santos, y los ángeles del cielo cristiano no podian jamás ser tan poéticos como Júpiter, Venus, y las demás creaciones del mitos pagano: y en un soneto á la Concepción dice: "que el alto Jove preparaba en su divina mente, la mas pura beldad:" y en una paráfrasis de las palabras de Job "vocabis me et ego respondebo tibi" hace al paciente barón de la escritura compararse con

Prometeo amarrado; incurriendo en otras mil aberraciones casi heréticas á este tenor, que hoy nos parecen ridículas porque las hemos visto á la luz de la razón y de la lógica, pero que el gusto de la época de Navarrete autorizaba y embellecía, y sobre cuyas aberraciones pasaban los teólogos, porque los de entonces en general ni entendían ni se curaban de poesía ni de bellas artes. Pero Navarrete era poeta y en sus poemas "*el alma privada de la gloria*" y *la Providencia* y en sus *ratos tristes*, dejó composiciones dignas de ser leídas y estimadas, por su profundidad filosófica, por la perfección de su forma, por la verdad de su espresion y por la riqueza y número de su versificación. La brevedad de estos apuntes y los estrechos límites en los cuales me he propuesto encerrarme, no me permiten citar á V. mas que los dos trozos siguientes que, perteneciendo á dos géneros distintos, demostrarán á V. el talento flexible de Navarrete.

¡Oh tiempo, y lo que vencen tus rigores!
Llega del año la estación mas cruda,
Y mostrando el invierno sus enojos,
Todo el campo desnuda
A vista de mis ojos,
Que ya lloran ausentes
Los pájaros, las flores y las fuentes.
En los que miro ¡ay triste! retratados
Los gustos de mi vida,
Por la mano del tiempo arrebatados,
Cuando helada quedó mi edad florida.
¡Dulces momentos, aunque ya pasados,
A mi vida volved, como á esta selva

Han de volver las cantadoras aves,
Las vivas fuentes y las flores suaves,
Cuando el verano delicioso vuelva!
¡Mas ay! votos perdidos,
Que el corazón arroja
Al impulso mortal de mi congoja!
Huyéronse los años mas floridos,
Y la edad que no pára,
Allá se lleva mis mejores dias...
Adiós, pasadas, breves alegrías:
Qué ¿no volvéis siquier la dulce cara?

(*A la inmortalidad.*)

* * *

Desde que este cuidado me rodea,
Melancólico vago por el mundo,
Como hurtando el semblante á la alegría;
Conformes solo con mi triste idea
Son tus lúgubres sombras, tu profundo
Silencio, noche oscura. El claro dia
En vano para mí su luz enciende:

La ciudad, su rumor, todo me ofende.
El espanto se sigue á la tristeza,
Y el mas leve ruido
Me parece el horrísimo estallido
De un rayo que me hiende la cabeza.

La imágen de la muerte á cada instante
Se me pone á los ojos;
Pero aun mas me horroriza tu semblante,
¡Eterno Dios! de donde se desprende
Contra mi alma el raudal de tus enojos
Que en tu furor la enciende.
¿Fallezco? En el instante me parece
Que el hermoso espectáculo del mundo
Con sempiterna noche se oscurece.
Sale del hondo pecho, el mas profundo,
El último suspiro, en que lanzada
Va mi alma á tu presencia,
De crímenes horrendos acusada:
Y herida de tu voz, como de un trueno,
De tu justicia escucha la sentencia
De tu eterno castigo irrevocable:
Atérranla tus ojos, y el sereno
Resplandor de tu rostro le parece
Nube que anuncia rayo formidable
Cuando truena el olimpo y se enardece.

(*El alma privada de la gloria.*)

El P. Navarrete nació en 1768, y murió en 1809 siendo guardián de los franciscanos de Tlalpujahua. Sus poesías se imprimieron en México en 1823 y en París en 1835. Se ensayó en todos los géneros; pero en el único en que fué feliz es en el filosófico.

Tagle pertenece casi á la misma época, pues nació en 1782; pero su genio mas inspirado, su gusto mas esquisito y su instrucción mucho mas vasta que los de Navarrete, le colocan á mayor altura que este, y en primera línea entre los poetas mexicanos. Navarrete en la soledad del claustro, falto de sociedad y de conocimiento del mundo, era poeta cuando se dejaba guiar por su buen instinto é inspirar solo por su corazón; pero no podia romper las trabas del mal gusto de su tiempo, ni deshacerse de la pesadez de su ciencia escolástica y conventual. Navarrete fué lo que pudo ser; Tagle por el contrario, como poeta, fué lo que quiso; y no fue mas porque no aspiró á mas. Creíase universalmente entonces que la poesía no podia ser mas que un arte de mero adorno, y que los que á ella se dedicaban, era preciso que tuvieran otra profesión mas digna que abonara ante los juicios de la sociedad la locura de hacer versos; aquel que cometía la torpeza de declararse poeta y solo se dedicaba al cultivo de este arte, era colocado en la opinión del vulgo poco mas ó menos en la misma categoría que los equilibristas y bailarines de cuerda y los cómicos ambulantes; y la idea de la miseria y de la bajeza personal, iban unidas con la improductiva poesía: á lo cual contribuyeron no poco los mismos poetas, aceptando ignominiosamente tan degradante calificación y haciendo gala de la abyección y de la pobreza en que les colocaba la opinion vulgar, aunque estuviesen muy lejos de ella por su posición social: como sucedia con Moratin quien, teniendo rentas y capellanías y protección debidas á su talento que le procuraban independiente subsistencia, para dar los dias á un grande de España empezaba un romance diciendo:

Musa, mañana sin falta
Has de llevar un recado:

y para llevar este recado, mandaba á su vergonzante musa que se pusiera
La basquiña de pedir
Y el gesto de no hay un cuarto.

¿Qué decoro habia de dar el pueblo, ni cómo habia de juzgar á unos poetas, que de motu propio se declaraban inspirados y asistidos por una musa con basquiña de pedir? Así es que los poetas de buena educación, de buena raza d posición social, se veian en la precisión de advertir al público en el prólogo de sus poesías, cuando las imprimían, que eran abogados, médicos, presbíteros ó militares, para dar valor á sus versos y sincerarse de la fea culpa de hacerlos; de modo que Tagle, no pudiendo por sí solo forzar las opiniones de su tiempo con respecto á los poetas, dedicó á la poesía sus ratos de ocio, y se negó siempre á imprimir sus versos mientras vivió. ¿Quién sabe si temió que su publicación, al declararle poeta á la faz de su patria, rebajase en algo su carácter ó su dignidad ante ella que le estimaba como hombre sabio, íntegro y buen patriota?

Como quiera que sea, conociendo á fondo los autores griegos y latinos, versado en historia, inteligente en artes, instruido en matemáticas, física, y astronomía, familiarizado con las obras de Newton, Leiniz y Cartesio, poseyendo, las lenguas inglesa, francesa é italiana, y uno de los hombres mas adelantados de su sociedad y de su tiempo, Tagle bebió su saber en ricos y vírgenes manantiales, depurando su gusto con la lectura de Milton y de Pope, del Tasso y del Petrarca, de Metastasio y Alfieri. Tagle, hombre de fé religiosa, de sana moral, de esmerada educación y de leales instintos, buen padre, buen amigo y patriota desinteresado, derramó en sus versos la esencia de su saber y la ternura de su corazón amante: haciéndoles brotar

de él como la tierra sus flores, impregnados con el aroma de sus virtudes domésticas y civiles. Los mexicanos hicieron justicia á sus talentos y probidad confiándole cargos importantes, y conservan hoy su memoria incólume de toda mancha. Tagle nació en 1782 y murió en 1847. Conténtese V. con estas pocas palabras acerca del hombre social y político, porque á mí no me toca juzgarle mas que como poeta.

Clásico puro, por el tiempo en el cual se educó y por los estudios que hizo, Tagle es elevado en sus ideas, poético en su lenguaje, grandemente atinado en la elección de sus palabras, las cuales redondean á veces su pensamiento de una manera que le es particular; tierno y amoroso en sus composiciones amatorias, jamás permite á su pluma salir del mas estricto decoro; y la pasión que se las inspira tiene un *no se qué* de castidad cristiana, que recuerda los esposos de los primitivos tiempos de la iglesia. En el giro de sus frases y en la estructura de sus versos se vé el estudio que hizo de Rioja y de Fr. Luis de León: y en la flexible cadencia de sus endecasílabos, se revela lo acostumbrado que estaba su oido á la armonía de los italianos.

He aquí varias muestras de las bellezas que encierran sus poesías, cuya edición no hay mas que abrir al azar para encontrarlas abundantemente por todas sus páginas.

En la oda "al Ser Supremo" en el día de sus bodas dice:

. . . . . .

Yo te miro gran Dios ¡te miro y vivo!
Tus arcanos revela
Mi humilde fé, tu inmensidad percibo.

En un trono de luz tu gloria asientas,
Allí te acata el querubín ardiente;

Y tu poder ostentas,
Y emana el Ser en vena indeficente.

Bajo tus piés, el tiempo en raudo vuelo
Pasa, arrollando deleznables seres:
Pueblan horas el suelo,
Y pasan, y no son; ¿y tú? siempre eres.

Mas otros le succeden al momento:
Ocupa nuevo pié la huella vieja;
Y en raudo movimiento
Llega el futuro, y á su vez se aleja.

Tu poder inefable y soberano
El universo sin cesar renueva;
Y cada ser, ufano,
Al que ha de succederle dentro lleva.

Al hombre, al hombre, tu mejor hechura
Le formas de sus huesos compañera,
Resumen de hermosura
Y les mandas poblar la baja esfera.

Uno son desde entonces: venturosos,
Una vida y una alma sola anima
Dos felices esposos;
Y, unido, el ser humano se sublima.

Sí, sí, dulce mitad del alma mia,
Modelo de virtud y de hermosura,

Sin tí no me seria
La vida amable, ni hallaría ventura.

Carne eres de mi carne, y las delicias
Formarás, las mas puras, de mi vida:
Ya gozo las primicias
De la felicidad apetecida.

Ahora comienzo á ser; ahora me es cara
Y en estremo sabrosa la existencia:
Señor, tu brazo ampara
Mi ventura: descanso en tu clemencia.

Tú de Abraham y Jacob el padre fuiste:
Sélo mío, tiernísimo y clemente:
A ellos les acorriste:
A mí me escucha en mi rogar ferviente.

Pues tus almos ministros nos bendicen,
Entre el amor mas puro nuestros dias
Haz, padre, se deslicen
Envueltos siempre en castas alegrías.

Hé aquí también á los que el sér me dieron,
Y, dés la débil cuna, cariñosos
Objeto me escojieron
De sus cuidados tiernos y afanosos.

No quiero ser feliz sino, á su lado,
Y sin la suya amarga es mi ventura:

Vélos pues apiadado,
Y en todo bien les muestra tu ternura.

Y yo bendeciré tu nombre santo
Desde que el sol asome en el Oriente,
Y seguirá mi canto
Cuando se hunda en el lóbrego Occidente.

He aquí unas bellas estrofas de su infelicidad humana:

Corre tras el saber el nombre ansioso;
Día y noche se afana,
Y su salud lozana,
Por la primera víctima, gozoso
Eu las aras ofrece
De ese ídolo que nunca se enternece.
Cree mirar la verdad, va á darle caza,
Se acerca sudoroso, error abraza;
O bien en lides rudas
Su mente lucha con eternas dudas.

Le hace el honor trillar áspera via,
Vivir siempre agitado,
Tétrico y angustiado,
Corriendo en pos de vana nombradía:
Cree ya eterna su gloria:
Ese hecho es digno de inmortal memoria:
Mas ¡ah vil detractor! ¡ah pátria injusta!
Lograste calumniarlo, y en la adusta

Tiniebla del olvido
Verle con sus hazañas sumergido.

La alma del hombre, mal su grado, encierra
Mil afectos contrarios,
Que tercos siempre y varios,
Juran á la razón eterna guerra:
Ama el bien, y no lo hace;
Quisiera huir el mal y el mal le place;
Hace hincapié en el fango, mira al cielo,
Y se hunde mas, y mas se apega al suelo;
Verla quisiera suelta,
Y anuda su cadena en otra vuelta.

Sus esfuerzos inútiles semeja
El fatigoso empeño
De al que amedrenta un sueño,
Que en levantar los párpados forceja
Y con ahincos crecidos
Lucha sudando, y ellos mas unidos:
El uso busca de los pies y brazos,
Mas los embargan del sopor los lazos,
Y como roca inmensa
Así le pesan si moverlos piensa.

A la mañana por un bien anhela
Que su razón ofusca,
Desvivido le busca,

Ni sacrificio habrá que hacer le duela;
¿Logró lo que apetece?
A la tarde le cansa y le aborrece.
Siempre inconstante, cual la frágil caña,
Que recio bate de aquilón la saña,
A dó quier se doblega,
Va, viene, vuélvese á ir y no sosiega.

¿Qué es lo que quiere el hombre?; ¿qué aborrece?
El se ignora á sí mismo;
Negro y obscuro abismo
Dó un enjambre de monstruos nace y crece;
Y si corta y desecha
De ellos alguno, mil retoños echa.
El los vé con horror, se huye cuitado,
Cual ciervo por los perros acosado:
De placeres mendigo,
¿A dónde vas, si siempre vas contigo?

* * *

Para el panteón de San Fernando.

SONETO.

De su cuerpo y de si vive olvidada
Del hombre el alma, huyendo sus enojos,
Y ocultando á los otros y á sus ojos
La espantosa miseria de su nada.

Llega la muerte, y la costumbre usada
Prosigue, y de engañarse los antojos,
Y los humanos míseros despojos
Entre marmórea lápida dorada.

No en ella te detengas, pasagero.
Ábrela, y vé lo que ocultarte quieren
De los llegados á su fin postrero.

¿Qué ves?—Horror—Tus ojos mas no esperen
Que podredumbre y polvo lastimero.
Así viven los hombres, y así mueren.

En la muerte del Illmo. Sr. D. Manuel Posada.
SONETO.

¡Y de tu cara grey, Pastor te alejas,
Cuando mas necesita de tu esmero!...
Ay, que ya ahulla lobo carnicero!
¡Ay del redil que abandonado dejas!

¡En noche obscura, solas tus ovejas!...
¡El brazo yerto!... la honda sin hondero,
De quien las fieras recibían primero
El golpe, que el chasquido sus orejas!...

Manuel, retorna y el cayado apaña,
Que nos llevaba por la fértil vega,
Donde el verdor del pasto nunca engaña,

Y agua de vida sin cesar lo riega
Mas ¡oh dolor! desierta la cabaña,
Nuestro balido triste no le llega.

Basta de Tagle; la amistad que me une con su familia podria hacer aparecer los justos elogios prodigados al padre, como bajas é interesadas adulaciones presentadas á sus hijos.

La flor de los recuerdos

Antes de pasar á la época de la independencia, es preciso que le haga á V. una observación. La libertad mexicana, al romper las trabas que ponian al comercio de libros la inquisición, la censura clerical y el gobierno *iliterato* de Fernando VII, los cuales só pretesto de atajar el contagio de las ideas perniciosas para la moral, ó perjudiciales para su dominación, que podían difundir en la Nueva España los escritos de los ingleses protestantes ó de los franceses revolucionarios, monopolizaban el comercio de libros, no permitiendo la circulación de los que no estaban impresos en España; (lo cual no era despreciable ventaja en un país endonde se vendían á precios exorbitantes) la libertad mexicana, repito, no trajo á la república la emancipación del talento, ni produjo como nuestra revolución liberal de 1833, leyes oportunas y suficientes á garantizar los derechos del ingenio a la propiedad de sus obras, acotando los abusos de los libreros especuladores y reimpresores, ni una reconstitución teatral que asegurara á los poetas dramáticos la de las suyas, les declarara con derecho á una parte de las ganancias metálicas que su representación produce á los empresarios, y elevando á profesión la literatura, procurase á los literatos y á los poetas medios de subsistencia independiente. Aquí hay poquísimos ejemplos de

que las empresas teatrales hayan pagado los manuscritos de los poetas: y las cantidades que los libreros han dado por versos, hoy en boca de todos y cuyos autores han llegado adquirir por ellos una alta posición social y empleos lucrativos, han sido tan mínimas que pocos ó ninguno de los literatos de alguna reputación en España las hubieran aceptado.

Los gobiernos mexicanos, olvidando ó no pudiendo en su instabilidad ocuparse de proteger vigorosamente las letras, dejaron la censura literaria en manos de los teólogos: los cuales, no ocupándose en general de los estudios profanos, podían muy bien juzgar de la moral de un drama ó de un poema segun las opiniones de los SS. PP. ó las decisiones de los concilios; pero no de su mérito literario según los preceptos de Horacio y las reglas del buen gusto, cuyo instinto se adquiere solo con el estudio de las humanidades y la asidua lectura de los buenos autores; con cuyo sistema, quedó el pueblo libre y republicano en las viejas opiniones de la colonia sometida á un gobierno absoluto é inquisistorial, de que los teatros son lugares de corrupción, los literatos y los poetas unos locos condenados á la miseria, y todos los que viven de los espectáculos escénicos unos entes infamados y excomulgados, desde el propietario del teatro y los empresarios, hasta el portero y el sota-espavilador. En un país en donde treinta años de independencia y de gobierno republicano, no han desterrado tan vulgares preocupaciones, y no han enseñado á los pueblos que los gobiernos ilustrados de las naciones mas civilizadas tienen sus teatros ricamente subvencionados, y los consideran como uno de los mas eficaces conductores de la ilustración, como la mas útil diversión popular, como uno de los mas fáciles medios de inculcar en el corazón y en la inteligencia de los pueblos las ideas morales, que trae consigo el

espectáculo del crimen castigado y el vicio despreciado ó corregido por la sociedad, y como un panorama histórico en cuyo campo el pueblo poco instruido puede ver las glorias de su patria, puestas en acción por los poetas en sus dramas históricos, ¿no es admirable que en tal país y con tales creencias hayan aparecido hombres con suficiente valor para dedicarse á la poesía? Pues vá V. á ver, mi querido Ángel, que no son pocos ni sin mérito los que existen, ni despreciables las obras que han producido: aunque voy á hacer á V. su enumeración con la suma rapidez, que tiránicamente exige de mi pluma la estrechez de los límites de este reducido trabajo.

En 1821 la literatura mexicana fué naturalmente arrastrada por el torbellino revolucionario qué consumó su independencia, y los poetas se lanzaron á la arena política entonando himnos á la libertad. Entre aquellas composiciones hay pocas buenas: porque la inspiración del entusiasmo político rara vez produce mas que lugares comunes y exageraciones, que son naturales desahogos del corazón; pero no verdaderos arranques del genio; yo paso por alto algunos bellos rasgos poéticos que vieron la luz en aquella época y á causa de aquellas circunstancias, porque si bien en mi cualidad de aficionado á las bellas letras no puedo menos de reconocer su mérito, en mi naturaleza de español no cabe decorosamente la alabanza de obras que, con razón ó sin ella, fueron escritas contra mi país y mis compatriotas: delicadeza que será respetada en lo que vale por los que tengan sentido común. Cuando empezó á calmarse la efervescencia de las pasiones políticas, la libertad de imprenta, la afluencia de libros estrangeros y los excelentes escritos de Don Bernardo Couto, hombre de vastos conocimientos literarios, de Don Francisco Ortega, poeta no indigno de buena memoria, y principalmente de Don Andrés Quintana Róo,

yucateco, que puesto á las órdenes de Morelos, fué apóstol de la independencia mexicana y escribió muchísimo, despertaron una estraordinaria aficion á la literatura y especialmente a la poesía.

Sobre este vuelo rápido de la regeneración de las letras en México, ejercieron poderosa influencia, primero, la academia de bellas letras que fundaron en Puebla Ortega y Carpio, y después las lecciones de literatura del famoso poeta cubano Heredia, de quien por no ser mexicano hablaré en mis posteriores cartas sobre Cuba, que es el lugar que en mis escritos le corresponde. De 1821 al 25, vieron la luz bellas traducciones de los salmos de Don Bernardo Couto y otros autores anónimos en diversos periódicos, en los cuales tomaban parte poetas distinguidos como Tagle, y literatos acreedores á honrosa mención, como Don Francisco Olaguibel, Don José María Tornel, Don Joaquín Cardoso, Vargas, el Dr. Hernández y otros. De 1824 al 30, hubo algunas publicaciones que, aunque pasaron desapercibidas entre los enconos políticos, son sin embargo notables: como las primeras del *pensador mexicano* Don Manuel Fernandez Lizardi, quien escribió unas fábulas ingeniosísimas y una especie de Gil Blas, que ejercieron grande influjo en las costumbres, y cuyo recuerdo vive todavía en la memoria del pueblo. Del 30 al 33 se dió á conocer Pesado, erudito estudioso, buen humanista, aficionado á la lengua griega y conocedor de la latina, versificador suave y mantenedor por entonces con Carpio de la escuela clásica. En aquel tiempo, con motivo de una polémica literaria entre Quintana Róo y el Padre Ochoa, se estendió la lectura de la ortología y prosodia de Sicilia, de la poética de Martínez de la Rosa y sobre todo del *Moro Espósito* de V. que inició la revolución del romantisismo en México. Aquí se llevó á cabo otra revolución política de no poca influencia en la

literatura: pues esta revolución, elevando al ilustrado Farías á la presidencia de la república, trajo con su gobierno una reforma completa en el plan de estudios.

Se abrió el colegio de Jesús bajo la dirección del sabio Dr. Mora: se dieron lecciones orales de literatura, elocuencia é historia: se trajeron de Europa libros é instrumentos científicos: se publicaron opúsculos notables contra la educación aristotélica, y se hizo en fin una reforma radical en la enseñanza pública. A ella debe lo que es, pues con ella ha sido amamantada, casi toda la juventud ilustrada que figura hoy en primera línea en los destinos públicos de todos los partidos. En 1837 se estableció la academia de San Juan de Letran, por Don José María Lacunza, su hermano Don Juan, Don Manuel Tossiat Ferrer y Don Guillermo Prieto; cuya academia es el verdadero punto de partida de lo que hoy puede llamarse literatura original mexicana, porque empezó á volar por sí misma: aunque, como V. puede suponer, sin poder emanciparse de las influencias de la nuestra. Esta academia dio nacimiento á Rodríguez Galvan, quien desde la oscuridad de la librería de un su tio, remitió á la academia una composición que le valió el ser honoríficamente admitido en su seno; á Antonio Larrañaga, mozo lleno de interés poeta de buenas esperanzas, muerto en flor á los diez y nueve años: á Eulalio Ortega poeta de corazón; á Páino, narrador fácil y prosista castizo, quien bajo el epígrafe del *rio Bravo*, publicó una serie de artículos en los cuales llenó de interés y de poesía á los indios salvajes, en un género semejante al de las buenas novelas de Cooper: á Juan N. Navarro, médico y poeta, versificador armonioso y correcto, autor de uno de los mas sentidos romances que posee el parnaso mexicano, el cual remata con este bello y filosófico pensamiento dirijido á un celage

de nubes:
Sigue, celage apacible,
Sigue tu carrera mansa,
Al són de la brisa fresca
Que murmura entre las palmas,
Arrullándote armoniosa
Cual madre que con voz grata
Adormece con canciones
Al hijo de sus entrañas.
Mas ya te ocultas... ¡cuan presto
Traspusiste la montaña!
Así traspuso mis años
El celaje de mi infancia.

De esta academia salieron también Ramón Isaac Alcaraz, jóven de íntima y melancólica inspiración, autor del *fuego fatuo*, composición en la cual rebosa la mas acendrada ternura filial y destella la mas brillante imaginación: permítame V. que le cite algunas estrofas de ella, ya que la brevedad de este escrito me impide detenerme á hacer un juicio de todas las obras que de este autor me han caido á las manos, y por ellas verá V. que mis elogios no son inmerecidos ni exagerados. He aquí como brota en el centro de la composición el fuego fátuo.

Mas ahora que ni zumba
Ni suspira el viento flébil
¡Qué luz se levanta débil
De aquella modesta tumba,

Triste como la mirada
Postrimera de un amante,
Pálida como el semblante
De una virgen deshonrada;

Que se extingue; y de repente
Renace mas encendida,
Como el fuego de la vida
Del moribundo en la frente:

Que en el suelo del panteón
Misteriosa se derrama,
Y con su trémula llama
Ilumina una inscripción!

Una inscripción que mi mano
Con tosca letra grabó,
Dó la historia consignó
De una madre, de un hermano.

. . . . . .
¡Oh fuego! que así importuno
A mi memoria has traído
De un pasado ya en olvido
Los recuerdos uno á uno:

Lámpara del cementerio
Que mano ignorada enciende
¿Porqué mi alma no comprende
De tu fulgor el misterio?

Mas adelante, identificando el fuego fatuo, con el alma de su perdida madre, le dice como si hablara realmente con ella.

Sí, tú eres esa alma pura
Que de su tumba ha salido,
Llamada por el gemido
De mi negra desventura.

Yo te vi, cuando lloroso
Bebí su postrer sonrisa,
Ir en alas de la brisa
Por el éter vaporoso,

Y perderte en las regiones
Dó la luz es engendrada,
Y por ángeles llevada
En blandas oscilaciones.

. . . . . .
De mi corazón cansado
De respirar y latir
Ven en el centro á dormir
Por su cariño amparado,

Cual duermen, tras los furores
Del agua y del aquilón,
En los mares el alción
Y el rocío entre las flores.

Ven, en mi pecho tenerte
Quiero un momento, un segundo...

¡Búrleme entonces el mundo,
Hiérame entonces la muerte!

Mas te estingues ¡oh visión!
No engañes así mis ojos:
Mírame ante tí de hinojos...
Despareció... ¡fué ilusión!

¡Ilusión, tú me condenas
A sempiterno martirio!
¡Ay! mi goce fué un delirio:
Solo son ciertas mis penas.

Por estas pocas redondillas puede V. comprender el carácter de la poesía de Alcaráz, que ha dejado desdichadamente romperse una á una las cuerdas de su lira, al estruendo de los cañones y al frío de las vigilias del campamento.

A la academia de San Juan de Letran presentaban sus trabajos Carpio, que leyó en ella sus mejores composiciones bíblicas: Pesado, *su amada en la misa de alba*: Calderón su comedia *á ninguna de las tres*, Lafragua su *Iturbide*, &c. En esta sociedad se dieron á conocer, Joaquín Navarro, Aguilar, Munguía, Félix M. Escalante, Collado y otros, hoy ya con justa reputación, y en ella dió sus lecciones de historia Lacunza, abogado de recto juicio, de sólida instrucción y hoy jurisconsulto de gran reputación, justamente apreciado por sus conciudadanos. Dividida mas tarde en dos bandos la academia de San Juan de Letran, sus discusiones produjeron dos periódicos literarios, el Liceo y el Museo: al primero fueron á escribir Franco, poeta mediano, pero gran capacidad, hombre de vasta erudición y

clarísimo talento, Martínez de Castro, Navarro y Alcaráz: *el Museo* le redactaron casi esclusivamente Páino y Prieto, ya bajo su firma ya bajo varios seudónimos. En ambos periódicos vieron la luz artículos y poesías de mérito real y merecedoras de estima. La academia de San Juan, cuya decadencia tuvo origen en la revolución de 1846 pero que existe todavía, mantuvo corresponsales en todos los departamentos: siendo la mayor parte jóvenes, entre los cuales sobresalieron en Morelia, Gavino Ortiz, y en Veracruz, José M. Esteva, hijo de uno de los primeros ministros de hacienda que tuvo la república independiente, y cuyas composiciones son las mas genuinas y características del país, como cuadros de costumbres de la costa oriental, publicadas por él bajo el seudónimo de *el Jarocho*.

Por el mismo tiempo: se abrió un Ateneo, en cuyos salones Carpio y Lafragua hicieron lecturas y discursos literarios, páginas ricas de erudición y utilísimas á la juventud, y dio sus lecciones de historia Don Lúcas Alaman.

De la academia de San Juan de Letran nació mas tarde el Liceo Hidalgo, del cual han salido entre otros, Bocanegra que ha presentado al teatro una pieza dramática recibida con entusiasmo, y Granados Maldonado, que en sus discursos literarios ha derramado ideas muy avanzadas y teorías muy civilizadoras, que prueban su amor á la patria y sus buenos instintos literarios.

Hé aquí en rapidísimo resumen la historia de las letras en México después de su independencia: por la cual comprenderá V. mi querido Duque, que el impulso de las revoluciones políticas ha producido forzosamente muchas revoluciones literarias, por las cuales ha tenido que pasar y está pasando la poesía; y que los frutos de su magnífico árbol no

han podido nunca llegar á sazón, sacudidos cuando no arrancados en flor, por las tormentas continuas que han trabajado el suelo desventurado en cuya tierra se arraiga. La poesía mexicana parece que debería de haber producido sin embargo mas de lo que ha producido en los veinte años que cuenta de independencia y libertad. ¿Por qué no lo ha producido? Reflexionemos un instante sobre ello.

Sucede en las revoluciones literarias lo que en las políticas. Cuando un pueblo, cansado de sufrir el yugo de un gobierno tiránico y opresor, ó harto ya de uno cuyas instituciones han envejecido, que tal es la inconstancia del carácter humano así en los individuos como en los pueblos, se insurrecciona contra él, le derroca y establece otro que juzga mas liberal y mas adaptado á las necesidades de su tiempo, adora entusiasta la forma legislativa y democrática del nuevo que le promete la libertad, abre sus cámaras, y elige para sus diputados y representantes á los hombres que cree mas eminentes, y cuyo pasado le presenta mas garantías para el porvenir, por haber cooperado mas eficazmente á llevar á cabo la revolución. Pasa el tiempo, y aquellos dignos patriotas, por aceptación de otros cargos, por divergencia de opiniones, por cansancio, ó en fin, por la muerte, dejan su puesto á otros más jóvenes, de distintas ideas y de diferentes aspiraciones; poco á poco el pueblo va acostumbrándose á aquel sistema que, tanto ansió y que tanto trabajó por establecer, y comienza á hallarle sus defectos, porque todas las cosas de la tierra les tienen: y entonces es cuando se apoderan de la tribuna aquellos diputados que van á las cámaras sin talentos, ni méritos, ni antecedentes, á quienes la indiferencia y apatía populares han dejado asaltar aquel honroso cargo por intriga, influencia ó apoyo de particulares intereses; y el gobierno

constitucional se desvirtúa y no conserva de tal mas que el nombre, y el ministerio con una inmensa mayoría en las cámaras, gobierna poco mas ó menos como el tiránico anterior que se derrocó, y los hombres eminentes, íntegros, honrados y verdaderos patriotas, se retiran poco á poco de la escena, para no contribuir al descrédito de unas instituciones en las cuales conservan fé y que creen las solas capaces de hacer la felicidad de la patria.

Y en esta época es cuando las medianías y los intrigantes políticos salen á la palestra, y adquieren y se dan la importancia de grandes hombres; lo mismo sucede en las revoluciones literarias que tienden á dar libertad al entendimiento humano, y especialmente en las revoluciones de la poesía. Brilla una aurora de regeneración y se dá el grito de libertad; prescindo de que esta revolución innovadora traiga ó no consigo mejoras necesarias, y reformas de buen gusto: es una revolución y basta; todas las revoluciones, buenas ó malas, literarias ó políticas, se llaman al principio regeneraciones: fermenta el entusiasmo; se agita la juventud capitaneada por algún hombre de reputación anterior; establécense periódicos literarios, en cuyas columnas aparecen cada dia composiciones notables firmadas por nombres desconocidos ayer, y de los cuales llegan pronto á adquirir celebridad los que mas descuellan entre todos: fórmanse sociedades literarias, liceos y ateneos: comienzan las polémicas razonadas entre los órganos de la vieja escuela y los corifeos de la nueva; innaugúrase en fin una era brillante de poesía y rica de porvenir para las letras; siquiera empiece en medio de esos desbordamientos del gusto, de esos desvaríos de la imaginación y de esa exageración de opiniones con que empiezan necesariamente todas las revoluciones políticas y literarias; el gobierno toma en cuenta los talentos eminentes que hacen honor á su país y les utiliza como mejor lo entiende,

sino les ahoga sumiéndoles en una oficina ó en un archivo, por querer y no saber protegerles. Entonces la gente de letras se divide en dos clases: una que teniendo fé en su talento y en sus propias fuerzas, y no queriendo abandonar sus estudios favoritos ni renunciar á su independencia por unos destinos para los cuales se conceptúa inútil, toma las letras como profesión, y trabaja, y produce obras, que si no la conducen al templo de la fortuna, la abre las puertas del de la fama: los de esta clase son pocos.

La otra, que comprendiendo que son mas lucrativos y mas cómodos de desempeñar los empleos que la profesión de las letras (y sobre todo la poesía,) dejan secarse su pluma y enmohecerse su lira entre el polvo de los legajos, cediendo poco á poco su lugar en el campo literario y en la prensa periódica á otros mas atrevidos pero menos aptos, los cuales no hubieran jamás llegado á ocuparle, si aquellos hombres de verdadero mérito no se le hubieran abandonado. Entonces aquellos talentos de segundo órden, no acertando á hacer nada bueno ni nuevo por sí propios, unos por fanatismo de escuela, otros por no conocer lo que hacen en su insensatez ó en su vanidad, se convierten en imitadores serviles de los primeros: echando á perder las obras de sus predecesores, que tuvieron al menos el mérito de la oportunidad y la gracia y frescura de la originalidad. Aquellos que con genio innovador, con mérito positivo y conciencia de sí mismos, lograron el fruto de sus trabajos y el aprecio y la recompensa de su valer, no se sienten y con razón dispuestos á ayudar las pretensiones de los que vienen tras ellos, sin saber añadir una sola piedra al pedestal que ellos levantaron, ni aumentar un quilate al valor de lo que ellos hicieron. Entonces los segundos, creyéndose injustamente desdeñados por la gente de valer literario, y sin comprender que su empeño es inoportuno, y que nada

puede añadir á una obra que ya está hecha, á una regeneración que está ya lograda, á una revolución que ya está concluida, se dejan arrastrar por el mal impulso de su exaltada bilis y cegar por su ignorancia, y se lanzan á criticar cuanto ha quedado ya reconocido como valioso y de buena ley; y tan faltos de criterio y de ciencia para aplicar á nada el compás de una crítica sana, como sobrados de osadía y de impudencia para atreverse á todo, descienden pronto al terreno cenagoso de las personalidades, á donde no les sigue por supuesto ninguna persona de juicio y de educación; pero en el cual divierten mucho á los ignorantes de mala intención, á las lavanderas y á los cocheros. Entonces es cuando se desacreditan las letras, los literatos y sobre todo los poetas: quienes confundidos por el vulgo con estos copleros roedores de famas, pasan á los ojos de la multitud por gente perdida, díscola y perjudicial ó cuando menos inútil; y llega el caso en que un jóven que pretende por esposa á una señorita de buena familia, ó un empleo de alguna responsabilidad y posición social, se ve poco menos que obligado á jurar en manos del sensato padre de la novia, ó del ministro del ramo á que pertenece el destino que solicita, que ni en su vida ha hecho ni leído un verso, ni conoce de vista ni de nombre á poeta alguno vivo ni muerto. En estas situaciones, pasagero reinado del desorden y de las medianías, tanto literarias como políticas, es cuando nacen aquellos pequeños periódicos, cuyos redactores guardan el anónimo porque ó su nombre no es conocido ó lo es desventajosamente, y en cuyas columnas aparecen en vez de artículos, filípicas agresivas y personales, que tienden á empañar las mas altas reputaciones políticas ó literarias con recuerdos malignamente intempestivos, con aserciones calumniosas, ó con coplillas personalmente insultantes.

Entonces es cuando aparecen aquellos libelistas que, sin respeto al decoro de las personas ni al secreto de las familias, para probar que un hombre es un mal hacendista, un mal general, un mal gobernador, un mal médico ó un mal poeta, no se paran en penetrar villanamente en el sagrado interior del hogar doméstico, para descubrir y alegar en contra de las personas los defectos, los vicios, ó las miserias inherentes á la flaqueza humana, y que no influyendo de modo alguno en su empleo ni en su profesión, y de los cuales el hombre no es responsable sino ante Dios y su conciencia, no prueban de modo alguno la ineptitud ni el demérito personal en la integridad del ministro, en el valor del general, en la justicia del gobernador, en la ciencia del médico, ni en el ingenio del poeta: sino la malignidad, la falta de lógica y la estupidez del escritor, que cree que la libertad de imprenta es la facultad de escribir necedades, insultos ó calumnias, y que la crítica consiste, no en corregir los vicios generales que traen perjuicio á la sociedad entera, ó á alguna de las clases de que se compone, sino en atacar las faltas individuales, que no pueden ser nocivas mas que al individuo y que nadie tiene derecho para tildar, porque no están sujetas á mas tribunal que al de la conciencia. En semejantes épocas, cada mes de esta anarquía literaria ó política atrasa diez años la civilización de los pueblos y los adelantos de las letras, rebajando en la opinión pública la estimación de los que á ellas se dedican. En estas épocas, en las cuales todos se atreven á todo, nadie produce nada: porque en vez de servir la libertad de imprenta para difundir entre el pueblo las luces de la ilustración, no sirve mas que para descarriar sus opiniones, viciar sus buenos instintos, é interesarle en mezquinas intrigas ó en miserables odios personales: y no estando ninguna reputación al abrigo de la malevolencia ó

de la calumnia, nadie ni nada dura en favor mas que un dia: y los grandes, los sabios y los héroes caen en ridículo tras un pasagero momento de favor, y los que ayer eran ídolos coronados de flores y ensalzados por los escritores y los poetas y el pueblo, mañana son objetos de la befa y escarnio de la plebe y de los libelistas venales, que manchan con la baba de sus escritos la memoria de las épocas liberales, cuyas instituciones tienden á difundir la ilustración y á establecer en los pueblos la igualdad ante la ley, la tolerancia y la fraternidad, que son las que traen con el orden la prosperidad á las naciones. Al fin esta fiebre revolucionaria se calma: este género de publicaciones anónimas muere en el olvido, agoviada bajo el peso de desprecio universal: sus autores quedan en la misma oscuridad del anónimo del cual no se atrevieron á salir: el agua que revolvieron vuelve á serenarse, y las reputaciones por ellos difamadas, las obras atacadas por su bilis, su envidia ó su ignorancia, vuelven a sobrenadar en la superficie límpida del mar de la opinión general: y cuando los nombres ilustres de los hombres de valer aparecen entre sus olas bogando hacia las riberas, como vajeles que se creían perdidos en la tormenta, son saludados desde la playa con los aplausos entusiastas de la nación, que reconoce por suyos aquellos nombres que la dan gloria, como reconocería los colores de su pabellón en los masteleros de las naves de su marina.

Tal es la historia de todas las revoluciones literarias y políticas de todos los tiempos y de todos los países, con la diferencia de accidentes con que las visten las varias costumbres de las épocas en que se efectúan.

Por tales revoluciones ha tenido que pasar y aun está pasando la literatura mexicana; pero de las dos clases de ingenios que producen todas las revoluciones literarias, es decir: los hombres de fé y de independencia

que hacen su profesión de las letras, y los de talento literario positivo, pero que aplicándole á la política, ganan honrosamente por él merecida consideración y acomodada posición social, México solo ha producido los segundos. Prieto, Lafragua, Carpio, Páino, Pesado y otros, han debido á su reputación literaria el haber llegado á ser ministros, diputados, embajadores, &c., pero ¿dónde está el poeta mexicano, que cantando con fé la hermosura, la gloria, la nacionalidad de su patria, se ha hecho en ella popular, y ha obligado á su pueblo á aplaudirle, á los editores á comprarle sus manuscritos, á los teatros á franquearle su escena y á los gobiernos á respetar su independencia, como Bretón y Larra en España, como Victor-Hugo y Dumas en Francia? Me dirán que las revoluciones no le han dejado brotar: pero yo digo que las revoluciones no ahogan al genio, sino que le fecundan y le hacen florecer; porque en las revoluciones es cuando las almas de genio, ó buscando en la soledad y en el estudio abrigo contra sus tormentas, producen sus obras cantando como el fénix solitario en la inaccesible montaña, ó hacen oir sobre el tumulto sus victoriosos cantares, como sus gritos el águila cerniéndose en medio de la tempestad. Además, cuando el talento se empeña en hacerse considerar y respetar por una sociedad, por muy dislocada que esta se halle, como él sepa elegir el tiempo oportuno y trabaje con fé y tenacidad para plantear y lograr su intento, rara vez deja de conseguirlo.

El talento es una palanca dé la cual todos los gobiernos tienen necesidad: los gobernantes y los magnates no pueden desear poseer cosa mejor que talentos que celebren sus hechos gloriosos, que preconicen su justicia, que consignen en libros los anales del tiempo de su dominación, para que su pueblo y su posteridad les juzgue sabios, justos y civilizadores,

que apoyen y sostengan sus atrevidas y útiles innovaciones, ó que escusen, en fin, sus imprescindibles errores; y por poco que el talento haga comprender á los gobiernos la utilidad de que puede servirles, los gobiernos se apresuran á utilizarle, y los pueblos aprenden á respetarle. ¿A qué debe Augusto su fama eterna y su era el título de siglo de oro, sinó á la protección dada por él á las letras y á las artes? ¿Quién, que haya estudiado su historia, ignora que Augusto no tuvo ni una sola virtud, y que su vida fué un tejido de cobardías y de infamias, de bajezas y de tiranías? ¿A qué debió Luis XIV., cuyos caprichos, cuya lujuria y cuyas dilapidaciones prepararon la ruina de la monarquía francesa y la revolución de 93 el sobrenombre de Grande? á la protección que tuvo buen cuidado de otorgar á las artes y á las letras: porque aquellos dos tiranos sabían muy bien que mas brilla desde lejos el oropel que el oro, que mas ruido meten veinte que gritan que veinte mil que callan, y que la posteridad suele leer la historia de los reyes y de sus reinados en las páginas que quedan escritas en los monumentos que dejan tras de su era, sin pararse á calcular lo que costaron: y tal vez la juzga por las alabanzas de los contemporáneos, protejidos entonces por su poder y escéptuados por consiguiente de su tiranía.

Pero no ha habido época ni región alguna, en la cual el talento no haya preponderado, tomando la forma que el gusto ó las exigencias de su siglo requerían. ¿En qué consistió la preponderancia del clero en la edad media? En que el clero era la única clase de la sociedad que estudiaba, y por consiguiente la única que sabia lo que entonces se conceptuaba digno de saberse; mas claro: en que el clero era el talento, y todo el que lo tenia se adheria á él. Porque jamás es la fuerza la que domina, sino que siempre es el

talento el que dirige la fuerza; porque una fuerza bruta y sin dirección no tiene mas poder que el de la inercia: es como una inmensa montaña que se opone al paso; pero una inmensa montaña, que no puede trasponerse, ni horadarse, ni allanarse, se rodea por la falda y se deja atrás. La nación mas guerrera con el mayor ejército en pié, pero sin generales y por consiguiente sin disciplina, será indudablemente vencida por un pequeño ejército disciplinado al mando de un buen general. ¿Por qué? porque el ejército es la fuerza bruta y el general el talento que la dirige; y las innovaciones hechas en las costumbres y en las creencias de los pueblos modernos, por la aplicación de los descubrimientos científicos del siglo á la industria y á las necesidades sociales, les hacen enteramente diferentes de los pueblos antiguos y contribuyen cada dia mas evidentemente á entronizar en ellos el dominio de la inteligencia. Pero esta cuestión no es de este lugar: pues debo limitarme a l a cuestión literaria, á la influencia de la literatura y de los literatos en México. La estension que han dado á los conocimientos humanos la perfección de la imprenta y la aplicación del vapor á la industria, haciendo hoy que una fábrica pueda producir miles de resmas de papel por dia y una prensa miles de pliegos impresos por hora, ponen los libros al alcance de todas las fortunas, y por consiguiente el saber al de todos los entendimientos.

Esta generalización del saber, esta estension de los conocimientos humanos, ha aumentado naturalmente la dignidad de los pueblos instruyéndolos, y ha cohartado los abusos de los gobiernos despóticos, que no pueden gobernar ya á los pueblos por su capricho como manadas de ovejas, sino por la razón y por la justicia como á masas inteligentes, capaces de oponer la razón al abuso, y la resistencia á la injusticia; de modo que los

gobiernos han ganado en decoro, lo que los pueblos han avanzado en dignidad y en conocimientos de sus derechos políticos y sociales; por lo cual, ciñéndome á los literatos, la protección que hoy reciben de los gobiernos ilustrados es muy diferente de la que les dispensaron los reyes pasados: porque hoy el trabajo proteje á todo el que trabaja; y la producción del trabajo, ingresando en el capital universal de la sociedad, es estimada por la utilidad general que reporta al capital común, aumentando sus intereses: así que hoy no necesita ya el talento humillarse para ser protejido, ni los gobiernos humillar á los literatos con una protección otorgada con desdén y como de limosna: porque esta protección es el interés de su trabajo literario y el producto de su capital, mas que el favor otorgado gratuitamente por el poder. Además, los reyes y los gobernantes de nuestro siglo, no son ya aquellos capitanes bárbaros, cuya sola ciencia era la guerra, cuya única virtud era el valor y cuya suprema gloria la de los combates: sino hombres en cuya educación entran las ciencias, la literatura y las artes como parte muy principal; y bajo el gobierno de tales hombres, necesariamente han de ocupar las letras y los literatos el honroso puesto que les corresponde.

Así es que hasta en los paises mas atrasados en civilizacion y sujetos todavía á las absurdas preocupaciones viejas contra los hombres de letras, la influencia del siglo los ha elevado al poder: y á pesar de sus tenaces preocupaciones, en México como en los demás, figuran en primera línea en todos los partidos los hombres distinguidos por su saber, y á quienes ha conducido á los altos puestos que ocupan su reputación literaria. Volvamos los ojos á nuestra España, que tiene fama de dejar morir á sus ingenios en la miseria como á Cervantes, ó en el ostracismo como á Goya y

á Moratin. Antes de 1833 valia á Bretón una comedia cincuenta pesos y regalaba el duque de Rivas su *Moro Espósito* al editor Salvá: por no poder arrancarle dos mil miserables francos que por el manuscrito de aquel poema le habia prometido; pues bien: la tenacidad con que Bretón, el duque de Rivas, Gil y Zarate, V. de la Vega, Larra y otros persistieron en hacer de las letras una profesión, despertaron primero la codicia de los libreros y después la atención de los gobiernos; poco á poco fueron apareciendo editores, y el interés comercial exigió de los gobiernos la promulgación de leyes capaces de garantizar la propiedad literaria. Fundáronse liceos y ateneos, en cuyos salones y teatros leyeron sus versos los duques de Frias y de Rivas, y á cuyas cátedras subieron el marqués de Valdegamas y otros, que no mancaron sus blasones probando que tenian talento y educación literaria.

S. M. Doña Isabel II asistió al Liceo, no como reina, sino como sócia artista de la sección de pintura, y se sentó á pintar delante de su caballete como los demas sócios, é hizo caballeros de Carlos III y de Isabel la Católica á la mayor parte de los literatos, poetas y artistas de alguna fama, y el pueblo se acostumbró á leer en los carteles de los teatros los nombres de los graneles de España, de los ministros de la corona y de los altos dignatarios del estado, que se dedicaban á la literatura; y al ver tratado al talento con estimación y respeto por el gobierno, comprendió que el talento era respetable y digno de estima. Reglamentáronse y se subvencionaron los teatros, fundóse un conservatorio de música y declamación para formar la educación de los cómicos; y el público empezó á asistir al teatro, no solo para divertirse en un espectáculo tenido por inmoral, pernicioso para las costumbres y tolerado no mas por los

gobiernos bajo una censura rígida, sino para conocer, estudiar y admirar las obras maestras de su antigua literatura nacional, y para aplaudir y animar á los ingenios modernos á seguir la huella de aquellos grandes maestros, cuyas producciones llenaron de gloria á su patria, en un espectáculo considerado útil y necesario en los pueblos civilizados, protegido vigorosamente por el gobierno, y honrado diariamente con la presencia de S. M.: quien recibía graciosamente en su palco, después de la representación, al autor de una pieza coronada con un éxito brillante, colocando tal vez con su propia mano una condecoración sobre el pecho del aplaudido poeta, como á Rubí, en presencia del pueblo, que rompia en vivas frenéticos á S. M.; porque comprendia que redundaba en honor suyo el que recibía de una manera tan ostentosa el ingénio de uno de sus conciudadanos.

Esta es la posición actual de los literatos y la consideración de que goza hoy la literatura en los países civilizados: bajo la protección, no del favor personal de los reyes ó de los grandes como en otro tiempo, sino de las leyes amparadoras de la propiedad literaria, y á sombra de unas instituciones rechazadas hace treinta años como atentatorias contra la tranquilidad pública, perseguidoras de la religión, atropelladoras de la propiedad y destructoras en fin de las bases en que apoya la sociedad; porque hace treinta años creian nuestros padres que liberalismo y libertinage eran una misma cosa, y el nombre de constitución era él coco de sus imaginaciones; suponiendo que una constitución era, no un código legislativo que marcaba los derechos y obligaciones de los ciudadanos para con los gobiernos y de los gobiernos para con los ciudadanos, sino una carta blanca para, desencadenar á la plebe contra las clases altas, á los holgazanes y á los

mendigos vagabundos contra los ricos y los trabajadores, á los pillos y á los revoltosos contra los hombres honrados y pacíficos, para dislocar, en fin, completamente la sociedad; pero nosotros nos dimos, como todos los pueblos modernos, una constitución, la cual fuimos reformando conforme lo fueron exigiendo las circunstancias; nos batimos siete años por sostenerla contra el partido absolutista, y al fin, establecida la constitución y el gobierno liberal, vimos que la nación se administraba y se gobernaba sin que las constituciones se hubieran tragado á la sociedad, y el pueblo empezó á sentir los beneficios de ciertas innovaciones que restringían ciertos abusos, y la utilidad general que reportaban las mejoras materiales; y se cambió la faz de la España de tal modo, que el que salió de ella en 1836 y volvió en 47, desconoció sus carreteras, sus campos y sus poblaciones, regeneradas visiblemente por|el nuevo sistema de administracion.

En esta regeneración entraron, como todo, la literatura y las artes; y bajo el amparo de las nuevas leyes, las obras literarias produjeron rentas á sus autores, el talento penetró por sí mismo en las altas regiones del gobierno, que premió á los literatos con destinos mas ó menos análogos á su capacidad, y se han publicado en veinticuatro años cientos de obras de todas especies; muchas de ellas utilísimas y de no poca consecuencia, como la historia de la revolución del conde de Toreno, las obras literarias de Martínez de la Rosa, las filosóficas de Balmes y Donoso Cortés, y la historia general de España de Modesto Lafuente (Fr. Gerundio): además de dos mil comedias, de las cuales el infatigable Bretón ha producido mas de trescientas. ¿Por qué el árbol de la libertad no ha dado en México los mismos frutos literarios? ¿Por qué los poetas mexicanos no han producido obras de consecuencia y no han creado un teatro nacional (no un coliseo,

sino un repertorio de obras dramáticas,) limitándose á escribir composiciones líricas y poemitas de pocas dimensiones? Uno de esos escritores de mal humor, que tienen por sistema no hallar bueno mas país que el suyo, capaces de sacrificar á su mejor amigo por decir un chiste y á una nación entera por dar importancia á su personalidad, y que pretenden decidir ex-cátedra de una cuestión difícil con un axioma escéntrico, con una conclusión estrambótica y jamás enunciada, ó con unas cuantas frases dogmáticas y campanudas, le diría á V. que México no ha podido producir genios dominadores ni obras literarias de grande consecuencia, porque está todavía sometido á tres malas influencias: á la superstición del siglo XVI, á las preocupaciones del XVIII y á la empleomanía del XIX; pero es preciso juzgar los hechos por sus causas y examinar el origen de las que contribuyen á sostener los vicios políticos, administrativos, religiosos ó morales de una sociedad ó de una nación, antes de echárselos en cara y de inculparla por ellos: y aunque semejantes cuestiones no pertenecen al poeta, es necesario tocarlas aquí someramente; porque además de que tratándose de naciones tan revueltas como la España, México y los demás pueblos que fueron españoles, á los cuales parece que las naciones que se llaman cultas se creen con derecho para tratar á cada paso de bárbaros y de salvajes, nunca está demás que haya un escritor que diga cuatro palabras en su abono aunque no sea mas que un poeta, es imposible que al tirar de un cabo de tan enredada madeja, no vayan desprendiéndose muchos, pues todos los hilos están trabados unos en otros. Las supersticiones del siglo XVI y las preocupaciones del XVIII, estuvieron alimentadas en México, como en España de quien dependía, por su mismo sistema de gobierno, por su método esclusivo de enseñanza, vinculada entonces justa y

naturalmente en una sola clase, porque esta era la única que estudiaba, y ¿quién habia de enseñar sino el que sabia? y por la coacción, en fin, con la cual restringía toda innovación y adelanto en las ideas la preponderancia coercitiva de la inquisición.; influencias y coacciones de las cuales no podia emanciparse México, que dependía de nosotros, porque nosotros no empezamos tampoco á rechazarlas hasta principios de este siglo, después de la invasión francesa, de las revoluciones del año 12 y del 23, y después de reformar nuestros sistemas de gobierno y de enseñanza: porque la superstición y las preocupaciones de muchos siglos, no pueden desarraigarse de una raza en solos treinta años, y por solo el esfuerzo de una generación: pues se necesita que contribuyan á su desarraigo lo menos tres generaciones; una que, comenzando á no respetarlas, las ataque: otra que, encontrándolas ya débiles y fáciles de atropellar, las derroque; y otra, en fin, que las reciba ya como tales supersticiones y preocupaciones, en los principios fundamentales de su educación, reducidas á tradición de hechos y errores pasados y no constituidas en principios ú opiniones influyentes todavía. México no ha tenido tiempo de corregir ciertos vicios ni de desarraigar ciertas preocupaciones, porque lleva apenas una generación de nacionalidad: y esa generación la ha pasado en revoluciones continuas, las cuales no han podido producir los grandes resultados que las de otras naciones, porque mas han sido disensiones y luchas de partido por divergencia de opiniones, guerras de intereses parciales y cuestiones de forma, que lucha de principios fundamentales, y que regeneración y establecimiento completos de su vitalidad nacional. La única revolución positiva de México, es su emancipación del dominio de España; se hizo independiente: este es un hecho cuya consecuencia fué la necesidad de

constituirse, de darse un gobierno mexicano, puesto que dejó de ser colonia española: y determinó constituirse en república. Pero durando aún la generación mexicana que estuvo constituida en monarquía, necesariamente tiene que sufrir todavía la influencia de las tradiciones, de las costumbres y de las preocupaciones monárquicas: así es que siendo México una república, es decir, el gobierno mas eminentemente liberal, todavía presenta su pueblo la anomalía de que el mayor número de sus bandos políticos tienen odio ó miedo al liberalismo y á los sistemas constitucionales: y en todas las revoluciones, casi todos sus partidos y casi todas sus clases reclaman fueros, privilegios y exenciones, incompatibles con las repúblicas: en las cuales no hay, ni puede haber, mas que ciudadanos iguales ante la ley y gozando todos de unos mismos derechos, desde el presidente que baja de su silla presidencial cumplido el tiempo de su presidencia, para volver á ingresar en la familia nacional de los ciudadanos. Todos los partidos, todas las opiniones coinciden en una sola aspiración: la de la independencia mexicana, la de la conservación de su nacionalidad; pero cada cual la quiere bajo la forma que cree mas conveniente: de donde resulta que mientras el trascurso del tiempo, o la aparición de un hombre de genio y prestigio suficientes para arrastrar en pos de sí las opiniones divergentes no las reasuman en una sola, las revoluciones parciales son inevitables, é inestinguibles las guerras de partido, que entorpecen ó retardan el establecimiento de una homogeneidad nacional. Y como en tales situaciones de transición, los principios que son inconcusos para los unos son aberraciones paradójicas para los otros, y los hombres que son ídolos para un partido son objetos del encono ó de la mofa de los contrarios, los unos se esfuerzan en ridiculizar

lo que los otros divinizan: y los partidos como los individuos se acostumbran á no respetarse unos á otros, y todo concluye al fin por vulgarizarse ó caer en ridículo. He aquí por qué la literatura mexicana, cuyo progreso no puede menos de ir íntimamente ligado con el de su política, no ha producido genios dominadores, poetas eminentemente nacionales, ni obras literarias de grande consecuencia: porque el ridículo es el enemigo mas poderoso de lo sublime y de lo grande.

Al aparecer un poeta ha tenido que pertenecer á algún partido, ó la opinion pública le ha afiliado á la fuerza en aquel á cuyas opiniones mostraron mas tendencia sus obras: y los demás partidos: se las han juzgado severa é injustamente, se las han criticado con acritud ó se las han silbado; y entonces él, no encontrando en su camino mas que las amarguras del arte en vez de las satisfacciones de la gloria, se ha echado en brazos del partido que mas propicio se le ha mostrado, para buscar la fortuna desesperanzado de alcanzar un laurel que veia tan escondido entre espinas. El teatro, que es el campo cerrado mas á proposito para conseguir triunfos literarios y adquirir pronta popularidad, pareció naturalmente á los ingenios una arena muy resbaladiza y poco segura para combatir; puesto que el pueblo que habia de juzgar la lid tenia tan mala idea de los poetas y de la poesía, y se convencieron de que no podia ser un terreno neutral aquel que podia tan fácilmente ser invadido por las pasiones, y cuyos jueces, dominados por las suyas, no estaban dispuestos y tal vez estaban absolutamente imposibilitados de juzgar con imparcialidad; y como hay muy pocos ingenios que se sientan con la fé de los mártires, y capaces de arrostrar una serie interminable de desaires y de derrotas, por amor á la gloria y por cumplir concienzudamente con su destino sin

recompensa ni utilidad de ninguna especie, los ingenios mexicanos dejaron abandonado el palenque de la escena, y se presentaron en el teatro de la política: y como estos son en todas partes mas útiles, y adelantan en todo mas que la ignorancia y la rutinera estupidez, asaltaron pronto los puestos mas elevados y mas honrosos, en los cuales respetó y aplaudió el pueblo, el uniforme, el bastón con borlas ó la autoridad de que vió revestido á aquel ingenio, cuyos esfuerzos heroicos por darle y adquirir gloria estuvo dispuesto á silbar y ridiculizar: no calculando que la esencia que estaba encerrada en aquel uniforme, la fuerza motriz que le habia elevado á aquella autoridad, habia sido el talento. Los ingenios y los talentos en tan singular país y en tan singular posicion, no pudieron tener la necesaria fraternidad del arte ni el vigoroso espíritu de asociación necesaria para forzar la opinión pública; y, al apoderarse de la prensa, les fué preciso hacerla servir para el adelantamiento político de su opinión y de la de su partido, y no para ventaja de las letras y de las artes, improductivas y mal acreditadas: y hé aquí, mi querido duque, por qué los literatos y los artistas mexicanos no han podido todavía producir obras grandes y de importancia nacional: porque de un adolescente, por vigorosa que sea su constitución física, no pueden exigirse los mismos esfuerzos que de un atleta en el vigor de la edad; y hé aquí como el pueblo ha conservado las antiguas ideas mezquinas y las viejas preocupaciones con respecto á las bellas letras, á los literatos y sobre todo á los poetas; porque de este adolescente, por precoz que sea su inteligencia, no puede exigirse el mismo juicio y rectitud de ideas que del adulto instruido y esperimentado, en el desarrollo completo de sus facultades intelectuales.

Sin embargo, el instinto poético del pueblo mexicano le arrastra, á

pesar de todas sus preocupaciones, á dar en su existencia vulgar un sitio mas preeminente y una parte mas activa á la poesía que ningún otro pueblo moderno.

Francia, que es el país mas culto del mundo actual, adora á Lamartine y á Beranger, su poeta religioso y su poeta popular, y los dos poetas del siglo que merecen mas ser estimados de su pueblo; México no adora ninguno de sus poetas, porque no habiéndolos visto respetados ni protegidos por sus gobiernos, no ha aprendido á divinizarles; pero México adora la poesía, que hace un gran papel y toma gran parte en todas las acciones de la vida del pueblo; puede que no haya otro sobre la tierra que tenga mas afición á los versos, y en el cual se hagan mas. La riqueza y flexibilidad de nuestra lengua, el ingenio natural de los mexicanos, su talento especial para el epigrama, su carácter un tanto burlón y decidor, hijo del de nuestros andaluces, y su oido musical, mantienen en el pueblo una decidida aficion á la poesía: y acaso esta misma inclinación del vulgo y su facilidad de improvisar, contribuye á vulgarizarla y á que se la tenga en poco. No hay función religiosa, ni civil, ni particular, que no vaya acompañada de sus novenas en verso, de sus plegarias ó de sus romances; no hay fiesta nacional, ni acontecimiento político, ni suceso social un poco estraño, ni publicación periódica, ni devocionario, ni calendario, ni inauguración, ni examen de escuela, ni felicitación de dependientes á su principal ó propietario, que no traiga consigo sus versos. Más todavía: hay individuos de las últimas clases, que se establecen en los parages mas públicos detrás de una mesilla sobre la cual tienen papel y tintero, á quienes las criadas de servicio, los aprendices de los artesanos y los indios de los ranchos, van á demandar por una cantidad ínfima, ya la décima para pedir á su amo los

aguinaldos, ya la octava para dar los dias á la novia, ya la canción para el bailecito del domingo &c.; pues bien: estos Píndaros de mercado, producen en general unos versos perfectamente medidos, en los cuales chispean á veces pensamientos llenos de originalidad y de gracia; y estos trovadores á la intemperie, algunos de los cuales no tienen camisa, son conocidos por el apodo de *evangelistas*. Me dirá V. con razón que esto no es literatura: no se la doy á V. yo por tal, ni intento hacerla pasar por moneda buena, nó; se la cito á V. primero, porque tiene el mérito de no pretender en su humildad remontar su vuelo rastrero mas arriba de la copa del árbol silvestre en cuyas ramas hizo su nido, y no saliendo nunca de la atmósfera plebeya en donde le tiene, llega muy rara vez, y solo como vergonzante, á la puerta de las imprentas, no demanda mas protección que la de un cajista, que á hurtadillas la compone y la echa á volar en medio pliego de papel, á la sombra y entre el campaneo de una fiesta religiosa ó de un aniversario nacional; y se la cito á V. además, porque tiene para mí otro mérito mayor que el de su modestia, mi querido Ángel, y es el de que prueba patentemente el grande instinto del pueblo mexicano para la poesía, y es una muestra viva de lo que podría esperarse de él, si llegara á alcanzar una época larga de tranquilidad y un gobierno que se ocupara seriamente de su educación. Este pueblo emplea, estima y paga la poesía como sabe y puede, en los que él cree sus poetas populares, porque no conoce á los verdaderos poetas cuyas obras serán en la posteridad honra de su país: y no les conoce porque sus libros son aquí todavía muy caros y su adquisición no está al alcance de su miserable fortuna; y además, porque como la prensa en vez de encomiar y popularizar sus obras, se ocupa en general en criticarlas ó desacreditarlas por espíritu de partido y enemistad

política hacia sus autores de diferente opinión que la suya, rara vez llegan al pueblo sus composiciones ni sus nombres sino como dos cosas dignas de censura; pero yo pregunto ¿el pueblo que mantiene y reconoce como una profesión la de sus evangelistas, teniéndoles por poetas y hombres de ingenio, no haria vivir de su ingenio y de su ciencia á sus verdaderos talentos, si su sociedad y sus gobiernos se los enseñaran á conocer, á respetar y á premiar, como dignos de fama, de respeto y de premio, por la honra y la fama que las obras de su ingenio han de dar algún dia á su hoy mal apreciada patria? ¿Es decoroso acaso para los gobiernos mexicanos, que los estranjeros demos á conocer y á estimar en nuestras lejanas tierras los nombres y las obras de los ingenios que ellos olvidan, menosprecian ó no protegen en la suya? ¿No les toca á ellos, primero que á nosotros, hacerles justicia?

Hay otro género de literatura indígena de este país, pues no la he hallado en ninguno de los que yo he recorrido, y de la cual voy á decir á V. cuatro palabras un poco duras: porque este sí que tiene pretensiones literarias é influencia tal vez en las masas populares, y merece que se le juzgue conforme á sus pretensiones: este género de literatura es el de los calendarios.

Un editor, un impresor, no importa quién, se propone como base de una pequeña especulación hacer un calendario. Para darle interés y valor comercial, añade á las doce hojas que ocupan los nombres de los santos de los doce meses del año, cuarenta, cincuenta y hasta cien páginas, en las cuales reimprime lo que le parece mas á propósito para llamar la atención, bajo los títulos y epígrafes mas excéntricos que le ocurren para escitar la curiosidad, con todo lo cual amasa un folleto. Estos librejos, vendidos á

precios muy bajos, únicos que están al alcance de la gente pobre, corren entre el pueblo y son llevados por los buhoneros ambulantes á los pueblos, ranchos y haciendas, y no hay casa en donde no halle V. tres ó cuatro. Hay dos especies de calendarios: en la primera el editor, con mas ó menos acertada elección pero con intención sana de ser útil, inserta noticias históricas, estadísticas, geolójicas, &c., del país, cuya lectura pueda ser instructiva para la multitud: estos calendarios y sus autores no solo no los tengo por perjudiciales ni dignos de crítica, sino que creo que merecen elogio: porque tienen por fin la ilustración de la muchedumbre, una de las mas sólidas bases de la civilización de un pueblo; pero lo que yo encuentro absurdo, inmoral y altamente estúpido es la segunda especie de calendarios. En esta, un poeta chirle ó un impresor ignorante reúnen en un folleto, con puntas y ribetes de libelo, una colección de poesías groseras, de parodias sin gracia de obras célebres que la tienen, ó de artículos de costumbres escritos por gentes que ni las conocen ni pueden llegar á conocerlas, porque no pueden saber estudiarlas por su falta de mundo, de filosofía y de talento de observación, que ignoran hasta la lengua castellana; y en fin, que la mayor parte ni son mexicanos. En estos calendarios es donde aparecen sátiras y diatribas furibundas, en las cuales nombres propios van seguidos de adjetivos, apodos y epítetos injuriosos, y en donde se trata á los gobiernos, á los gobernantes y á las reputaciones de todas especies, como pudiera á unos pordioseros ó salteadores de caminos: y ya supondrá V. que esto no lo dicen los tales calendarios sino de los gobiernos y de los gobernantes caidos, no de los dominantes en el momento de publicarse. Morto leone, lépores insultant.

Creo haber hecho á V. una reseña clara aunque breve del estado de

México y de su literatura, con la imparcialidad de un poeta en cuyos juicios y opinión no influye espíritu alguno de partido ni de nacionalismo, porque tiene por patria el universo, á los pueblos hispano-americanos por compatriotas, y por hermanos á los hombres de todas las naciones, como manda el Evangelio: réstame ahora para concluir con esta disforme carta, dar á V. una noticia de algunos poetas mexicanos, ya que no es posible hacerla de todos en este escrito, que ampliaré Dios mediante en mejor ocasión: corrigiendo entonces las inesactitudes que hayan podido cometer mi insuficiencia ó mi incapacidad; pero que no ha forjado mi mala fé, ni ha calculado mi interés, ni está aferrada en sostener ninguna de las mezquinas pasiones, de las cuales Dios guarda felizmente exento mi corazón.

La flor de los recuerdos

III. POETAS MEXICANOS

Ortega, Navarrete y Tagle de quienes he hablado á V. ya.

Rodriguez Galvan.— Nacido en 22 de Marzo de 1816: muerto en la Habana el 25 de Julio de 1842. El adalid mas audaz y el mas ardiente mantenedor de los principios de la escuela llamada romántica, con todos sus defectos y sus bellezas. Su vida fué un tejido espeso de las miserias, las pesadumbres y los desengaños, que anudan unos con otros los dias amargos del hombre estudioso: de las delicias, las ilusiones y las esperanzas, que encantan las elucubraciones del ingenio que tiene conciencia de su valer; de los placeres y los pesares en que se abreva un corazón tiranizado por una pasión misteriosa, cuyo secreto no me es lícito romper, porque Galvan no quiso jamás levantar con su propia mano el velo que debe cubrirla: de la desesperación del genio que se siente con alas para volar, y que amarrado entre los escollos de una mala fortuna, de una época que no le comprenderá ni le hará justicia hasta después de muerto, y de una sociedad sin atmósfera para su alma, no puede desplegar el vuelo que se siente capaz de intentar.

De todo esto se compuso la existencia sombría de Galvan: y su mejor biografía se encierra en los siguientes pensamientos, suyos y de otros dos poetas que le cantaron después de muerto: Ramón Isaac Alcaráz y Guillermo Prieto. Dice Galvan en una de sus composiciones:

Abrasa mi corazón
La ardiente voraz pasión
De la gloria.
¡Oh si en mi patria querida
Durara mas que mi vida
Mi memoria!

He aquí el suspiro mas hondo, mas tierno, mas fervoroso de la esperanza del poeta. En otra parte dice:

De la ciudad la estrechura
Ardiente dejar ansio,
Y en un ligero navio
Surcar la inmensa llanura
De la mar;
Y sentado en la ancha popa,
Las ricas playas de Europa
A lo lejos divisar.

He aquí el gemido del aura de la inquietud, en el corazón del genio desventurado mal apreciado en su pátria. Dice de él Guillermo Prieto:

Su alma de rey, sus ansias de mendigo,
Huérfano atravesó por la existencia:
Daba luz á sus ojos la inocencia
Y el desengaño al corazón su hiel.

Allá en la soledad del desamparo
Entonaba sus cantos de amargura,
Cual ave sola que en la selva oscura
Ignorada lamenta su viudez.

¡Génio! ¡génio inmortal! tu patrimonio
Es la miseria y el eterno llanto:
El estúpido mundo con tu canto
Se adormece con frívolo placer.
¿Por qué la inteligencia será un crímen?

Alcaráz le dice en la composición que le inspiró su muerte:

Abandonado en la tierra,
Solo tal vez desde niño,
Quizá el maternal cariño
Jamás tu infancia arrulló:
Desde entonces tu mirada
Melancólica, abatida,
En el festín de la vida
Nunca alegre sonrió.

Tú por el mundo vagaste
Despreciado y sin consuelo,
Mas tu génio alzó su vuelo
Y su ala hirió tu laúd:
Y amaste... tu primer canto
Fué tal vez de amor un trino,
Que ahogó el bárbaro destino

De tu infáusta juventud.

Jamás fué mejor caracterizada la existencia, ni mejor sentida la muerte, ni mejor cantada la gloria de un poeta. ¡Pluguiera á Dios que este recuerdo mio añadiera una hoja á la corona y un rayo á la aureola de la gloria de Galvan!

La flor de los recuerdos

Fernando Calderón.—Nació en Guadalajara en 1809, murió en 1845. "Para apreciar el mérito de Calderón (dice Pesado en el prólogo de las poesías de este autor) es menester juzgarle en sus circunstancias, en su país y en su tiempo." Es verdad: Calderón no le tuvo para ser loque debia: no tuvo quien dirigiera sus estudios, ni quien fijara su gusto en su juventud. Los consejos de Heredia le sirvieron de mucho en la última época de su vida; pero murió joven y le faltó espacio para aprovechar las lecciones de la teoría y para amaestrarse con las dificultades de la práctica. Su juicio le impulsaba á seguir la senda clásica del gusto puro de Heredia; pero su afición y la moda le arrastraron al romanticismo de Espronceda. Su "Soldado de la libertad" es una canción vaciada en el molde de "el Pirata" de este: su comedia "A Ninguna de las Tres" en el de "Marcela, ó Cuál de las Tres" de Bretón: sus dramas caballerescos, en el de los de García Gutiérrez: su romance "Adela" en el de las leyendas que por entonces empezábamos á publicar varios; pero al marcar esta semejanza de las obras de Calderón con otras, no quiero dar á entender que no tuviera talento propio ni facultad inventiva; sino probar la docilidad de su carácter, su voluntad para el estudio, su deseo de elejir buenos modelos, y que su gusto

vacilante no tuvo tiempo de fijarse.

Calderón versificó mas limpiamente y con mejor prosódia que la mayor parte de los poetas mexicanos; sus diálogos son fáciles, y su dicción es generalmente poética, aunque sobrada de lirismo; y aunque su falta de práctica y de buenos teatros en que estudiar asiduamente el arte de la representación teatral, hizo adolecer sus dramas de escasez de movimiento dramático, de languidez en algunos diálogos, mas largos de lo necesario, y de entorpecimiento en la marcha de la acción, sus piezas de teatro se leen y se oyen con gusto, y en todas sus escenas se revela el talento y la aptitud del poeta para salir airoso en el desempeño de sus tareas dramáticas, con mas tiempo y mas esperiencia. Así es que en "El Torneo", por ejemplo, esta falta de esperiencia le arrastró á repetir cuatro veces la esposicion, por temor de que el drama saliera falto de claridad: primero por los criados, después por la baronesa, mas tarde por Pedro el escudero y finalmente por Alfonso, cuyo último relato no añade una sola palabra que no sepa ya el espectador. Los títulos solos de sus obras son la prueba mas palpable de lo indeciso que anduvo en la elección del género para el cual creia mas apto su ingenio. Muy joven, escribió sus obras dramáticas ó cómicas intituladas: "Zadig-Zéila ó la esclava Indiana, Armandina, Los políticos del dia, Efigénia, Ramiro, Conde de Lucena, y Ersilia y Virginia." que fueron representadas en los teatros de Zacatecas y de Guadalajara, y cuyos nombres de bautismo acusan bien claramente el origen de donde vienen, recordando los de las obras por las cuales fueron inspiradas. Mas tarde dio á luz su comedia: A Ninguna de las Tres, y sus dramas, el Torneo, Ana Bolena, y Herman ó la vuelta del Cruzado. Su buen carácter y sus virtudes sociales le hicieron universalmente querido, y su memoria vive justamente

en la estimación de los mexicanos, que han acordado á sus versos una merecida popularidad.

Su "rosa marchita" y "la vuelta del desterrado" merecen particular mención entre sus composiciones líricas, porque están impregnadas de poesía y de sentimiento: Hé aquí unas estancias de la rosa marchita.

Ayer el viento suave
Te halagó cariñoso:
Ayer alegre el ave
Su cántico armonioso
Ejercitaba, sobre tí posando:
Tú, rosa, le inspirabas
Y á cantar sus amores le escitabas.
La fiel imagen eres
De mi infeliz fortuna:
¡Ay! todos mis placeres,
Todas mis esperanzas, una á una
Arrancándome ha ido
Un destino funesto, cual tus hojas
Arrancó el huracán embravecido.
. . . . . .
Ven, ven; ¡oh triste rosa!
Si es mi suerte á la tuya semejante,
Burlemos su porfía:
Ven, todas mis caricias serán tuyas
Y toda tu fragancia será mía.

La flor de los recuerdos

Cárlos Hipólito Serán.— De orígen francés: nacido y muerto en Guadalajara. Primero, profesor de lengua francesa y de caligrafía en un colegio particular, adherido después voluntariamente á una compañía cómica, trabajó mucho para la escena, arreglando *vaudevilles* al teatro mexicano, y escribió para él las comedias originales intituladas: *Ceros sociales*, *Restitución*, *Casualidad y calumnia*, las cuales revelan un grande instinto cómico y una profunda amargura de corazón, en sus diálogos cáusticos y satíricos: críticas ásperas de las costumbres y vicios de la sociedad moderna. He aquí el juicio que de él hizo, con mucho acierto, el anónimo autor de su artículo necrológico: "Hay en Serán, dice, dotes estimables en un autor dramático: fin moral, inventiva, facilidad en el diálogo, buen estilo y gracia cómica; pero incurre en exageraciones, recarga la sal ática y parece respirar resentimiento y odio contra la sociedad entera. Tenia derecho á quejarse de ella al verse por ella desconocido, y degeneró casi en misántropo. Su misantropia tomó cada vez mas incremento, y huyendo al fin de la sociedad, se encaprichó en aislarse en medio de ella, como sucede á los que sufren amargas decepciones. Murió no solamente pobre sino en la mayor miseria; para que le visitara un médico en su última

enfermedad, y para que su cadáver no quedara insepulto, fué necesario que le auxiliaran los Sres. Topete y Martínez, cuyos nombres merecen ser designados á la estimación pública en homenaje de agradecimiento. Tal fué la suerte de Serán. Tenia talento, era poeta, deja un nombre en la historia de la literatura dramática mexicana, y era además honrado y de excelente carácter. Sus pesares le hicieron misántropo, y su país le dejó morir de hambre. ¡Grande estímulo para los ingénios! Y luego el país se queja de que no tiene literatos!"

Serán tenia positivamente un buen talento: y, en otro país y en mejores circunstancias, hubiera llegado á ser un buen poeta cómico. Desventuradamente el público de México es escaso aun para sostener un solo teatro: todas las noches se compone poco mas ó menos de las mismas personas: todas se conocen, y puede decirse que asisten á un espectáculo de familia. Es casi imposible poner en escena una comedia de costumbres, sin que los maldicientes señalen entre los espectadores á los aludidos, aplicando inmediata y malévolamente la crítica general de la comedia á personas determinadas. Las intrigas de bastidores y las miserias del arte, atraviesan pronto el telón de boca para caer en poder del público, el cual interesa mas de lo que debiera la personalidad del cómico y del autor en el juicio de su talento y en el mérito y valor artísticos de la representación. Así es que Serán, cuya vida y opiniones eran conocidas del público, recibió siempre de él aplausos disputados en vez de merecidas ovaciones: y viendo que un pueblo que apenas cuenta media docena de autores dramáticos, recompensaba tan poco sus esfuerzos, que lograban solo una mezquina retribución metálica, se fué á morir en la soledad, abrevado el corazón de pesadumbre, y hastiado de una sociedad que no habia arrojado á su paso ni

una flor fresca sobre la senda áspera y angosta de su existencia.

La flor de los recuerdos

Pablo Villaseñor.—Murió joven en el año pasado de 56. La noticia de su muerte se dio al público en el mismo artículo necrológico de Serán: y las breves líneas que el anónimo articulista consagra á su memoria, son su mas esacta biografía, y el mas acertado juicio hecho de su talento. Prefiero hablar á V . de los muertos, mi querido duque, por boca de sus mismos compatriotas, puesto que á los muertos generalmente les hace la sociedad justicia: porque no crea V. que influyen en mis opiniones respecto de los ingenios mexicanos y de sus obras, ni una amistad apasionada en favor de los individuos, ni una injusta antipatía en contra de los hijos de un pueblo que se la tiene hoy al nombre español. He aquí, pues, las mismas palabras del necrólogo anónimo de Villaseñor.

Villaseñor era uno de los jóvenes que en Guadalajara, solos y luchando con mil contradicciones, cultivan afanosos las bellas letras, sin mas esperanza que un poco de ese humo que se llama gloria. Villaseñor era poeta lírico, y emprendió algunos ensayos dramáticos, que tuvieron buen écsito en su ciudad natal. Escribió también algunos tratados de moral consagrados á la niñez, y algunos opúsculos defendiendo los principios salvadores del cristianismo. Villaseñor en sus poesías tenia bastante

corrección, algunos pensamientos nuevos bien espresados; pero le faltaba pasion y sentimiento, y su imaginación parecía no muy ardiente. Sin embargo, era poeta; ¿en qué consistía, pues, su frialdad? En que le faltaba esa prueba y ese estímulo del genio que se encuentra en el infortunio. Los hombres que no han probado la desgracia, que no han sufrido crueles decepciones, pueden ser poetas; pero rara vez logran conmover y enternecer. Las desventuras hacen mas delicada la sensibilidad, y es precepto viejo en el arte, sentir para hacer sentir. Hay sin embargo en muchos versos de Villa señor cierta languidez, cierta melancolía, que no carecen de encantos. Para su fama le faltó la escuela del infortunio ¡Triste destino del genio; la felicidad lo eclipsa á menudo! El vivo relámpago nace en medio de las tempestades. La vida tranquila y serena inspira bellos pensamientos, pero que no tienen tanto atractivo como la elegia por el bien perdido, como la lamentación y la duda del poeta que sufre...

Villaseñor tenia bienes de fortuna, no probó la miseria, se encontraba en una buena posision social; como escritor encontró alabanzas y no tropezó con la crítica severa, que si bien disgusta sirve de poderoso estímulo; se casó sin encontrar obstáculos, con la primera joven de quien se enamoró, y la siguió amando como cuando era su novia. Pudo cultivar ese género de poesía que pudiéramos llamar doméstico ó de familia, género en que se pueden citar composiciones sentidas y lindísimas de Klopstock, enamorado siempre de su muger, de Víctor Hugo enseñando á rezar á su hija, de Lamartine llorando sobre el cadáver de su Julia en Gehtsemaní, del duque de Rivas, de nuestro Tagle cantando himnos epitalámicos en su hogar, de nuestro Prieto llorando á su padre, y hablando de amor y de infortunio á su María... Villaseñor hizo mal en no dedicarse á este género.

Recordamos sin embargo, que la segunda vez que vino á México, lo encontramos en un baile: estaba triste y pensativo, las mugeres mas lindas no lo deslumbraban, no hablaba con nadie, y se encontraba solo, porque estaba ausente de su esposa.—Al dia siguiente nos traia versos amatorios y apasionados, cantando la belleza y la virtud de su muger, que también, sea dicho de paso, cultiva la poesía con regular écsito.

Villaseñor era franco, sincero, tenia mucha fé, fé juvenil en la gloria que proporcionan las letras: amaba á los escritores como á hermanos, y gustaba mucho del trato de nuestras notabilidades literarias, que lo animaban y le daban útiles consejos.

Era abogado, pero prefería los versos á los autos. En Guadalajara promovió siempre la fundación de sociedades literarias, que producen los mejores resultados. Padeció del corazón, y una muerte prematura dio fin á su existencia, que fué feliz y tranquila. Su memoria será siempre cara á sus numerosos amigos. Es triste que haya muerto tan joven; pero no queda la amargura de haberle visto desgraciado. Existencia tranquila, pasiones blandas y apacibles, no pueden darle gran celebridad; pero al menos lo libraron de la duda, del tedio, del desencanto de la desesperación, que son el lote de poetas y escritores que conquistan mas fama!"

La flor de los recuerdos

Fernando Orozco.—Poblano; empeñado en no transigir con los errores, abusos y preocupaciones del tiempo y la sociedad en que le cupo nacer, vivió y murió aislado, poco conocido y falto de protección. Su novela intitulada: "*La guerra de treinta años,*" es la espresion de su talento, de su carácter y de sus opiniones; es su verdadera biografía, el símbolo escrito de sí mismo. *La guerra de treinta años* es un libro sobre cuyas hojas esprimió Orozco su corazón, sin mas objeto que el de complacerse á sí mismo, derramando en él sus pensamientos, sin respeto ni temor de cuanto le rodeaba. Dice en él á la sociedad lo que piensa de ella, sin rodeos ni circunloquios, en un estilo franco y familiar, y en un lenguaje libre, á veces vulgar, á veces sublime, unas correcto, y otras desaliñado. Desde las primeras líneas de su libro revela Orozco su carácter y sus opiniones: á la cuarta línea dice: "al escribir me propongo todos los objetos posibles: divertirme y divertir á los otros: recibir una lección ó darla, hasta arrancar un aplauso sino es escesiva mi pretensión.

Yo no tengo modestia ni hipocresía escribo para que me lean, para que me celebren si lo merezco, no para que me adulen, y mucho menos para guardar mis borradores empolvados y contemplarlos en la soledad, como el

avaro contempla su dinero, tomado ya con la humedad del pozo que lo oculta. Nadie me ruega que publique yo mi obra, ni nadie me rogó que la escribiera: ambas cosas las hago por mi espontánea voluntad, y entre los objetos que me propongo, uno de ellos es hacer una prueba de mí mismo."

Dice Orozco un poco mas adelante: "El paraiso del mundo quedó agostado el primer dia de su eflorescencia: no hay que buscar flores ni juncos para teger una corona, sino tomar un tronco viejo y ahuecado por los gusanos, para arrojarnos al mar de la vida y dejarnos llevar del viento que conduce á la playa desconocida de la eternidad."

. . . . . .

"Un corazón frío y susceptible, desconfiado y crédulo, sublime y pervertido, afectuoso y misántropo, todo á la vez: este es en resumen el carácter del protagonista, la idea desarrollada según mi intención."

Y tal es positivamente la idea desarrollada por Orozco en su *Guerra de treinta años*: y en cada página de su obra se vé perpetuamente al autor, que no trata de ocultarse un solo momento, puesto que toda su narración la hace personalmente, con su yo individual por delante. Orozco coloca la acción de su novela en España; pero se apresura á hacer en su introducción esta advertencia: "Si ahora coloco la escena en España, á donde nunca fui, razones tengo para ello; pero mas adelante si Dios lo quiere, haré que mis hijos vivan donde yo he nacido, en México. Probaré si es posible hallar dentro de mi país la novela: y la novela original, indígena.

"Hombres sin patria y patriotas sin nombre: mugeres divinas que se consumen en el marasmo de nuestra pereza social, ó que se prostituyen en la ignorancia, almas sin vida, corazones sin afectos: calaveras ridículos, artistas sin gloria, ciudadanos sin porvenir; una época que se va y otra que

comienza; dos generaciones que luchan sobre la tierra mas florida y bajo el cielo mas claro... la Europa espiándonos: los hijos de Washington queriendo hacernos felices á traición... esta es la mina inagotable que tienen los novelistas mexicanos. Yo no esplotaré todas sus venas; soy demasiado perezoso para obra tan laboriosa; pero las denuncio para el que tenga mas ambición que yo, ó mas habilidad. Por ahora me he conformado con matar el fastidio y soltar la pluma: mas adelante tengo el tiempo. Una última aclaración me resta que hacer. Nunca he visitado la península de nuestros conquistadores, y digo Burgos y Madrid como diria Constantinopla ó Chihuahua: por eso no me detengo en pormenores topográficos ni astronómicos. Si digo que en Burgos hay un teatro, es porque á mi propósito necesitaba uno; si digo que en Madrid el Sol sale por Antequera ó por Cádiz, es porque para ser de dia se necesita que el sol salga por alguna parte; con esto quedo autorizado para inventar un nuevo sistema de geografía al uso de los que sean como yo. Por último, si digo que los burgaleses ó los madrileños son unos herejes ó unos hotentotes, no me crean: yo sé de quien lo digo y no hago mas que tomar un nombre prestado."

¿Puede Orozco hablar mas claro y revelarse mejor? Pero ¿podia vivir querido por una sociedad cuyas costumbres y creencias criticó con tal osadía? Él mismo, en el centro de su novela, desarrolla en cuatro palabras el panorama de su existencia, identificada en la de Gabriel su protagonista, que dice: "por último, completaré la idea de mí mismo y de mi conducta diciendo los epítetos que alcancé. Los frailes me llamaban impío, los hombres *honrados* cínico, las mugeres tonto, mis amigos me hacian mas favor y me llamaban loco: en fin, llegué á ser hombre de cosas, como dice

Fígaro, y este fué mi mejor escudo." Después de leer estos pensamientos de Orozco, no se necesita saber su biografía. Cuanto mayor fuera su talento, mas amarga vida debió de alcanzar y mas lejos de la sociedad de su tiempo debió de verse obligado á morir.

La flor de los recuerdos

Ortega y Quintana Róo, contemporáneos de la emancipación mexicana, tienen composiciones bellas en el gusto clásico; á los dos, pero especialmente al último puede decirse que les debe México la regeneración de la poesía y el gusto por la literatura, á causa de las buenas lecciones y ejemplos que dieron á la juventud, y con razón merecen ser mirados como maestros por sus estensos conocimientos y erudición.

Con sus nombres se cierra la lista de los poetas modernos mexicanos que ya no existen. No hablo á V. de Gorostiza, porque habiendo vivido entre nosotros, dado sus comedias á nuestros teatros é impreso sus obras en España, no hay ninguna suya que V. no conozca, ni hay literato español que no le aprecie ya en lo que valió.

De los vivos diré á V., en muy breves palabras, nada mas que lo meramente necesario para que pueda V. formar idea de ellos y de sus obras; porque además de que no es mi objeto hacer aquí un juicio crítico de ellas, no quiero que V. ni nadie pueda creer que mi afecto hacia los autores me inspira los elogios prodigados á sus escritos, ni antipatía alguna personal las observaciones que pueda hacer sobre sus defectos, inherentes á toda obra humana. Comienzo por Pesado, porque es aquel cuyo nombre ha llegado

con mas celebridad hasta nuestra península, en alas de su fama en la Nueva-España.

La flor de los recuerdos

Pesado.—Su reputación literaria data de 1837, época en la cual fué electo diputado por el departamento de Veracruz, de cuyo Estado fué luego gobernador. En 1837, empezó á publicar sus composiciones en varios periódicos, y en 1839, dio á luz un tomo de poesías, del cual hizo segunda edición en 49. Pesado, buen latino, buen humanista, fuerte en historia, versado en jurisprudencia, cánones y y teología, poseyendo las lenguas griega, francesa, italiana ó inglesa, dotado de prodigiosa memoria y habiendo alimentado su espíritu con una asidua lectura, pertenece á la escuela clásica; pues aunque por los años de 37 á 42 se dejó arrastrar por el influjo de la revolución literaria, dando á sus composiciones líricas la variedad de metros y la división de números introducidas por el llamado *romanticismo*, jamás cayó en los bárbaros desvarios de aquella escuela, ni dio á sus obras *la informe forma* (si puede decirse así) que dimos á las nuestras muchos, á quienes el vulgo acordó por ellas fácil y rápidamente adquirida reputacion.

Su buen criterio y sus buenos estudios volvieron á encarrilarle pronto por mejor senda, y tomó solo de la moderna escuela lo que le pareció racional y ventajosamente importado por los adelantos del tiempo y la

observación. La inspiración de Pesado, siempre tranquila y suave, corre como un rio manso por una llanura fértil sin tropiezos, barrancas, ni derrumbaderos. Sus ideas apacibles se desarrollan en versos tan apacibles como ellas: sus pensamientos religiosos están basados en la filosofía escolástica y en la teología, de modo que á través de su poesía no deja nunca de columbrarse su ciencia: no admite en ciencias, en artes, en literatura, en política, en creencias sociales ni menos en las religiosas, idea ni teoría alguna exagerada: y su carácter, sus estudios, sus opiniones y sus creencias, se revelan en todas las páginas de sus escritos. Sus composiciones religiosas están modeladas por los salmos, y estrictamente encerradas en las opiniones de los SS. PP. con las cuales apoya todas sus razones, hasta las de los artículos de periódicos en los cuales discute las cuestiones palpitantes de la política actual de su país. Pesado, ciudadano pacífico, padre de familias cariñoso, administrador íntegro, empleado incorruptible, amigo leal, admirador sincero de todo lo bueno y justo con todo lo acreedor á justicia, es uno de los pocos poetas existentes, cuyas obras son genuina espresion de su genio, y cuyos escritos están en completa connivencia con su carácter. Sus versos amatorios participan de la reserva y el pudor del cristiano por convicción. En su *rendimiento enamorado* dice:

¡Oh tú, que eres hermosa á maravilla!
Si supieras las dudas que me aquejan
¡Cómo estimaras mi pasión sencilla!

Si tus severos padres no te dejan,
Ni tu mismo recato te permite
Oir amores, que de tí me alejan;

Siquiera por piedad, Elisa, admite
Que mis amantes ojos te veneren
Y que solo á mirarte me limite.

Yo sé que mis miradas te refieren
Los íntimos secretos que á sus solas
Las entrañas y el alma les confieren.

Al contemplar los dotes que acrisolas,
Se conturba mi triste pensamiento,
Como en profundo mar las turbias olas,

Cuando allá removidas de su asiento
Por la tendida playa van sonando,
Agitadas del áustro turbulento.

No hay palabras de amor, no hay verso blando,
Que puedan mitigar el fuego ardiente
Que mi interior ¡ay Dios! está abrasando.

¡Qué triunfadora siempre, qué presente
Estás á mi memoria noche y día,
Númen de mis afectos y mi mente!

¡Portento de modestia y gallardía!
¡Gloria de la región Veracruzana!
¡Lustre y decoro de la'patria mial

¿Quién gozó de tu vista soberana,
Que no quedase con placer rendido
Juzgándote deidad en forma humana?

¿Quién ante tus altares fué admitido,
Que á tus vivos reflejos deslumhrado
El alma no rindiese y el sentido?

¿Quién no se conoció todo abrasado
De inextinguible ardor? ¿quién pudo verte
Sin sentirse en un punto trasformado?

¿Y quién sin adorarte, conocerte?
¡Criatura celestial! ¡Muger divina!
¡Cuan distante estoy yo de merecerte!

¿Dónde hallar un enamorado cuya pasión ardiente se sujete mas á las reglas del decoro, ni respete mas las conveniencias sociales? ¿Dónde poeta que esprese con mas tranquilidad una pasión verdadera? ¿Dónde caballero que tenga mas presente el honor de la muger á quien ama, al declararla un amor en cuyo fuego siente abrasado su corazón? Tal es Pesado y tal su poesía.

Sus traducciones de los salmos son excelentes; en ellas es donde mas campean su erudicion, su conocimiento de las lenguas latina y castellana, y su dicción poética. Sus versiones conservan, en su castellano correcto, el bello sabor bíblico del original: y ciertas ideas primitivas, tan difíciles de trasportar de las lenguas orientales á las modernas, están vertidas por Pesado en la nuestra con superior facilidad y pureza. En el cántico de Isaías, *super montem caliginosun levate signum*, dice:
Cual la muger que diferir quisiera
El parto, y tiembla como débil hoja,
Así esquiva el guerrero la lid fiera

Y tiembla de congoja.

La idea de la comparación del miedo del soldado con el de la muger en semejante situación, está felizmente espresada á pesar de lo arriesgada que es. Los orientales y los pueblos primitivos, á cuyos ojos la desnudez es mas familiar que á los de los pueblos modernos civilizados, libres de la malicia de estos, no necesitan velar ciertas ideas ni ciertas palabras, á las cuales no dan en su sencillez el maligno sentido que nosotros.

Los árabes, cuya lengua es la mas rica de las del Oriente y abundantísima en sinónimos, tienen mas de doscientas palabras para designar al camello, según su edad, su tamaño, su empleo, su país, &c.; doscientas sesenta para designar al león, y mas de trescientas para una arma de tajo ó estocada correspondiente á nuestra espada ó sable; y sin embargo no tienen mas que una para designar los pechos de la muger. De aquí la dificultad de traducir el cantar de los cantares, y otros mil poemas de Oriente tanto antiguos como modernos, en los cuales hallamos ideas y palabras que en nuestro idioma ofenderían el pudor. De estas dificultades sale briosa y felizmente Pesado en sus traducciones, aunque algunas veces son mas que traducciones, paráfrasis. Pesado es el amigo de la juventud literaria: su parecer es la sanción bajo la cual van a patrocinar sus primeros ensayos todos los jóvenes que empiezan á escribir, y de él solicitan un prólogo la mayor parte de los que las publican. Pesado no dá jamás un consejo, ni hace una corrección que no estén conformes con su conciencia; y este es para mí el mayor talento de Pesado: el de apreciar en su edad madura las obras de la juventud de la generación que le sigue, animándola con sus consejos y protección, sin dejarse arrastrar por el torbellino de las innovaciones. De todos modos Pesado es un poeta que merece su

reputación, y un erudito de grandes conocimientos, cuyas opiniones literarias son respetables, y cuyos consejos son dignos de ser tomados en cuenta.

Es lástima que á veces caiga en defectos de forma y de armonía, escusables en otros poetas mexicanos cuyo único dote es el ingénio, pero imperdonables en un poeta de la escuela clásica, profundamente conocedor de la lengua y poesía castellanas. Por ejemplo: usa de asonantes en estrofas aconsonantadas, que requieren absolutamente consonantes perfectos, v.g.,

En el núm, II de su Jerusalen, en la 1.ª estrofa, el 4.º y el 8.º verso deben ir aconsonantados, y no lo van: lo mismo sucede en la 6.ª *Corazón* y *amor* debian de ser consonantes, como también *libertad* y *reinará*: porque en este género de estrofas, ó todos los cuartos y octavos versos deben ir asonantados, ó aconsonantados: pues del uso simultáneo de unos y otros en una misma composición, resulta una desigualdad perjudicialísima para la armonía. Esta falta es general en las composiciones líricas de Pesado, y por ella podría creer quien no las estudie á fondo, que es un poeta desalmado; cuando es al contrario, el mas correcto de los poetas Hispano-Americanos.

Otra pequeña falta de observación de Pesado: los versos heptasílabos que se hacen para cantar, en estrofas iguales y del mismo compás musical, no admiten la libertad y amplitud en la colocación de sus acentos, que los que van mezclados con endecasílabos en la silva: sino que deben llevarlos todos sobre las mismas sílabas, só pena de no ser versos ni poderse marcar con notas sobre el pentagrama, sin forzar acento de la palabra, ó sin salirse del compás.

V.G., en las *memorias de los muertos*, la primera mitad de la segunda estrofa dice:

En la oculta espesura
No murmuran las fuentes,
Yacen sin hermosura
Los montes eminentes,
Sin su verdor los árboles,
Los pájaros sin voz.

En los tres primeros versos, el acento debía de cargar sobre la segunda sílaba y no sobre la tercera; aplíquese sinó á un compás musical sobre el pentágrama, y habrá que decir:

En l' óculta espesura
No múrmuran las fuentes
Yacén sin hermosura, &c.

Otro descuido: en los romances, cuya armonía vá suavemente sostenida por la asonancia de los versos pares, es preciso cuidar con esmero de que no la haya en los versos impares: porque el oido fino se apercibe fácilmente de aquella doble eufonía que resulta de los asonantes cruzados. v. g.: En *Mi amada en la misa de alba*, dicen la cuarta, sesta y duodécima cuartetas:

El recato y la modestia
La van siguiendo conformes:
Dos iris lleva en sus cejas
Y en sus megillas dos soles.

. . . . . .
Un vientecillo ligero
Atrevido descompone
De sus profusos cabellos
Los rizos puestos en órden.

. . . . . .
Tras sus miradas camino
Y llego á la iglesia, donde
Arrodillada la miro
En el pavimento, inmóvil.

Estas bellas estrofas, modelos de descripción, de versificación y de lenguaje, están deslucidas por el mal efecto de la doble asonancia que hacen en ellas *modestia y cejas, ligero y cabellos, camino y miro*, que son tan asonantes entre sí como *conformes, soles, descompone, órden* y las demás palabras que asonantan todo el romance de tan bella composición.

Le apunto á V. estos ligeros defectos de Pesado, tan solo para probar á V. que no habiendo podido alcanzar la poesía mexicana un periodo de tranquilidad suficiente para establecerse con solidez, su poeta mas correcto y de mas clásicos estudios no ha tenido sin duda ocasión de encontrar quien le haga fijar la atención en tan nimias observaciones de práctica, que hechas una vez no pueden olvidarse jamás: y con las cuales uno de esos eruditos á la violeta de nuestra corte, uno de esos sabios de enciclopedia, que estudian en ella por la noche la crítica que deben hacer al dia siguiente, uno de esos mosquitos que se complacen en infiltrar el venenillo de sus picaduras en las reputaciones mejor adquiridas, una de esas arañuelas literarias que no pueden hacer mas que cosquillas en el amor propio de los

hombres de genio, hallaría ocasión de lucirse á los ojos de los tontos á costa de la reputación de Pesado, dándose á caza de semejantes pequeñeces. Yo se las marco á V., porque ni V. que me conoce, ni Pesado que tiene talento, si llega á leer algún dia esta carta, pueden imaginar que me deleito en roer vilmente la reputación de un hombre, de quien pocas líneas atrás le acabo de hacer á V. un elogio tan sincero como merecido, por el maligno y miserable placer de poner *un pero* á su justa fama.

El único defecto positivo de la versificación de Pesado, defecto que es común á la mayor parte de los poetas Hispano-Americanos, es el de empeñarse en hacer una sola sílaba de dos vocales unidas que no son diptongo, y que deben hacer dos: dejándose llevar de la viciosa pronunciación Hispano-Americana, y haciendo sus versos incapaces de medida é insoportables para un oido poético. Los mexicanos dicen *páis*, *máiz*, *ráiz*, haciendo unisílabos estos vocablos, que tienen dos: dan dos sílabas á *poeta*, *oído*, y á otros que tienen tres, y tres á *destruido*, *construido*, &c., que tienen cuatro; y por eso cuenta Pesado por versos endecasílabos los siguientes, que no lo son en ninguna parte mas que en México, porque tienen doce:

¡Criatura celestial! ¡Muger divina!
Ese deseo de amar sin resolverse.
Si por dicha, mi bien, un dia regresas:
Estrecha al mio tu corazón amante.
Es la melancolía, no la tristeza, &c.

En los cuales hay que dar á *deseo* dos sílabas, teniendo tres; á *dia* y á *mio*, una, teniendo dos: á *criatura* tres, teniendo cuatro, y á *melancolía* cuatro, teniendo cinco; forzando además esta última palabra, pues para dar

á este último verso la medida que debe tener, hay que decir *melancoliá*. Estos defectos de pronunciación, que á mí me caen tan en gracia en la conversación de los mexicanos que ya se me han pegado algunos en el tiempo que hace que vivo entre ellos, son insoportables en la poesía; porque además de que la lengua castellana no nació en México sino en Castilla, y no hay mas remedio que seguir al escribirla las reglas de su Academia, es menester para no percibir con disgusto semejante falta de armonía, carecer absolutamente de oido poético, ignorar completamente los rudimentos de la música y no saber absolutamente vocalizar.

La flor de los recuerdos

Contra este vicio se ha escrito en México repetidas veces inútilmente por personas de autoridad, como el conde de la Cortina en su periódico "el Zurriago," en "el Imparcial" y en la "Revista mexicana." Y á propósito del conde de la Cortina, como es tan difícil escribir con imparcialidad de los amigos, especialmente de aquellos á quienes si se elogia puede parecer que se espera de ellos alguna recompensa, y si se les critica que se tiene intención de apocar su mérito; y como lo primero pudiera argüir bajeza y lo segundo envidia ó malignidad, tres cosas de las cuales espero que Dios conserve siempre exenta mi dignidad de escritor, me limitaré á decir á V. de él muy pocas palabras. El conde de la Cortina es un literato cuya erudición es tan conocida en Europa como en México; y siendo V. amigo suyo y él individuo de la Academia Española, tengo por inútil detenerme mucho en dar á V. de él noticias que no han de coger á V., de nuevo: así que, mi querido duque, me circunscribiré á dársela á V. de las obras que aquí ha publicado ó de las cuales se ocupa, después de su vuelta de nuestra península.

1.ª El Zurriago: periódico literario, que intituló *antipolítico y pacífico, aunque algo entremetido*, y cuyo carácter *crítico-satírico* no necesita de

esplicacion, puesto que la lleva en los adjetivos con los cuales amplificó y calificó su título el mismo autor. Su crítica aunque severa, no es áspera, sino justa, templada, decorosa y de una gracia y oportunidad notables; su lenguaje, aunque generalmente jocoso, y familiar, es siempre puro, castizo y correcto; y sus artículos pueden servir de modelo á muchos periodistas de por acá, cuyas críticas rayan en diatribas, cuyos juicios suelen aparecer envueltos en inoportunas ó insolentes personalidades, y cuyo lenguaje chocarrero y adulterado mas parece de lavanderas y de lacayos, que de personas de educación y de estudios que, al declararse escritores públicos, pretenden ilustrar y educar á las masas populares.

2.ª Un Diccionario de sinónimos. 3.ª Otro de voces técnicas castellanas de bellas artes. 4.ª Otro diplomático. 5.ª Otro oplonográfico, español, 6.ª Otro de voces técnicas castellanas de geología, geografía y topografía. 7.ª Estudios ideológicos de la lengua castellana. 8.ª Disertaciones sobre el origen y mecanismo de la misma. 9.ª Prontuario cronológico mexicano. 10. Prontuario diplomático consular. 11. Cartilla social. Id. Historial. Id. Moral-militar. 12. Disertaciones sobre los terremotos en la República mexicana. 13. Traducción anotada de la historia de la literatura española, de Bouterwek.

Estos son los títulos de los trabajos literarios del conde de la Cortina: la variedad de las materias por él tratadas prueba su erudición: la mayor escelencia de ellos es la corrección y pureza del lenguaje: el conde de la Cortina es uno de los mejores hablistas de nuestra época. Como poeta es menos conocido que como erudito, porque rara vez publica sus poesías: á pesar de haber cultivado desde su juventud este bello ramo de la literatura. Sus composiciones líricas, ya filosóficas, satíricas ó amatorias, pertenecen al

género clásico, por su gusto y forma. Ahí van dos de ellas en las cuales hallará V. corrección, sencillez, gracia y verdad en la espresion.

LOS RECUERDOS.

¿No te acuerdas, le decia
A su pastora un pastor,
De aquel venturoso dia
En que los dos á porfía
Nos jurábamos amor?

¿Te acuerdas que á tu ventana
Suspendí un ramo de flores,
Que pintó aquella mañana
La naturaleza humana
Con los mas bellos colores?

¿Y tú luego lo llevabas
Sobre tu pecho prendido,
Y ocultarlo procurabas,
Porque por allí pensabas
Que acechaba yo escondido?

¿Te acuerdas que ya vecina
La noche, te llegué á ver
Cerca de nuestra colina,
Junto á la frondosa encina
Que á los dos nos vio nacer?

¿Y que entonces temerosa
De que yo te detuviera

En la noche silenciosa,
Te lanzaste presurosa
A correr por la pradera?

¿Y al punto que en la alquería
Cercana te ibas á entrar
Viendo que yo te seguia,
Hizo la fortuna mia
Que te llegase á alcanzar?

¡Oh¡ ¿No te acuerdas, querida,
De aquel divino momento
En que, á mis ruegos rendida,
Iba á quitarme la vida
El esceso del contento?

¿Y que á pesar del rigor
Que á mis ansias oponía
Tu inocencia y tu temor,
Luchando con el amor
Que en tu casto pecho ardía,

Logré en divino embeleso
Cual ningún mortal gozó,
Dejar en tu boca impreso
Aquel dulcísimo beso,
Que en el cielo resonó?

. . . . . .
. . . . . .

Aun mas iba á recordar
El indiscreto pastor
Si ella no le hace callar;
Que no se han de revelar
Los misterios del amor.

EL DELIRIO.

Pues al placer nos provoca
La libertad del festín,
Deja que llegue mi boca
A esa boca de carmín.
Verás que ningún sabor
En dulzura se asemeja
Al que en el alma nos deja
El beso que da el amor.
Quita esa gasa importuna,
Desnuda ese hermoso pecho,
Que hoy me dan este derecho
El amor y mi fortuna.

Y ningún rubor te cueste
Quitarte ese azul tisú,
De azul que llaman *celeste*
Tal vez por que lo usas tú.

Haz que tu semblante bello
No me ofusque esa guirnalda:
Deja flotar á la espalda

Tu perfumado cabello.

Si tú solo á tí te igualas
Y yo en tí mi placer fundo,
No necesitas de galas,
Tú eres la gala del mundo.

. . . . . .
Esparce en nuestro contorno
Esas flores que aquí ves:
Sirvan al suelo de adorno
Y de alfombra á nuestros piés.

Mira que una sola vida
En el mundo se nos dá,
Y que la deja perdida
Quien sin gozarla se va.

Esta vida es un vergel,
Y el placer es una rosa
Donde el alma se reposa
A embriagarse con su miel.

Y al empezar su camino
Una suerte al hombre toca
Que muy rara vez revoca
El caprichoso destino.

Y éste déspota inclemente
De su poder hace alarde;

Pero teme al que es valiente
Y solo oprime al cobarde.

Son sus armas el temor
Que al débil la muerte inspira;
Sus promesas son mentira,
Solo es cierto su rigor.

Pues burlemos á la suerte
Que en nosotros recayó.
¿Acaso temes la muerte?
¿Acaso la temo yo?

¿Que és morir? Dejar de ser.
¿Que és vivir? Poder gozar.
¿Y qué goce puede haber
Mayor que el goce de amar?

Si promete otros placeres
Lo que llaman la razón,
Inciertos placeres son,
O mas bien son pareceres.

Deja que de esta moral
Se escandalice y asombre
El que condena en el hombre
Todo lo que es natural.

Si en su doctrina de hiel
Es dichoso este censor,

Yo, en mi doctrina de amor
¿Soy menos dichoso que él?

Todo al placer nos convida,
Démonos prisa á vivir,
Y verás como la vida
Se desliza sin sentir.

Esa amorosa ansiedad
Que arder en tus ojos veo,
Apenas es el deseo
Y ya es la felicidad.

Cede pronto de tu ardor
Al agudo llamamiento,
Que es de gran peso un momento
En la balanza de amor.

Bien podrá hacer esta suerte
Que divida con su filo
De tan dulce vida el hilo
La guadaña de la muerte.

Cuando llegue á suceder,
Nunca temeré, querida,
La pérdida de la vida,
Sino la de este placer.

Tal hombre que así hablaba en su delirio,
El tiempo vino al fin á despertar,

Y de los desengaños el martirio
Sintió por sus entrañas penetrar.

En el humilde lecho en que yacía,
Con su trémula mano esto escribió,
Y acaso no escribió cuanto quería
Por que antes el aliento le faltó.

Las frecuentes emociones
Gastan pronto el corazón,
Ahuyentan las ilusiones,
Y ponen á la razón
En lucha con las pasiones.

Entonces la saciedad
Deja al campo sin verdor,
Sin su perfume á la flor,
Sin su brillo á la beldad,
Y sin encanto al amor.

La memoria martiriza;
Lo que se llega á la boca
Es amargo y horroriza,
Y todo cuanto se toca
Se vuelve polvo y ceniza.

Y pasando el desvarío,
Se vé el alma con dolor
En tan horrendo vacío,
Que si el vivir causa hastío,

El morir causa terror.

Ya ve V., mi querido Ángel, que el conde de la Cortina, tiene derecho á ser incluido en el número de los poetas actuales mexicanos, y que no sin razón halla V. su nombre en este lugar.

La flor de los recuerdos

Alejandro Arango y Escandon. Literato estudioso, erudito instruido y poeta moral; sus versos están en general bien construidos, y se distinguen por el espíritu religioso de sus ideas y la moralidad de sus sentimientos. Hé aquí un fragmento de su composición á Gorostiza, publicada en su Corona poética:

No es premio de ambición afortunada
En la maldita fraternal contienda,
Ni comprada con oro está la ofrenda
Que veis en ese altar.
Es premio al alto ingenio concedido:
Es tributo de amor á la memoria
De quien llenara á México de gloria
Que nunca morirá.
Si á la perla de América guardase
Dias el hado de opresión y mengua,
Si por estraña lengua nuestra lengua
Fuese olvidada aquí:
Con los rotos penates en la mano

Atravesara los desiertos mares,
Y orillas del augusto Manzanares
Sentarme á gemir.

Arango y Escandon, siguiendo la corriente del gusto llamado romántico, publicó por los años 40 y 41 leyendas y fantasías, que adolecen de todos los defectos y ostentan todas las bellezas de las producciones de aquella escuela; pero cuya versificación es fácil y armoniosa, cuyos argumentos están desarrollados y conducidos á su fin con orden y lógica, y cuyos pensamientos están emitidos y desenvueltos con claridad. Su buen juicio y sus buenos estudios volvieron á Arango á mejor camino, y hoy puede decirse que pertenece á la escuela clásica. Sírvale á V. de prueba de mi aserción el siguiente soneto, el cual puede decirse que simboliza el carácter, el género de la poesía y las opiniones religiosas, políticas y morales de Arango.

VOLTAIRE.

De rosas coronó la altiva frente;
Y, al deleite sensual abriendo el seno,
Convidó del error con el veneno
En rica taza de metal luciente.

Las santas aras derribó insolente;
Y, á la osada maldad quitado el freno,
El orbe contempló de escombros lleno,
Bañado en risa el labio maldiciente.

Hierros, no libertad; tiniebla densa
En vez de claridad, males prolijos,

Fueron á tanto crimen recompensa.

¡Quiera el cielo que aprendan nuestros hijos
Que ser libre y saber en vano piensa
Quien no tiene en la cruz los ojos fijos!

La flor de los recuerdos

Carpio. Si es difícil escribir de los amigos, mi querido duque, lo es mucho mas indudablemente juzgar á los que se nos muestran hostiles. No puedo hablar á V. hoy de este poeta, porque me dicen que se ha ocupado de la crítica de mis obras; no he leido sus artículos, que supongo dignos, justos y decorosos; pero, de todos modos, no quiero que al detener mi juicio sobre sus poesías, si encuentro en ellas algo acreedor á elogios, ó digno de crítica, crea V., el público, ó el mismo Carpio, que elogio con bajeza y adulación para mitigar el rigor de la suya, ó que critico con saña por espíritu de venganza.

Esta es la primera vez de mi vida que me ocupo de las obras agenas: y como V. ve, mas es para alabar sus excelencias, que para censurar sus defectos. Por estas razones de delicadeza personal escusar á V, que no me atreva á ocuparme de las poesías de Carpio. Carpio goza en México de muy antigua reputación como poeta, y debe merecerla sin duda; porque si bien el favor popular acuerda fácilmente las reputaciones en ciertas circunstancias, rara vez se sostienen estas si no se apoyan en sólidos fundamentos. La de Carpio se sostiene, y yo no ataco jamás la reputación de nadie, ni juzgo por escrito su solidez y merecimiento; el público es quien

la da, y yo la respeto. Una sola observación haré á V. respecto de las poesías de Carpió. Todas las publicadas por él se reducen á un tomito de 102 páginas: de donde yo deduzco que deben de ser muy buenas; porque no siendo ya joven su autor, si son escogidas entre muchas, deben ser las mejores: y si son todas la que ha hecho, no tienen disculpa de ser medianas; porque no puede alegarse en su favor ni la inesperiencia del poeta, ni la rapidez con que han sido escritas, ni la falta de tiempo para meditarlas.

La flor de los recuerdos

José María Esteva. Veracruzano. Esteva tenia tal vez en su genio los dotes necesarios para llegar á ser el poeta mexicano mas popular, y un talento á propósito para haber creado un género de poesía nacional; amor patrio bien entendido, instinto de observación, conocimiento de las costumbres de su país, facultad de versificar, imaginación poética, afición al estudio é ideas avanzadas conformes con la ilustración y adelantos del siglo; con cuyos elementos, una buena educación, una buena posición social, un esterior agradable y simpático y en la flor de su juventud, pudo y debió dar á su país por lo menos la *canción* y la *leyenda* mexicanas; pero México, devorado por las revoluciones y sumido en las tinieblas de la preocupación, ni veia á sus poetas, ni se curaba de la poesía de sus costumbres, y los ensayos de Esteva en este género nacional pasaron desapercibidos ó menospreciados. Esteva, sin haber hecho mas que probar sus fuerzas en él, abandonó la poesía y se entregó á los negocios, echándose, como todos, en brazos de la política. ¡Suerte miserable de todos los hombres de génio en este turbulento país! Se ganan rara vez para sus intereses, porque raro es el hombre de ingenio capaz de hacer grandes negocios: son inútiles para la política estéril y sin principios fijos de una nación que no sabe todavía lo

que quiere, y se pierden para las letras, cerrándose á sí mismos el camino de la gloria.

Esteva publicó en Veracruz en 1850 un tomo de poesías de 300 páginas. En él se aperciben los gérmenes fecundos de su talento, brotando á través de su inesperiencia, de la indecisión de su gusto vacilante todavía, sofocados por el afán de la imitación de nuestra poesía revolucionaria del 33 al 40 cuyas producciones empezaban por entonces á cobrar boga por las Américas Españolas. Las costumbres de las costas Veracruzanas, que tienen tantos puntos de contacto con las de Andalucía, le inspiraron las leyendas y las canciones que dio á luz en los periédicos, bajo el pseudónimo de "el Jarocho" (carácter comparable con el del majo brabucon andaluz.) La lectura de sus romances de V. y de los de Rubí, de los versos de Espronceda, de mis cantos del Trovador y de los desventurados ocho primeros tomos de mis poesías, que han descarriado el ingenio y pervertido el gusto de tantos mozos de talento por estas tierras, le dieron la forma de sus composiciones: de la cual hubiera necesariamente desnudado sus argumentos mas adelante, cuando su buen instinto y la práctica le hubieran hecho adquirir fuerzas para arrojarla de sí, y encontrar para ellos el atavío genuino de su ropaje nacional.

Encontrada una vez esta forma original, se hubiera separado de la costa, terreno estrecho para su genio, se hubiera apoderado de las costumbres de tierra adentro, y sus cantos y sus romances le hubieran conquistado la popularidad que merecían sus creaciones; pero Esteva se detuvo al principio de su camino, y hoy nos tenemos que contentar con los débiles ensayos de sus primeros pasos.

Tales como son, sus romances de costumbres nacionales "El Jarocho,"

"Ñor Ludovico y Quiñones" y "Ñor Gorgoño," encierran bellezas positivas en el género descriptivos Esteva versifica limpiamente: sus periodos son en lo general flexibles y perfectamente redondeados: y algunas de sus letrillas y de sus canciones son modelos de gracia y de ligereza, que no pueden leerse sin que asome á los labios del lector una sonrisa de complacencia. "El arroyo, y la flor" es un juguete primoroso, en el estilo de lo que á Campoamor se le antojó llamar Doloras; todo su libro, en fin, está salpicado de pensamientos y de estrofas de singular frescura, llenos de vida, de carácter y de genio. Si no temiera prolongar demasiado este escrito, le copiaría á V. muchos versos de Esteva, cuya lectura le haría á V. pasar un agradable rato; pero tiene V. que darse por satisfecho con los siguientes, mi querido duque.

EL JAROCHO.

Ya pasado Malibran,
Camino de Medellin,
Del Espartal al confin,
Cabalga en *manco* alazán
Compadre Chico Crispin.

Natural del Novillero,
Tres *mancos* allí tenia;
Seis reses en el potrero:
Gerca de la Nevería
Hace oficio de vaquero.

Calzón de pana ajustado
Hasta media pantorrilla,
Con medios lleva abrochado:

Sombrero de medio lado,
Con espejos la toquilla.

Y un puro con tal esmero
Lleva en su boca el galano
Que, si no es tabaco habano,
Es de las vegas *veguero*,
Pues él no fuma *villano*.

A paso lento camina
En su alazano trotón:
Y á los rayos de Lucina
Que los campos ilumina,
Comienza aquesta canción:

"Churripampli se casa
Con la torera
Y po eso le dicen Churripamplera:

Y ejto ej tan verdá
Como ver á un borrico volá
Por loj elemento;
Churripampli de mij pensamientos
¿Dónde te hayaré?
Y en la ejquina tomando café,
Y en la ejquina tomando café."

"Si juerej á loj toroj
Cuando lo-jaya,
No monte-jen la rúsia

Sino en la baya.

Y si tienej dinero,
Tomaráj el asiento primero,
Con grande ternura;
Y veraj al negrito Ventura,
Con su ejcarapela:
Ese si que la pava la pela:
Ese si que la pava la pela."

Por una choza pasaba
Cuando su canto acabó,
Y al *manco* alazán paró:
Que algo de allí le gustaba,
O alguno allí le llamó.

Al frente de aquella choza,
De su pequeño jardín
Flores cortaba una moza;
Jarochita que destroza
El corazón de Crispin.

Levantada la cabeza
Mostraba al andar serena
Tanto garbo y gentileza,
Que si no fuera morena
Fuera romana belleza.

Súchiles blancos y olientes
Entre su pelo tenia,

Y cocuyos que cojia,
En su cabeza, lucientes,
Con alfileres prendia.

Con su camisa de olan
Y con su celeste enagua,
Se fué acercando al galán
Que montado en su alazán
Tiene por pecho una fragua.

Y el galán que así la vio
Hasta la cerca acercarse,
Con ternura suspiró,
Hizo al sombrero ladearse,
Y así amoroso la habló:

"Oigajté ña Sacramenta,
Le diré ajté mi pasión:
Y si uté ej crijtiana atenta,
Tiene ujté aquí un corason
Que con náa... se amedrenta.

"Soy cojtante en el querer,
Y en el amar dadivoso,
Si ujté no lo quiere crér,
Lo dirá ñor Cinforoso
Que fué el que me lo hizo... ver.
"Mi dinero no dejmembra;
Y si en gajtarlo me pulo,

Pueo darle un cachirulo
Como el que tiene la jembra
Muger de ñor Cleto Angulo.

"Unaj naguaj le daré,
Y una banda de burato,
Y prendaj le compraré,
Que en amar no soy barato
Cuando se me ama... con fé.

"Y iremos á Meellin
Montando uté en güen andante,
Y si hay algún amgulante
Que ofenda allí á ñor Crispin...
Sé manejar mi cortante."

Crispin acabó de hablar:
La moza su rostro esconde,
Y después de suspirar
Con dulce y tierno mirar,
Así el galán le responde:

"Ese amor que uté me jura
No pueo ejcucharlo, no;
Puej que me ama ñor Ventura
Y ejtoy de su amor sigura,
Y soy muy cojtante yo.

"El ej-jombre muy celano:
Tal vej ya pronto vendrá;

Camine alante crijtiano,
Que si noj ve mano á mano
Jablando... se enojará."

—"Querido ángel humanal
De dir no me tengo, no:
Yo soy jombre muy cabal,
Y que venga mi rival
Que aquí verá... quien soy yo."

En esto estaban los dos,
Cuando al oir de Ventura
La seca robusta tos,
Ña Sacramenta se apura
Y el galán le dice: "adioj"

Y luego de mal talante,
Mudando el color Crispin,
Saca el *moruno cortante*
Y... arrienda á su flaco andante
Camino de Medellin.

* * *

FRAGMENTO DE UNA SILVA Á LA MUERTE DE CLARA MIGONI.

¿Qué vale el hombre que feliz gozando,
Lleno su tierno corazón de amores,
Entre vistosas flores

La senda cruce del vivir cantando,
Si en el escaño de la tumba fria,
Sin la ventura ni el amor mundano,
Del corazón inerte se desvia
Esa existencia que guardó lozano,
Alegre, rica, tierna, bulliciosa,
Y á la mansión luctuosa
Entra el joven lo mismo que el anciano?
¿Qué mas da que á los confines de la vida
Llegar triste y cansado ó animoso,
Y en el árbol sombroso
Que cobija la humilde sepultura,
Dejar ¡ay! suspendida
La espada del guerrero fratricida,
El blanco velo de la virgen pura,
La lira del poeta,
El cetro del tirano
O el báculo nudoso del anciano?

¡Ah! pobre humanidad: el hombre nace,
Y en pos de honores, mísero, camina
Y le disfrazan rey, y rey le llaman:
O le cubren con ricas vestiduras
Y le llaman señor. El potentado
Se sueña grande, y en la inmensa altura
A do llevó su vanidad consigo,
Apenas mira al que nació mendigo

¡Ah! pobre humanidad; gallardo el joven
Con vestidos de guerra se atavia,
En su lozana juventud confia,
Y orgulloso y potente
Los peligros del mundo desafia,
Corriendo en pos de su pasión ardiente.

. . . . . .
Riqueza, nombre, gloria, distinciones,
Títulos necios del orgullo humano,
Vestiduras de un dia,
De que en la tumba fría
La humanidad, al encerrarse, muda,
Temerosa y humilde se desnuda.

Todos iguales son tras el sepulcro:
Del nacer al morir hay solo un paso:
Nace el sol y se pone: como el hombre,
Se eleva á su cenit, baja á su ocaso.

LA VIEJA.

Iba Don Juan cierto dia
Con María
Sirviéndole de galán,
Y al lado de la pareja
Una vieja
Que la cuida de Don Juan.

Don Juan la mano tomaba
Y besaba
De la candida María,
Y María suspiraba
Y decia
A Don Juan su ardiente queja.
¿Y la vieja?...

A María le asegura
Con ternura
Don Juan la mano de esposo:
Y abrazando su cintura,
Cariñoso,
Su ardiente amor le bosqueja.
¿Y la vieja?...

Y le miraba María
Y decia
Requiebros mil á su amante,
Y Don Juan le respondía
Que á galante
Atrás ninguno le deja.
¿Y la vieja?...

Llegaron á una casita
Donde habita
Un amigo de Don Juan;
Don Juan al amigo grita,

Y al zaguán
Les abre paso una reja.
¿Y la vieja?...

Una candileja ardia
Noche y dia
En el oscuro zaguán;
Don Juan fingió que caía,
Y el truhán
Apagó la candileja.
¿Y la vieja?...
La vieja no mas decia:
¡Qué malo es este D. Juan!

Me dirá V., mi querido Ángel, que los romances de costumbres veracruzanas de Esteva no son mas que imitación de los romances Andaluces de Rubí, sus letrillas y sus endechas de las de Bretón y de Campoamor, y que sus ensayos son aún incorrectos; pero nadie podrá negar que en ellos se revela un grande instinto de originalidad y un feliz estudio de las costumbres de su pueblo: y es indudable que quien tan bien imitó en su edad primera, habria dado mas tarde con el género de poesía nacional de su país, sinó hubiera nacido en uno perdido por ahora para las musas, y en una época de revolución literaria, en la cual era muy difícil que ningún joven pudiera fijar su gusto por sí mismo, sin rumbo en tal océano de diversos principios y opiniones, mal establecidos aún por tan diferentes escuelas.

Esteva, no sacando de sus versos utilidad ninguna metálica, y sin esperanza de que le procuraran en vida ni estimación ni gloria, abandonó

la poesía y se engolfó en los negocios! ¡Ojalá la fortuna le dé tanta prosperidad en estos, como Dios le dió talento para cultivar aquella.

La flor de los recuerdos

Félix María Escalante. De este jóven, como de todos los poetas mexicanos que me hicieron ó dedicaron versos á mi llegada á la capital de su República, diré muy pocas palabras: porque no parezca que sus versos y mis elogios, son los intereses producidos por el capital de *una compañía de aplausos mútuos*. Escalante es un poeta de corazón y de imaginación, cuyos versos son generalmente llenos y sonoros, cuyos pensamientos no carecen de elevación, cuya inspiración tiende continuamente al entusiasmo. El año pasado de 1856 publicó un tomo de poesías, del cual cito á V. los siguientes cuartetos, tomados de su composición "el Salvage."

¡Oh quién me diera tu vivir salvage!
Yo, como tú, mis flechas afilara,
Y meciera en el viento ese plumage
Con que, cual tú, mi frente coronara.

Tú al murmullo de arroyos trasparentes
Descansas en las grandes soledades:
Tú cantas al bramar de los torrentes,
Y duermes al rodar las tempestades.

Tú no enfrenas tus férvidas pasiones:
Libre es tu amor como en el llano el viento:
Sin conocer poder ni distinciones,
Vives bajo el dosel del firmamento.

Tiendes la vista al despuntar el dia,
Y forma tu placer cuanto hay creado,
El arroyo te brinda su agua fria,
La palmera su fruto sazonado.

Persiguiendo á la corza en su carrera
Con tus flechas la das muerte segura:
Con el oso luchando y la pantera,
Abates con tu esfuerzo su bravura.

Duerme en paz en las grandes soledades,
Goza tu libertad en el desierto:
Ignora lo que pasa en las ciudades,
En ese campo á tu placer abierto.

. . . . . .
Desatados los ráudos torbellinos,
En columnas de polvo desde el suelo
Se levantan, gigantes remolinos
Que tocan en la bóveda del cielo.

Son precursores de feroz tormenta:
Rueda la tempestad en sus regiones,
Y al retumbar del trueno que revienta
Se rasgan los espesos nubarrones.

La noche tiende su impalpable manto,
Retiemblan las montañas escarpadas,
Y las centellas giran con espanto
Y las nubes de fuego están preñadas.

. . . . . .

Y crece mas la furia de los vientos:
Recia la llúvia se desata luego:
Combatiéndose están los elementos,
El viento asolador, el agua, el fuego.

¡Sublime tempestad! de tu fiereza
¿Quién no tiembla? ¿quién burla tu corage?
¿Quién alza desdeñoso su cabeza
En medio de su cólera?—El salvage.

Sí: tú, salvage, el indomable, el fuerte;
Yo admiro tu valor privilegiado,
Si al espantoso aspecto de la muerte
Tranquilo está tu corazon osado.

Y yo te canto; con tu voz potente
Quisiera que mi voz se levantara:
Al saltar en los riscos el torrente,
Al estallar el rayo, no temblara.

Escalante es uno de los jóvenes de esperanza para el porvenir de la poesía mexicana.

La flor de los recuerdos

Casimiro Collado. Aunque español, debe de ser contado como poeta mexicano, por haber vivido desde muy niño en esta República, haber hecho en ella sus estudios y la publicación de todas sus composiciones. Collado se dejó arrastrar también en el principio por el mal gusto de nuestra poesía del 34 al 43, é insertó en "El Apuntador" y otros periódicos muchas poesías líricas y algunas leyendas, (como *tal agravio, tal venganza*, y otras) las cuales pertenecen á la *escuela romántica*; pero volvió á mejor senda posteriormente; y la lectura de Herrera, Rioja y los demás clásicos españoles, le hicieron ganar rápidamente en pureza y corrección. Libre además de los defectos de la pronunciación mexicana, su lenguage es castizo y la medida de sus versos no adolece de la flaqueza y falta de armonía de la mayor parte de los poetas de este país. En todas sus composiciones, antiguas y modernas, se encuentran estrofas notables por su dicción poética, por su versificación armónica y numerosa, y por la perfección clásica de su forma; pero compárense los dos siguientes fragmentos, tomados al azar de la colección impresa y manuscrita de sus versos que tengo á la vista, y se conocerán al momento los dos opuestos géneros de las dos diferentes épocas y escuelas á que pertenecen.

En 1841 escribía Collado estas estrofas, en una fantasía que intitulaba:

ORACIÓN.

¡Vedla allí sobre el rico pavimento,
Bajo el tendido pabellón de grana,
Cómo encomienda al adormido viento
Que levante á los cielos su oración!
Vedla allí como virgen sin mancilla
Sus pestañas pintarse en su megilla,
Al exhalar la lámpara amarilla
Trémula vibración.
Contemplad su contorno que profusas
Borran acaso pasageras sombras,
Cuando tintas fantásticas, confusas
Sobre su rostro destacando van.
Contemplad en su rostro su pureza,
La devoción en su ideal cabeza
Y un misterio de amor y de tristeza
Que sus pupilas revelando están.

Vedla á elevar á Dios el pensamiento
En medio de la noche solitaria,
Y encomendar al adormido viento
Que guarde en sus dobleces su oración.
Contemplad al través de su hermosura
Una idea de tétrica amargura,
Que dicta al labio la plegaria pura
De ardiente devoción!

. . . . . .
¡Vision mundana sin terrenas galas,
Ven tu oración á dividir conmigo;
Ven: que las plumas de tus blancas alas
Me den á un tiempo pabellón y abrigo!
¡Ven á calmar este febril ensueño,
Que está rompiendo mi abrasada sien;
Ven á velar del moribundo el sueño,
Dulce ilusión de mis sentidos, ven!

Ven en las alas del callado viento,
Del harpa en la encantada vibración,
Para acallar mi cruel remordimiento
Con la voz de tu cándida oración.
Ven, y uniré á la tuya mi plegaria
En tierra puesto cabe tí de hinojos:
Dios la oirá en la noche solitaria
Y el triste llanto secará en mis ojos.
Vision mundana sin terrenas galas, &c., &c.

Todo esto es *romántico* de *aquel entónces*: pensamientos vagos, delirios en versos armoniosos y metro afrancesado con el martilleo de sus tres consonantes seguidos, de los que importó Ochoa del otro lado de los Pirineos, introduciéndolos en España en el "Artista" en sus imitaciones de Víctor Hugo:
Esas santas catedrales,
Esas legiones triunfales,
Esos lienzos inmortales

Del Correggio y Rafael,
Serán cenizas que el viento
En remolino violento
Elevará al firmamento
Para dejarlas en él.

¡Qué diferencia de las composiciones de Collado de 1841, á sus odas de 51 y 57! Hé aquí unos fragmentos inéditos de una oda á México:

¡Con qué grandiosa magestad ostenta
De hermosura y poder la doble pompa
Natura aquí, risueña y opulenta!
En breve espacio abarca
De opuestas zonas los distintos climas;
Desde la baja tórrida comarca
Que con lengua salobre el ponto adula,
Hasta la alta región en cuyas cimas,
Escollo á los marinos huracanes,
Coronadas de témpanos de hielo
Llevan hasta las márgenes del cielo
Sus multiformes crestas los volcanes.

De ellos las aguas límpidas descienden
Que en frescas ondas la planicie inundan:
Las fértiles cañadas do se estienden,
Los anchos valles que al pasar fecundan,
Tapizan flores de carmín y gualda,
Praderas de esmeralda,
Mieses de dulce caña ó rúbia espiga,

Las plantas todas que en perenne Mayo
El suelo de los trópicos prodiga.

. . . . . .
En el lóbrego centro de la tierra,
Opresa en muros de luciente roca
La rica vena de metal se encierra,
Que la codicia sórdida provoca.

En vano de sus hilos ramifica
La estensa red del orbe en las entrañas,
Y á resguardarla el tiempo multiplica
De basalto y de pórfido montañas.

Atrevido, tenaz, sediento de oro,
Bárbaro el hombre las taladra ó hiende;
Allí busca el magnífico tesoro,
Y con ávidos ojos le sorprende.

Recorre insomne, escuálido y desnudo
La cóncava estension de aquella tumba,
Que del férreo martillo al golpe rudo
O al ruido de la pólvora retumba.

Salta el peñasco y vuela con estruendo;
El agua por las grietas se destaca,
Y entre humeante vapor, del antro horrendo
La confusión alumbra antorcha opaca.

Ni peligro, ni sueño, ni fatiga
Arredra al hombre, o su codicia doma;
Y aun salir del sepulcro que le abriga
Duda, si el grave techo se desploma.

Así bajo la inmensa pesadumbre
Tal vez perece en congojoso duelo,
Sin que, al morir, la fugitiva lumbre
Hallen sus ojos del radiante cielo.

. . . . . .
De tus vastos confines en lo espeso
Cauteloso deslizase el salvaje:
De su macana al formidable peso,
De su traidora flecha al raudo silbo,
De su alarido al oprobioso ultraje,
Tímidos ya sucumben
Los choznos de los héroes, que á la raza
Bárbara del desierto dominaron
Con la cruz, con la esteva y con la maza.
Sus términos dilata en tus fronteras,
Precedida de estragos, la barbarie:
Los pasos de natura creadora
No endereza solícito el cultivo;
Robusta, triunfadora,
Se propaga la rústica maleza
Donde antes rubia mies y verde olivo;
En donde pueblos hubo, hay aspereza

De escombros sepultados bajo espinas;
Y el áspero nopal torcido crece,
Y el taciturno buho se guarece
Del viejo templo entre las pardas ruinas.
Mientra en las brumas de hiperbórea playa,
El pirata del Norte apresta el lino
De las altivas naos, codicioso
De amarrar á su remo tu destino.

. . . . . .

Vuelve ¡oh México! en tí, que del abismo
Duermes incáuta al resbaloso borde;
No mas del interés y el egoísmo
La envenenada copa se desborde.
El valor, la virtud, el heroísmo
De tu estirpe recuerda, la alta gloria
Con que del tiempo y del olvido triunfa
Su claro nombre en la severa historia.
Nunca, vástago real del tronco hispano,
Tu noble origen ni su ejemplo olvides;
Con ánimo y esfuerzo sobrehumano
El hierro blande en las gloriosas lides;
Y si del hado en el ignoto arcano
Es ley que cedas tras sangrienta lucha
Al número, á la astucia, á la perfidia,
La voz solemne del honor escucha
Y hasta caer en el sepulcro lidia.

. . . . . .

. . . . . .

La flor de los recuerdos

Luis G. Ortiz. No sé como hablar á V. de este joven, uno de los mejores talentos de México: pues estando destinada esta carta á formar parte del único libro que debo publicar en este país, los juicios que hago en ella de sus poetas, tienen que ser conocidos por estos. Ortiz ha dado á luz en 1856 sus poesías en un tomo de 500 páginas; pero ¿cómo juzgar un libro dedicado por el autor á sus padres, en cuatro palabras tiernísimas que le sirven de prólogo? En él dice: "planta que he crecido al abrigo de mis padres, yo les consagro como el perfume de la flor, las primeras inspiraciones de mi mente: como los granos de la espiga, los frutos de mi pobre inteligencia. Obro, padre adorado, madre del alma mia, guiado por el impulso de mi corazón, que me manda pagar á quien todo lo debo, un tributo de amor, de respeto y de veneración. Al aparecer mi libro en el mundo literario, vuestros nombres al frente de sus páginas le servirán de escudo contra la maledicencia, y la crítica perdonará los yerros del poeta en favor de los sentimientos del hijo."

En cuanto á la maledicencia, espero en Dios que jamás se mojará mi pluma en su emponzoñada tinta: por consiguiente Ortiz, como los demás poetas mexicanos, están libres de la mia; por lo que toca á la crítica, tengo

para mí que una razonada y amistosa, que advirtiera fraternal y decorosamente á Ortiz los defectos de sus composiciones, haria de él un buen poeta; pero en verdad que no seré yo quien me empeñe en buscar flores silvestres, ó mal abiertas todavía, ó marchitas ya, en el ramillete sencillo ofrecido á sus padres por su cariño filial. No: yo temo que las observaciones de mi crítica marchiten alguna de estas flores, cuyo olor está destinado á ser ornato de su hogar doméstico y á perfumar los corazones amantes de sus padres, ya sean fragantes azucenas, ó margaritas inodoras, orgullosas camelias ó violetas humildes: no, las espinas que yo encontrara en ellas, punzarían mi corazón. Ademas, Ortiz me ha dirigido en un convite cuatro bellas estrofas que insertó en su tomo de poesías, y yo me he propuesto hablar muy someramente de las obras de los que elogian las mias ó las miran á lo menos con ojos benignos; pero para que no piense V., mi querido duque, que Ortiz es un niño, cuyas gracias no lo son mas que para sus padres, voy á escribir á V. cuatro líneas sobre sus poesías.

Las de Ortiz abrazan dos géneros muy distintos: las unas en el gusto de la escuela clásica y el género pastoril, son buenas; las otras que tienden al gusto moderno de la escuela llamada romántica, como sus leyendas "Luz" El Adivino, &c., son medianas.

Su sano instinto le ha hecho comprender que Garcilaso, Rioja y Melendez eran mejores maestros que Espronceda y que Víctor-Hugo, y el estudio de los primeros ha escitado en él una inspiración fresca, graciosa, juvenil y pura, al paso que la lectura de los poetas románticos no le ha inspirado mas que copias descoloridas de obras deformes, en versos limpios y sonoros, porque los de Ortiz son generalmente buenos. Ejemplo de su género romántico.

Hubo un tiempo mejor, cuando corría
Mas activa la sangre por mis venas,
En que el mundo á mis ojos se estendia
Cual fuente de placer y ondas serenas,
En cuyo borde la ilusión fingía
Entre mirtos y rosas, y azucenas
Vírgenes de alba tez y castas frentes,
Bellas como las ninfas de las fuentes.

. . . . . .

Y en medio de mis sueños de ventura,
Y en medio de ese edén de frescas flores,
Una doncella vi cándida y pura,
Objeto primordial de mis amores.
Yo la adoré: con infantil ternura
La revelé mis íntimos ardores,
Y ella á través de su virgíneo velo
Me hizo ver en la tierra todo un cielo.

Era un ángel de amor: ensortijado,
Blondo el cabello por su blanca espalda
Vagaroso bajaba y perfumado;
Su sien ceñía virginal guirnalda,
Era de nieve el seno delicado:
Sus formas ocultaba leve falda,
Que el céfiro amoroso estremecía,
Y entre sus pliegues con amor gemia.

Pasagera ilusión, sueño dichoso,
Cuyo recuerdo el corazón adora
Y avaro guarda con afán penoso
Y el alma triste sin descanso llora.
Todo fué de la noche sueño hermoso
Que se disipa al despuntar la aurora:
Solo fué realidad la horrible pena
Que de mi ser las horas envenena.

Bello fantasma del placer perdido,
Fantasma seductor ¿por qué resbalas
Por mi triste aposento, y suspendido
Sobre mi lecho, tus brillantes alas
Ciernes sobre mi frente y un gemido
Del blanco seno pesaroso exhalas,
Si cuando voy á consolar tus quejas
Huyes, te sigo, y sin rumor te alejas?

Mas de la mitad de las composiciones que forman su tomo, son de este género, con mas ó menos incorrecciones, hijas de la inesperiencia y con todos los defectos de la escuela á que pertenecen; pero en cambio la otra mitad está llena de las bellezas de forma, de dicción y de armonía, propias de las producciones del gusto clásico (ya que nos entendemos con estas palabras calificadoras de ambos estilos.) Vea V. unas sestinas de la composición que intitula: "Celo."

No la cantéis, gilgeros:
Brisas, no la toquéis: sol, no la alumbres;
Y vosotros luceros

No os elevéis tampoco de las cumbres,
Llevad vuestras antorchas y fulgores
A alumbrar otro suelo, otros amores.

¿No tengo de sus ojos
La suave luz, y el ámbar y el aroma
De esos sus labios rojos,
Y arrullos con su acento de paloma
Y delicias y amor con su presencia
Que es el divino sol de mi existencia?

Dejadnos nuestros sueños,
Sueños de amor, tiernísimos delirios,
En que vemos risueños
Cielos de oro y zafir, campos de lirios,
Aves, fuentes y luz, un paraíso
Donde la suerte colocarnos quiso.

SONETOS

* * *

A SU RETRATO.

Esta es tu imagen, celestial y pura:
Al través de mis lágrimas la veo,
Y cuanto mas en ella me recreo
Mas siente el corazón su desventura.

Al contemplar tu lánguida hermosura
Ver tu sonrisa enamorado creo,

Pienso escuchar tu voz, ¡vano deseo!
Oscurece tu faz triste amargura!

¡Pobres flores de amor! se marchitaron,
Y han quedado tan solo los abrojos
Que el triste corazón despedazaron;

Y me queda tan solo por despojos,
Tu imagen que los años no borraron
Ni el triste llanto de mis tristes ojos.

ESPERANZA DIVINA.

Cruza un desierto el triste peregrino
Entre el aura estival que lo sofoca;
Busca una fuente, un sauce, alguna roca,
Y solo oye rugir el torbellino...

¡Le amenaza la muerte! en su camino
El sol lo rinde, y su sedienta boca,
Al Dios que adora en su oración invoca,
Y sigue resignado su destino.

De la Santa Ciudad al fin descubre:
Alguna triste y destrozada almena,
Y animada su fé rápido avanza.

Así mi negro porvenir se encubre:
Mas muerte y religión calman mi pena,
Porque al seno de Dios va mi esperanza.

A UNA FUENTE.

Plácida corre, sonorosa fuente,
Bañando amante la feraz campiña,
Y retraten tus linfas de la viña
El dulce fruto y el verdor luciente.

Festiva en tus orillas apacente
Blancas ovejas, mi preciosa niña.
Y el bello Abril con amaranto ciña
Los arbustos que besa tu corriente.

Y si Elmira al murmullo de tus ondas
Se aduerme al pié del abedul frondoso
Pronunciando mi nombre, no respondas,

Repite solo mi cantar penoso:
Y si refresca en ti sus trenzas blondas,
Guárdame en tu cristal su rostro hermoso.

LAS GOLONDRINAS.

Salud, salud, alígeras viageras,
Amantes tiernas del Abril florido,
Que cruzáis sobre el lago adormecido
De la estación de amores mensageras.

No abandonéis, ¡oh amigas! las riberas
Que cuando niño recorrí embebido;
Suspended en mi techo vuestro nido,
Y amorosas cantad, aves parleras.

Cantad, cantad entre las bellas flores
Que coronan sencillas mi ventana,
Y me haréis olvidar de mis dolores.

Arrulladme en mi lecho en la mañana
Mientras sueño con Laura y sus amores,
Dulces amores de mi edad temprana.

* * *

No mas con los diamantes de Golconda
Ni las perlas de Ofir, ciñas tu frente,
Ni de Italia la gasa trasparente
Quieras que el cuello angelical te esconda.

¿Qué ha menester tu cabellera blonda
Que en hilos de oro desparció el ambiente,
Ni la luz de sus ojos, mas ardiente
Que el sol que nace iluminando el onda?

Deja esas joyas, que á tu faz divina
¡Cuanto mas sientan los claveles rojos
Ceñidos en tu frente alabastrina!

Que ante tu luz, aunque les cáuse enojos,
Son los diamantes, Leila peregrina,
Solo destellos de tus lindos ojos.

Me parecen hartas citas de Ortiz para que comprenda V., mi buen duque, su talento, y el género y valor de sus poesías. En un solo defecto de

ellas me pararé un momento, porque solo mis correcciones pueden librar de él á su joven autor. Ortiz cae continuamente en el error de imitarme, ya porque me tome á sabiendas por modelo, ya porque llevado de la preferencia que dé en su juicio á mis obras, las imite sin apercibirse de ello. Desdichadamente para mí y para mis imitadores, mis obras deben su reputación y la boga que han adquirido entre el vulgo, no á su mérito positivo, sino al favor de la fortuna loca, á la época revuelta y descarriada en la cual empecé á darlas á luz, y á la asiduidad y rapidez con que las produje en mis primeros años. El oropel del ropage con el cual están vestidas, es tan débil y falso como brillante, y no puede ser tomado para vestir otras: porque al querer arrancarle de las mias se desgarra por su propia fragilidad. Ortiz se ha dejado seducir por el sonsonete, muchas veces vacío de sentido, y por la palabrería sonora de mis orientales y de mis serenatas, composiciones que generalmente no son mas que música celestial y es lástima que poetas como él, que tienen talento propio, imiten á nadie mas que á los grandes maestros clásicos.

El placer que me ha procurado el examen de las poesías de Ortiz, me ha hecho cobrarle cariño y estimación: y le hago aquí esta advertencia, porque sentiría verle algún día confundido entre los muchos poetastros, que parodian las obras agenas sin comprenderlas, y después de haber echado á perder un género cualquiera de composición, se quedan tan satisfechos creyendo que ellos le inventaron, ó le mejoraron cuando menos. Ortiz es un ingenio valioso por sí mismo que no necesita de valor prestado: y cuando pierda las ilusiones juveniles, cuando se familiarice con los buenos estudios y con las dificultades de la práctica, puede llegar á ser uno de los primeros poetas mexicanos. Por desgracia sus versos cuanto mejores sean,

no lograrán probablemente mas recompensa que el aprecio de algunos pocos de sus compatriotas conocedores y entusiastas por la gloria de su país, y el elogio estéril de algún estrangero de buena fé, que como yo se complazca en animar á la juventud al cultivo de las bellas letras.

La flor de los recuerdos

Marcos Arróniz. Joven apasionado, entusiasta y melancólico, cuya historia y la de su poesía se encierran en la siguiente octava que Ortiz le dirige en una de sus composiciones.

Tú que has llorado la ilusión perdida,
Tú que de una muger frágil formaste
Una deidad, á cuyos pies rendida
Pusiste el alma, y con amor quemaste
Incienso puro, y que tu edad florida
Ante su bello altar sacrificaste,
Y que al ceñir tu sien con tu guirnalda
Ingrata y falsa te volvió la espalda.

Arróniz consagra toda su poesía á un recuerdo triste, torcedor eterno de su memoria, á un sentimiento enamorado morador eterno de su corazón. Sus versos, como suspiros de una pasión tan verdadera como desgraciada, participan del desarreglo de sus pensamientos ya tiernos, ya melancólicos, ya desesperados, siendo á veces incorrectos, á veces robustos y armoniosos, á veces duros é incisivos, como su idea del momento se los inspira. Yo debí de escribir el prólogo de un volumen que de ellos pensó

publicar; pero las revoluciones políticas y el aislamiento en que yo vivo en el campo, nos separaron: el manuscrito de su volumen no llegó á mis manos, y no conociendo yo todas sus producciones, y considerándome en la obligación de escribir mas detenidamente sobre ellas, me abstengo de formular mas razonadamente mi juicio hasta mejor ocasión.

La flor de los recuerdos

Francisco Gonzalez Bocanegra. Autor de un drama caballeresco, intitulado: *Vasco Núñez de Balboa* y de varias composiciones líricas, que aun no han sido reunidas en colección. Las mas notables son un *himno nacional, el Bautismo de mi hija*, y *juventud*, escritas con sentimiento y filosofía, en versos bien construidos. Su *Vasco Núñez* es un drama que pertenece á la escuela moderna, vaciado en el molde de los de García Gutierrez y de mis dramas históricos: su plan está bien combinado, pero conducido á su fin con demasiada lentitud, á causa de la versificación mas lírica que dramática que entorpece sus diálogos; sus personages se entretienen continuamente en monólogos y trozos de versos demasiado largos, que solo pueden tolerarse en una versificación excelente, declamada por excelentes actores y escuchada por un público literato.

A Bocanegra me arriesgo á aconsejarle lo mismo que á Ortiz, que huya cuanto pueda de imitar mis escritos. Garcia Gutiérrez y yo somos escesivamente andaluces en nuestros dramas históricos y caballerescos, y mi *rey Don Pedro*, mi *Sancho García* y mi *Don Juan Tenorio* dicen votos, juramentos y baladronadas inútiles á cada paso, en versos campanudos y rimbombantes que alucinan al vulgo, pero que dan á aquellos personages

un aire de perdona-vidas que hace sonreir á los espectadores sensatos. De este defecto adolece el Drama de Bocanegra: yo me creo en la obligación de advertírselo, porque he sido el introductor de este mal gusto en la escena española, y me pesa de ello. Hoy que viene el caso lo confieso y me lo echo en cara, porque esta confesión puede redundar en provecho de la juventud que se dedica á la poesía dramática: y lo hago además de mi propia voluntad y de buena fé, porque el verdadero valor y la verdadera dignidad de carácter, no consisten en sostener ciega y tenazmente nuestros errores, sino en reconocerlos oportunamente y en confesarlos con sinceridad.

La flor de los recuerdos

Pantaleon Tovar. Periodista y poeta dramático. H a dado al teatro varios dramas originales, en verso, de costumbres sociales modernas; en cada uno de ellos pretende esponer y corregir algún vicio de los que corroen nuestra sociedad, y en todos es la protagonista una muger de virtud heroica que se sacrifica por algún sentimiento noble. El mayor mérito de los dramas de Tovar consiste que no pertenecen precisamente á un género determinado, ni imita en ellos servilmente á ningún autor; procura estudiar los caracteres de sus personages en la misma sociedad, los pinta como los vé y los concibe, y los hace hablar como mas conveniente le parece.

Su versificación es floja y descuidada, pero la falta de riqueza y de fuerza en su espresion, está suplida por Tovar con la verdad y el valor de las situaciones, y con la concisión brusca de sus palabras, que espresan claramente sus ideas un tanto atrevidas é innovadoras. La circunstancia mas recomendable de Tovar y de los pocos poetas dramáticos de este país, es la fé heroica con que presentan sus obras en la escena sin esperanza de recompensa de ninguna especie: porque además de que rara vez producen estas á sus autores mas que una cantidad miserable y algunas humillaciones, está siempre espuesto su mérito á ser juzgado por razones

completamente estrañas á su valor literario: como las opiniones políticas del autor, sus antecedentes sociales, la mayor ó menor simpatía del público por las empresas ó los actores, la competencia de dos teatros y otras mil causas semejantes. Agregue V. á esto que no habiendo en México casas abiertas á diaria sociedad, es decir, familias que tengan costumbre de dar periódicamente convites, saraos y conciertos como en nuestras capitales, y siendo los únicos puntos de reunión un paseo y el teatro, el público que asiste á éste va á él mas dispuesto á ocuparse de la sociedad que del espectáculo; de modo que puede asegurarse que de quinientas personas que formen el público, las trescientas cincuenta salen del coliseo sin saber lo que en él se acaba de representar: y sin embargo, este público no sufre apenas tres representaciones de ninguna obra, como no sea de la Pata de cabra ó de mi Don Juan Tenorio: obras cuyos escéntricos desatinos divierten á la multitud; así es quedas empresas, que no sacan gran producto de obras que apenas pueden repetirse tres ó cuatro veces en el año cómico, no pueden tampoco emplear gran capital en el pago de sus manuscritos.

Mas: no hay editor que se ocupe de reunir un repertorio de las obras escénicas de los poetas mexicanos: por consiguiente estas obras son desconocidas para el público de la capital que no va al teatro, y para el de los Estados y poblaciones en donde no le hay: por lo cual estas obras no adquieren reputación y no trae ventaja á sus autores imprimirlas por su cuenta; Tovar que imprimió la suya, *Una deshonra sublime*, vendió de ella 17 ejemplares, á pesar de haber sido recibida con aplauso en su representación. Bajo estas condiciones dan al teatro sus obras los poetas dramáticos con la fé sublime de los mártires, pero sin la esperanza

consoladora de ganar con ella el paraíso de una reputación en su país. Las obras dramáticas de Tovar, son: "La Catedral de México.—Los hijos de H. Cortés.—Una deshonra sublime.—¿Y para qué?—y La gloria del dolor." Pero siendo Tovar amigo mio, y habiéndome dedicado algunos versos, me abstengo de analizar mas detenidamente sus obras, y de añadir algunos elogios que merecerían de mi pluma.

La flor de los recuerdos

Florencio María Del Castillo. Novelista del género de Balzac; sus escritos son de agradabilísima lectura, porque los argumentos de sus novelas, impregnados de amor y de sentimiento, están desarrollados con una delicadeza que enamora, y saturados de fantástica poesía. Amigo de analizar los sentimientos y las pasiones del corazón humano, filosofa y moraliza sobre ellos con una estension y detenimiento que no cansan, y sus digresiones y razonamientos contribuyen á dar gran claridad á la esplanacion de sus teorías analizadoras y de sus concepciones fantásticas y espirituales.

Los caracteres de sus amantes están suave y delicadamente delineados; especialmente los de sus mugeres, cuyos retratos se complace en acabar y pulir con la paciencia y perfección de un miniaturista. Su lenguage es claro y sencillo, aunque no siempre correcto; pero el estilo, la dicción y la forma de sus novelas llevan ese no se qué que caracteriza las obras del talento con su sello particular. La mejor novela de Castillo es su "Hermana de los ángeles," en la cual están hechas con el escalpel de un anatómico, la disección y separación del amor espiritual y de la pasión carnal: aquel amor puro, sublime, íntimo, emanación de la Divinidad, dote esclusivo del alma

humana, y de aquel apetito grosero, instinto animal, atracción material de un sepo hacia el otro, que viven al par en el corazón del hombre: disección y separación hechas por Castillo con la destreza de un hábil operador, limpia y castamente, sin que pueda el pudor ofenderse de presenciar tan difícil operación. Desgraciadamente para Castillo el género de Balzac, como el de Hoffman, está espuesto á ser poco comprendido por la generalidad de los lectores: y los partidarios de la moderna escuela pueden encontrar bello, nuevo, poético y sublime, lo que los de la escuela antigua pueden tener por estravagante y absurdo; pero de todos modos Castillo está en camino de llegar á ser una especialidad literaria, que será doloroso que se ahogue en el mar revuelto de la política.

La flor de los recuerdos

Juan Díaz Covarrubias. Este joven acaba de dar á luz un tomito de poesías, las cuales no analizo porque me ha hecho el honor de dedicarme su publicación en una carta-prólogo conque la encabeza. Algún periódico, quisquillosamente patriota, le ha echado en cara el habérsela dedicado á un *gachupín* y no á un mexicano: positivamente la ofrenda de Covarrubias hubiera estado mejor hecha á un ingenio mexicano; pero seguramente no hubiera sido mejor agradecida que por un español. Covarrubias es todavía muy joven; su rica y exaltada imaginación, sus ilusiones vírgenes y sus esperanzas juveniles, inclinan su gusto hacia la escuela romántica: nadie puede forzar al tiempo, ni pensar en su juventud como en su edad madura; el tiempo y la esperiencia conducirán á mejor camino el talento de Covarrubias, cuya fé en el porvenir es inmensa y cuya constancia en el estudio es tenaz é inalterable; y con fé y constancia se logra todo. Covarrubias es una de las plantas de buena esperanza del vergel literario mexicano; siento que el sistema que me he propuesto seguir en esta obra, no me permita hablar mas detenidamente de él y de las suyas; pero aprovecharé la oportunidad de hablar á V. de su padre Don José de Jesús Diaz, á quien olvidé contar en el número de los poetas muertos después de

la independencia.

La flor de los recuerdos

Díaz. Diputado á varias legislaturas de Veracruz y secretario del gobierno de aquel Estado, comenzó á publicar sus versos en aquella ciudad. La mayor parte de sus composiciones pertenecen al gusto clásico, y revelan el estudio de nuestros buenos poetas: la lectura de sus romances histéricos de V. le inspiró posteriormente sus romances y leyendas sobre argumentos nacionales y patrióticos, dotados de notables bellezas en el género descriptivo, y algunos cuadros de costumbres trazados con mano firme.

Las poesías de Diaz son ricas de verdad y de sentimiento, porque se inspiró en el estudio de la naturaleza y del corazón humano; pero su versificación es en general incorrecta y falta de armonía, por dejarse llevar de la pronunciación viciosa y de la mala prosodia mexicana. La impresión de sus poesías ha sido dos veces interrumpida por las revueltas políticas, y parece sujeta á la influencia adversa de una fatalidad: pues hasta un periódico político jalapeño que comenzó á publicarlas en su folletín, murió á los pocos meses de su existencia sin haberlas podido concluir. Diaz, buen ciudadano y empleado íntegro, conservando hasta el fin su carácter dulce, moderado y religioso, víctima de las persecuciones políticas de partido, que le obligaron á abandonar el Estado de Veracruz, murió pobre, pero

estimado, en Puebla en 1845. Sus hijos me honran con su amistad, y yo me complazco en hallar una ocasión de pagar mi justo tributo al talento y la virtud del padre, consagrando estas breves líneas á su memoria.

La flor de los recuerdos

Guillermo Prieto. El poeta mexicano de mas inspiración y de vuelo mas vigoroso en los arranques de su genio poético. Inculto, incorrecto, desaliñado: á veces sublime, á veces rastrero: remontándose á veces como el águila, rasando á veces el polvo como la golondrina: sin paciencia para llevar á cabo obras de largo aliento, desparramando sobre el papel sus pensamientos sin curarse de sus palabras, sin corregir jamás sus manuscritos, siembra en todas sus composiciones bellezas de primer orden, entre faltas de lenguage, de versificación y de ortografía. Amante sincero de su patria, apegado con delicia á sus costumbres, adorador entusiasta de sus tipos nacionales, ha elegido mil veces los argumentos de sus cantares en los caracteres y costumbres del bajo pueblo, revistiéndolos con una poesía fresca, espontánea, bulliciosa, desordenada, como el carácter de su nación, y como la inspiración excéntrica y el genio medio salvage con que los canta. Los defectos de las poesías de Prieto las son necesariamente inherentes: y son escusables en él, en razón de la manera y la situación que se las han hecho producir; porque Prieto, obligado á sacar de su talento el mayor partido posible para acudir á su subsistencia, ha brotado sus escritos en las agonías de la escasez, ó en la lobreguez prosaica de una oficina, ó con la

premura de llenar con ellos las columnas de un periódico, para satisfacer las exigencias de su impresor ó de sus suscritores; así es que su pluma se ha ensayado en todos los géneros de cortas dimensiones, según las urgencias del momento; á pesar de lo cual, no hay una sola de sus poesías en las cuales su genio no se revele de repente, en algunas estrofas notables ó excelentes por su invención, por su originalidad, por su inspiración ó por su sentimiento. Así dice en una canción de su María.

Era purísima nube
Que del aura al suave halago
Sale del límpido lago
Y reluce con el sol;
Del desierto de mi vida
Era sombreadora palma:
Era el ídolo de mi alma,
Era mi primer amor.

Era un sueño realizado
Que formó el anhelo mió;
Bañaba como un rocío
De júbilo el corazón.
Era una aurora de dicha
Tras noches mil de tormento:
Era mi primer contento,
Era mi primer amor.

Dios, de mi orfandad doliente
Miró el luto, sintió el duelo,
Y un arcángel de su cielo

En tí, adorada, me envió!
Era el astro que alumbraba
Mi mezquina inteligencia:
Era el sol de mi existencia,
Era mi primer amor.

Como dos aves cruzamos
Del mar del mundo el desierto:
Un faro brilla en el puerto:
Le enciende la religión.
Cuando muera, á vuestra madre,
Hijos, mirad con ternura:
Porque es mi bien, mi ventura:
Porque es mi primer amor.

Recordad á vuestro padre
Que con llanto de contento,
Con vuestro primer aliento
Delicias mil respiró;
Y si amaren mi memoria
Que te miren, ¡vida mia!
Diciendo: "era su María,"
Era su primer amor.

El corazón de Prieto, abierto siempre á todos los sentimientos tiernos y encerrado en un cuerpo notablemente nervioso, se afecta profundamente como la sensitiva con las mas ligeras impresiones esteriores: una despedida, una fausta noticia repentina, un espectáculo inesperado, una música

brillante, un dicho oportuno é ingenioso, arrancan aplausos de sus manos y lágrimas de sus ojos: lo cual le pone en ridículo á los de los tontos, pero avalora la virgen sensibilidad de su alma á los de los que, saturados de las amarguras y desengaños de la vida, envidiamos la candidez infantil que conservan algunos corazones á través del tiempo y de la desgracia. Prieto escribe con una ingenuidad espontánea las ideas que le ocurren, en el lenguage que le parece mas cercano de la verdad, y dice generalmente las cosas como las siente: y ya sabe V. que los poetas de inspiración sienten siempre lo que dicen en el momento que lo dicen, aunque hablen contra sus mismas opiniones: porque su inspiración coloca su alma en la situación que requiere el asunto que les inspira; y esta flexibilidad es lo que constituye la originalidad de los verdaderos poetas, y Prieto es uno. En el *Museo mexicano* escribió bajo el pseudónimo de fidel artículos de costumbres, de viajes, de crítica y de historia, y algunas leyendas, en una prosa incorrecta, es verdad, pero llena de ligereza, sentimiento y picante verbosidad. Adherido al partido liberal, ha tenido que pasar por todas las vicisitudes políticas del pais, ya desterrado, ya en el poder, ya aplaudido, ya vituperado, ya en la pobreza, ya en la holgura. Su talento y la popularidad que con él conquistó, le han elevado á un ministerio desde la oscuridad de una oficina; pero ni el favor de la fortuna, ni los cambios de su posición social, han podido cambiar ni su genio ni su individuo. Enemigo de toda especie de etiqueta y de ceremonia, trata los mas arduos negocios con la misma llaneza y volubilidad, con que escribe sus versos y conversa con sus amigos.

Este carácter de Prieto ha valido á sus obras literarias, á sus acciones políticas y á su conducta social, críticas agrias, sátiras burlescas é invectivas

de todas especies por parte de sus enemigos ó sus detractores, lo cual le ha atraido asimismo elogios exagerados y partidarios acérrimos; prueba infalible de que tiene positivo talento y verdadero mérito, porque los tontos jamas llegan á tener detractores ni apasionados, y solo se habla muy mal de quien se envidia mucho bien. Prieto no ha reunido todavía sus obras en colección, y es preciso para conocerlas andarlas buscando por los periódicos y las librerías en donde se dieron á luz; pero es acaso el poeta mas popular, y en mi juicio el que mas merece el nombre de tal. Si sus obras le hubieran podido procurar una posición independiente, como á nosotros en Europa, á estas horas admiraríamos la fecundidad y la corrección de Prieto, que hubiera ido ganando en perfección, conforme hubiera visto crecer la utilidad y reputación de sus escritos; pero la mayor parte de sus obras son de *pane lucrando*, y obligado como todos á engolfarse en el piélago de la política y de los negocios, no ha tenido tiempo, ó valor y tenacidad para emprender una obra de dimensiones, digna de su genio y de su reputación. Prieto merece ser considerado como el primer poeta mexicano: porque además de que las composiciones hechas por él en calma y por inspiración libre, sin necesidad de ganar con ellas ó llenar con sus versos las columnas de algún periódico, son de lo mejor que se ha escrito en la República, es el poeta de mas aspiraciones nacionales, y el que canta la hermosura, la gloria y las costumbres de su patria con mas entusiasmo y con mas verdad.

Es lástima que en algunas de sus composiciones se ensañe contra nuestra nación, por halagar las opiniones del vulgo, y que se rebaje á brindar y hacer discursos en los festines populares, pagándose tal vez de los aplausos de la multitud y de una popularidad tan pasagera, acordada la

mayor parte de las veces por un auditorio iliterato é incompetente. El verdadero talento no debe nunca vulgarizarse: el verdadero genio avasalla siempre á su siglo, y cuando el suyo no le comprende ó no le hace justicia, la posteridad le vindica siempre. El sistema que me he propuesto seguir, y los cortos límites en los cuales debo encerrarme, me imposibilitan para hacer un juicio detenido de Prieto y de sus escritos: porque creo en conciencia que merecen ser conocidos de todos los aficionados á las bellas letras; pero habiendo Prieto saludado mi llegada á esta República en una bella poesía, que no cito aquí, no por modestia, sino porque ya la ha visto V. en los periódicos, mi querido duque, se encuentra Prieto en el mismo caso que otros de cuyas obras he suprimido á V. el análisis. Mas adelante, y cuando ya esté fuera de la República, espero tener ocasión de probar á Prieto y á estos otros, que mi cualidad de español no puede impedirme jamás el reconocer, admirar y hacer justicia á su talento.

He aquí dos muestras de las poesías de Prieto.

EL TÚNICO Y EL ZAGALEJO.

La del cabello encrespado,
La de delgada cintura,
La de sagaz travesura
En el mirar seductor...

La linda china poblana,
Mas linda que las estrellas,
¿Quién quitó á sus formas bellas
El insurgente castor?

¿Quién la pérfida camisa
Que con descote alarmante

Era el cielo del amante
Y era anuncio del calor?

¿Por qué en estrecho corpino
Tu libre talle se encierra?
¿Quién, sacrílego, destierra
Las enaguas de castor?

Era un bello firmamento
De lentejuela de plata,
Era el manto de escarlata
De las reinas del amor...

Era la china garbosa
La linda china Poblana
Sobre la nube de grana
De su enagua de castor.

¿Quién es esa mustia chica?
¿Es vestido ó es sotana?
¿Es corpino, ó es aduana
Esa parte superior?

¡Maldita moda, maldita!
Rompan el corpiño, chinas,
Les va á dar unas anginas;
Venga el hermoso castor.

Use el túnico gazmoño
Sedentaria costurera...

O cuidadosa severa
De zeloso solterón...

Use el túnico el gran tono
Todo flaquezas y huesos,
Y revivan los traviesos
Zagalejos de castor.

Por Dios ¿quién sufre un embudo
De lienzo? ¡una linda china
A quien el cielo destina
Al aire libre, al amor!

Esa cárcel de mangote
Que sirva á la aristocracia;
Pero á las chinas la gracia
Y la enagua de castor.

Ondas de púrpura ardiente
Los zagalejos formaban:
Con los vaivenes brillaban
Como la mar con el sol.

Hoy tétrica muselina
Echó al piececito un velo.
¡Por Dios! que nos dé consuelo
El regreso del castor.

En buena hora los telones
Para la pata estranjera,

Y una lancha cañonera
Para cada pié invasor...

Mas que bañe la luz pura
Los encantos soberanos
De los piecitos poblanos
Por la enagua de castor.

¡Qué linda era una garganta
De contornos celestiales
Entre perlas y corales...
Proclamando insurrección!

¿Por qué un rostro peregrino
Sobre un saco penitente?
Vístase como la gente
Con la enagua de castor.

¿Y quién se arriesga á un jarabe,
Franco, resuelto, exabruto,
Con un acólito enjuto
De peineta y pañuelon?

¿Quién admira un zapatéo
Oculto entre bastidores?
¡Muera el túnico, señores!
¡Viva el garboso castor!

Quitad al cielo las nubes
Y á la mar su blanca espuma,

Quitad al ave la pluma
Y al sol su rico esplendor...

Mas si queréis que no emigre
Al Japón ó á Palestina,
Que vuelva la hermosa china
A su enagua de castor.

Túnico á las forliponas
Que hasta su instinto contienen,
Y en el baile van y vienen...
Y andan de órden superior.

La china toda es franqueza,
No es de bretañas archivo,
Que luce lo positivo:
Vuelva el querido castor.

¿Quién diablo sufre esas caras
Como en un confesonario
Dentro un gorro estrafalario
Con paredes de cartón?

¿Quién sufre esas tiesas golas
Que son hoy de moda artículo,
Y el miriñac y el ridículo?...
No, no, que vuelva el castor.

Vuelva el castor y el jaleo,
Que es de placeres tesoro,

La banda de flecos de oro
Y el dengue alborotador...

Y al rasgar la jaranita
Sus canciones subversivas,
Pueblen el aire mil vivas
Por el triunfo del castor.

* * *

ORGULLO Y MISERIA.

¡Paso!... se lanza en ráudo remolino
De huracán y de llama
Mi espíritu inmortal: el ser divino
Que mi existencia inflama!
Como un sol reverbera el pensamiento,
Y tiende su ala, y mi existir sublima,
Y grita audaz: "el universo es mio"
Imperando soberbio en el vacío!!
¡Divina esencia! el universo inmenso
Con su corona de astros inmortales,
Es burbuja invisible concebida
Del poder del Eterno en los raudales,
En su infinito manantial de vida.

¿Dó está su valladar? el ancho cielo
Que en urna de cristal guarda la tierra,
Es el grosero velo

Que oculta astros sin fin, mundos sin cuento:
Que en torrentes de luz y de armonía,
Que en sublime concento,
Que en sempiterno dia
Borran nuestro esplendente firmamento,
Que último esfuerzo del poder divino
Creyó la fantasía...

Así inundado en mágica grandeza
¿Hay algo mas allá? gritó el orgullo
Levantando altanero su cabeza,
Y otro horizonte rompe su capullo,
Y otros cielos sin fin, y ardientes soles
A la vista abismada reverberan;
Y como depositan en la playa
Las olas sus arenas á millares,
Así despide el foco de la vida
Radiantes luminares,
Nidos de inteligentes criaturas
Que prorrumpen en cánticos de gloria
Al Dios de las alturas!!

¿Hay algo mas allá? y en torbellino
De nuevos seres se confunde el alma,
Como débil sonido
Entre fragor de tempestad perdido:
Como el átomo errante
Al resoplar el huracán pujante.

Así se pierde, al éxtasis se entrega:
Como un insecto en medio de los mares
A la creación sublime
Contempla que en su torno se despliega.

¡Alma de la creación! cuando del seno
De tu poder salia,
Como del centro de la nube de oro
Tras la tiniebla el luminar del dia,
Al himno de los pájaros cantores,
Al hossana soberbio de los mares,
Al brotar los fulgentes luminares,
Al volar el incienso de las flores,
Al proclamarte en su estampido el trueno,

Al ensalzar ¡oh Dios Omnipotente
Retumbando magnífico el torrente
Tu misterioso nombre!...
Dijiste: *nazca el hombre*
Y con tu luz resplandeció su frente!...

Hijo de Dios, arcángel humanado,
Espíritu inmortal, goza tu herencia,
El verde campo y sus espigas de oro:
La flor de seda con su dulce esencia,
El duro pedernal con su tesoro,

El mar inmenso con sus hondas bellas,
El ave y el reptil que esmalta el suelo,

Y el magnífico cielo
Con su dosel espléndido de estrellas.

Le gozaste: á su mágico embeleso
Te adormecistes ebrio de ventura,
Y te sacó del sueño la hermosura
Al blando tacto de su ardiente beso!

Brotó el sol de su vasta inteligencia
Y todo lo alumbró; domó los mares
Con inseguro leño,
En globo frágil lo miró el vacío,
Y sumiso á sus pies repitió el viento
Su poderoso acento
Al esclamar: "el universo es mio."

En el grano del ámbar su secreto
Le arranca el rayo: su poder quebranta.
Y ese mónstruo de llama horror del viento,
Dócil se humilla á su soberbia planta;

Dice el hombre: "serás mi confidente,
Lleva mi pensamiento en raudo vuelo,"
Tiende su hilo el telégrafo obediente,
Y vuela la palabra inteligente
En el rayo del cielo...

Hijo de Dios! alcázar de su gloria,
¿Podré considerarte vil gusano
Y lodo ruin, y miserable escoria,

Presa de crímen, fuente de pasiones
Y de los tuyos víctima ó tirano?

¿Nos dirá ese huracán cuando retumba,
Nos dirán esos astros con su lumbre:
"Esta es arca de cieno y podredumbre...
El fin de los mortales es la tumbal"

¿Quién fué ese Dios que se gozó en su hechura
Para decirle atroz: "te doy la ciencia,
Lleva el veneno de la horrible duda?
Encenderé en tu mente el pensamiento;
Pero entre nubes torcerá su giro,
Será pérfida luz que te estravíe,
Falso imán que del rumbo te desvíe;

Será efímera estrella
Que seguirás con ambiciosa huella
Entre abismos sin fin, y en fugaz vuelo
Se perderá en el cielo...
Tu poder fué irrisión, fué honda ironía
Formar el mundo y encender el dia
Al proclamarte el Dios, el grande, el fuerte...
Tu promesa, implacable desmentía
La mano de esqueleto de la muerte"...

¡Blasfemo delirar, atroz mentira
Que robó al templo el ornamento de oro,
Y que sembrando decepción y lloro

Contra la triste humanidad conspira.

¡Grande inmortalidad! tú vindicaste,
Al hombre ¡hijo de Dios! tú le mostraste
Sin dardos de venganza:
Tú, divino, en la tumba iluminaste
La seductora faz de la esperanza!

¡Grande inmortalidad, creencia querida,
Vuelo del alma, amparo de la suerte!
Tú convertiste el antro de la muerte
En senda hermosa de la eterna vida.

Tú á la muerte tornaste en ángel tierno,
Que el alma al separar de la materia,
Dice al mortal... *mentira es tu miseria*
Y conduce su espíritu al Eterno.

La flor de los recuerdos

No puedo estenderme mas, mi querido Duque. La materia es tan larga cuanto breve el espacio en que debo encerrarla: el libro en el cual ha de incluirse esta carta no debia de llegar á quinientas páginas, y ya pasa de ellas; aquí suspendo, pues, mi correspondencia, y las noticias de otros muchos poetas mexicanos, cuyos nombres me limitaré á citar por ahora: como Zarco, acaso el solo que ha hecho del periodismo su profesión; talento infatigable para ese trabajo sofocador de escribir uno ó dos artículos diarios sobre todos los asuntos posibles: trabajo capaz de secar el cerebro de mas jugo y de agotar los recursos de la mas fecunda inteligencia, y para el cual Zarco no tiene rival en México; Roa Bárcena, periodista, crítico y poeta, cuya colaboración es perpetua en los periódicos; Argüelles, editor, y poeta tan de la escuela clásica, que es de los que pretenden sostener en castellano la prosodia latina, haciendo versos exámetros españoles, con los cuales ya que no cobre popularidad, prueba al menos erudición; Antonio María Romero, escultor y poeta, cuyas poesías comienzan hoy á publicarse: las poetisas Dolores Cándamo de Roa y Dolores Guerrero, cuyas composiciones engalanan alguna vez las columnas de los diarios, de cuyas plumas he tenido el honor de recibir algunas estrofas, á cuya lisonjera

galantería me tendré por agradecido mientras viviere; Juan Valle, poeta ciego á quien tiene su familia de leer los versos ajenos y escribir los que su ingenio produce; J. González, mozo de instrucción, dado al estudio, buen versificador castellano y conocedor de los clásicos estrangeros, y de quien pronto verán la luz las poesías; Cuellar, Ordoñez y otros varios, de quienes no me ha sido fácil adquirir todas las obras, por andar esparcidas por los periódicos.

Por el epígrafe del núm. II de esta carta (Literatura y artes) habrá V. colegido que también era mi intento dar á V. mi parecer sobre el estado de las artes en México; pero tengo que dejarlas para mejor ocasión, con otras muchas cosas de las cuales quería dar á V. cuenta, porque le probarían á V. patentemente que, á pesar del atraso en que no puede menos de mantener á México en ciertos ramos su turbulenta situación política, encierra en sí gérmenes positivos de civilización y cultura, que fermentan bajo la influencia fecundadora del espíritu irresistible de progreso de nuestro siglo. Tales son por ejemplo: la Academia nacional de San Carlos, cuyo fin es la enseñanza y cultivo de las tres nobles artes, pintura, escultura y arquitectura, que mantiene abiertas de ellas cátedras gratuitas, con profesores estrangeros bien retribuidos y discípulos pensionados en Roma. Esta Academia fué fundada en 1781 por Don Fernando Mangino, ministro del Supremo Consejo de Indias, y superintendente de hacienda y de la moneda del vireinato de Nueva-España, dotándola de rentas suficientes para subvenir á todos sus gastos; y en verdad que por la tal fundación merece el tal Mangino bien de su patria, memoria honrosa y perpetua en las páginas de su historia, y agradecimiento eterno de la posteridad mexicana. La sociedad de geografía y estadística, la academia de

medicina y cirujía, que publican, aquella un boletín mensual y ésta un periódico semanal; la escuela de agricultura; la academia de la historia y la sociedad de beneficencia, que viste, alimenta y educa á miles de muchachos sin mas fondos que las suscriciones y ofrendas voluntarias. De todo esto, y de mucho mas, tenia pensado hablar en el libro en el cual incluyo esta carta: porque el preconizar y dar publicidad á lo bueno que encuentra en los países por donde viaja, es el único bien y el mejor obsequio que puede hacerles aquel que habiendo adquirido una reputación, tiene muchos que lean lo que escribe y presten fé á sus palabras: pero, falto ya de espacio, no me queda mas remedio que coartar á pesar mío los buenos intentos de mi voluntad.

La flor de los recuerdos

IV.

Después de leer estas apuntaciones, si Dios le ha dado á V. paciencia para ello, es posible, mi querido Duque, que le haya ocurrido á V. hacer la observación, de que yo he encontrado en México muy poco malo para tanto bueno, al contrario que Lowestern y Chevalier, que hallaron tan poco bueno para tanto malo: acaso dirá V. que la reseña que le envió de su tierra, de sus habitantes, de sus costumbres y sobre todo de sus poetas, más es panegírico encomiástico que juicio imparcial: puesto que no apunto nada defectuoso y digno de crítica, sin traer al canto una disculpa para ello; conducta tanto mas rara cuanto mas cosquillosas y exaltadas andan hoy las *susceptibilidades* nacionales, con las circunstancias políticas de éste y de nuestro país.

A esta observación le responderé á V. en primer lugar: que yo no soy de los que van á la casa agena á ver lo que hallan que criticar, para dar á entender que tienen mejor gobernada la suya, ni acepto la hospitalidad obsequiosa de un estrangero, para intimar con él, enterarme de sus secretos y sacarlos después villanamente á relucir en un libro, como han hecho en

todos tiempos muchos escritores que han preferido hablar mal de todo en sus escritos, calculando que su libro haria mas fortuna halagando las ruines pasiones que producen y nutren la maledicencia en los corazones de los mas, que no hablar de todo con cortesanía y benevolencia, halagando solamente el recto juicio y la moderación de los menos. En segundo lugar: yo pertenezco á una nación, en la cual nos sucede con los escritores estrangeros punto menos que lo que á los mexicanos en la suya; y sinó ahí están Dumas, Roger de Beauvoir, Teophile Gautier y otros muchos, que nos han puesto como nuevos; pero yo no soy de los que dicen: "da, que vienen dando;" y no porque otros nos traten mal, me propongo desquitarme tratando mal á los demás: porque con semejante sistema no acabaremos nunca de conocernos unos á otros. Alguno ha de empezar á probar que nosotros estamos avanzados en civilización y conservamos nuestro antiguo espíritu caballeresco hasta el punto de hacer justicia á los mismos que no nos la hacen, y yo me honraría con ser ese *alguno*: porque en vano pretenderemos que nos tengan en mas que al vulgo á los que nos dedicamos á las letras, si continuamos en la vulgaridad de halagar con nuestros escritos las pasiones villanas, los odios de partido, las aversiones nacionales, el orgullo de raza, las preocupaciones, en fin, del vulgo, de todos los pueblos, y la torcida política de muchos de sus gobiernos, que son los mayores diques que se oponen hoy al progreso de la civilización y fraternidad universales.

—La misión del escritor, y especialmente la del poeta, es eminentemente civilizadora: y ellos son los que deben decir y hacer comprender á los pueblos, en vez de escitar los malos instintos de la perversidad humana, que Dios ha dado á los hombres la palabra para

esplicarse y la razón para comprenderse, y no los dientes y las uñas como á los brutos para devorarse. Así que si bien el político, el diplomático, el hacendista, &c., pudieran hallar en México mucho que criticar, tomando solo en consideración el desarreglo político del país para dar de él una desventajosa idea, el poeta no puede considerar del mismo modo esta tierra llena de poesía; porque la poesía nada tiene de común con la política, y solo los necios y los fanáticos, dos clases de criaturas que no hacen honor al Criador y que van siempre dos siglos mas atrás que su tiempo, pueden achacar á los juicios de la poesía la interesada malignidad de los del espíritu de partido político, ó de los de un mal entendido amor propio nacional. La verdad y la justicia lo serán siempre, no importa la nación ó el partido á que pertenezcan los que la demanden; y yo, que no espero vivir jamás á costa del erario de ninguna nación, ni adulando á ningún partido, ni vendiendo mi pluma á ningún gobierno, sino á costa de mi trabajo, diré siempre la verdad de todo el mundo en mis escritos, y haré en ellos justicia al que mi conciencia me dicte que la tiene. Finalmente, le diré á V., mi querido Duque, que mi educación, y mi caballerosidad españolas, no me permiten corresponder á la hospitalidad obsequiosa que personalmente les debo á los mexicanos, con relatos que falten á la verdad imparcial ni á nuestra provervial é hidalga cortesanía, por halagar la opinión agena, por seguir la corriente de la del vulgo, ó por someter la mia, libre y jamás vendida, á las exigencias del tiempo ó de las circunstancias.

Respecto del juicio hecho por mí de la poesía y de los poetas mexicanos, si le parece á "V. demasiado suave y casi parcial, le diré á V.: que yo no pretenderé jamás ejercer la crítica literaria, por varias razones: una, porque yo, que no creo en la modestia y que estoy firmemente convencido

de que todo hombre de algún talento tiene conciencia de lo que vale, sin cuya conciencia de sí mismo no concibo el talento, puedo decir sin temor de que lo achaque V. á gazmoñería, que conozco que mi saber es insuficiente para el ejercicio de la crítica; pues yo soy mas hombre de acción que de teoría, y si algo sé y algo produzco, es mas por instinto, costumbre y práctica, que por estudio y ciencia. Otra razón: tengo notado que los críticos concluyen generalmente por hacerse gente mal humorada y descontentadiza, cuyos fallos se encargan de corregir el tiempo y la posteridad, la mayor parte de las veces muy á costa de su amor propio: y cuando yo veo á un hombre de tan positivo talento y de tan buen criterio como W. Scott, juzgar á Byron poco menos que como á un coplero ramplón, y tener á Hoffman poco mas que por un insensato, para que venga luego su propio siglo á declarar al uno su primer poeta inglés y al otro el primer novelista alemán y uno de sus primeros narradores, calculo yo en mis adentros, que si así la yerran de buena fé ó así se dejan cegar por la pasión genios tan brillantes como W. Scott, que era linfático y debia tener toda la calma de un inglés, ¿qué me sucedería á mí que soy bilioso, sanguíneo, y un cascarrabias del mediodía?

Además, el andar buscando los defectos ágenos no se aviene con mi carácter: y tengo el convencimiento de que no por morder los talones á los que van delante de mí, subiré yo mas apriesa ni ganaré mas terreno en la opinión pública: ni con encontrar cincuenta defectos en las obras de mis contemporáneos, probaré yo que las mias están exentas de ellos; porque

¿Sabe usted lo que es fuerza que concluya
Del que se ocupa de la agena vida
Y goza en censurar obras agenas?

Pues temo que jamás hubo en la suya
Ni una idea feliz que se atribuya,
Ni palabras corteses, ni obras buenas.

En cuanto á las mias ahí listan: al publicarlas las sometí al juicio del público, y reconozco á todo nacido con derecho para hablar y escribir de ellas lo que mas á cuento le venga, desde la corrección evangélica hecha por deseo caritativo y leal de mi aprovechamiento, hasta la diatriva apasionada hecha por animosidad personal; porque la misma injusticia de ésta contribuirá á procurarme amigos tan apasionados en mi favor como ella lo sea en contra mia, y aquella me servirá para corregirme. Sabido es que algún amigo mio que me aprecia en su corazón y á quien el mio no guarda por ello rencor alguno, me ha negado en un artículo crítico hasta el sentido común; y algunos enemigos mios personales, me han atribuido en sus escritos un mérito y un talento superiores con mucho á los escasos que recibí de la naturaleza. Tal vez estos han temido descubrir su animosidad personal atacándome: tal vez aquel ha creido justificar la injusticia con que ha tratado á otros en sus agrias críticas y en sus sátiras mordaces, revolcándome en el fango, á mí cuya reputación le echaron acaso en cara que respetaba por amistad; los unos han querido tal vez esconder su encono bajo sus exagerados é inmerecidos elogios, y el otro ha asaeteado sin piedad mi reputación literaria en un acceso de su atrabiliaria bilis; pero yo que no dejo nunca derramarse la mia sobre las reputaciones agenas, no tomaré jamas la revancha sobre la de sus obras, ni la pluma para defender las mias. La mayor torpeza que puede cometer un escritor y sobre todo un poeta, es defender sus escritos contra la crítica, justa ó injusta: porque es dar á conocer el esceso de su amor propio y el resentimiento de su vanidad

ofendida: y además de que poner en discusión su propio talento y querer interesar al público en ella, no es mas que dar que reir á los necios y en que entretenerse á los desocupados, yo tengo mis ideas sobre la discusión y los discutidores, muy diferentes de las que sobre estas y otras muchas cosas corren hoy por el mundo.

Porque la disensión no es mas que ruido,
Música celestial, pura bambolla,
Que aunque siempre á los necios ha aturdido
Jamás á ningún sabio convencido:
No aclara las cuestiones, las embrolla.
Id á las academias y congress
¿Qué es lo que sacáis de ellos en conciencia?
Nada: frió en los piés, ruido en los sesos
Esto es lo que aprendí; por la esperiencia.

Respecto de la poesía y de los poetas mexicanos, estos como hijos de nuestros padres y aquella como hija de la nuestra, serán siempre caros á mi corazón: su recuerdo irá conmigo donde yo fuere, y sus versos sonarán siempre tan agradablemente en mis oidos, como los de todos los buenos poetas del universo cuyas lenguas pueda yo comprender: siquiera sean sus autores judíos, moros, paganos ó enemigos de mi patria; porque como dice nuestro refrán español: "no quita lo cortés á lo valiente," y las prendas mas relevantes de los hombres civilizados, son la *justicia*, la *tolerancia* y la *caballerosidad*.

Julio 10 de 1857.—*José Zorrilla*.

La flor de los recuerdos

CONCLUSION.

Aquí concluye la parte de La Flor de los Recuerdos, correspondiente á México. No se necesita ser un lince para ver que este libro no es el que yo me babia propuesto escribir, ni el que ofrecí en su introducción; pero las circunstancias políticas de este país no son para versos castellanos, y me he limitado á publicar solamente estas páginas, en las cuales está no mas ligeramente apuntado mi juicio sobre México y los mexicanos. Este juicio está muy lejos ele ser completo: porque no he querido hacer un manual del viagero en México, sino un ilógico relato de las primeras impresiones recibidas por mí en esta ciudad; por consiguiente, si he hablado de algunas cosas y no de otras, es porque no me he creido en la obligacion de tratar mas asuntos que los que me vinieren á cuento. En mi juicio, pues, puede haber error; pero no mala fé, ni animosidad.

Este libro tiene un Apéndice, en el cual van contenidos varios artículos que como los de *El Delator—La maledicencia—Cuatro palabras sobre los álbum, y una composición á Don Guillermo Prieto* me interesa publicar antes de abandonar la República; pero no creyendo justo obligar á mis

suscritores á recibirles en este libro, ya demasiado voluminoso, prefiero abrir al Apéndice una nueva suscricion, bajo las mismas condiciones que las de este tomo, para no tirar mas ejemplares que los necesarios.

* * *

ÍNDICE.

Introducción y prospecto 7

Al Exmo. Sr. Conde de la Cortina y de Castro 9

Las Rosas mexicanas.—Serenata morisca 16

Álbum de viaje.—Leila y Fathnia 25

A S. M. I. Eugenia, emperatriz de los franceses.—Serenata morisca, ... 92

Historia de dos Rosas y dos Rosales 127

Correspondencia,—Al Exmo. Sr. Don Ángel Saavedra, duque de Rivas.—México y los mexicanos 377

Índice

La flor de los recuerdos	4
La flor de los recuerdos	5
La flor de los recuerdos	9
La flor de los recuerdos	15
La flor de los recuerdos	22
La flor de los recuerdos	24
La flor de los recuerdos	35
La flor de los recuerdos	41
La flor de los recuerdos	47
La flor de los recuerdos	59
La flor de los recuerdos	68
La flor de los recuerdos	70
La flor de los recuerdos	72
La flor de los recuerdos	74
La flor de los recuerdos	79
La flor de los recuerdos	85
La flor de los recuerdos	90
La flor de los recuerdos	100
La flor de los recuerdos	102
La flor de los recuerdos	104
La flor de los recuerdos	106
La flor de los recuerdos	108

La flor de los recuerdos 110
La flor de los recuerdos 112
La flor de los recuerdos 114
La flor de los recuerdos 116
La flor de los recuerdos 118
La flor de los recuerdos 133
La flor de los recuerdos 154
La flor de los recuerdos 171
La flor de los recuerdos 204
La flor de los recuerdos 208
La flor de los recuerdos 211
La flor de los recuerdos 214
La flor de los recuerdos 217
La flor de los recuerdos 221
La flor de los recuerdos 223
La flor de los recuerdos 233
La flor de los recuerdos 243
La flor de los recuerdos 246
La flor de los recuerdos 248
La flor de los recuerdos 261
La flor de los recuerdos 264
La flor de los recuerdos 272
La flor de los recuerdos 282
La flor de los recuerdos 284
La flor de los recuerdos 286

La flor de los recuerdos 289
La flor de los recuerdos 291
La flor de los recuerdos 293
La flor de los recuerdos 295
La flor de los recuerdos 311
La flor de los recuerdos 314
La flor de los recuerdos 320